

DONDE CRECEN LOS TEPOZANES



MIGUEL N. LIRA

Este libro fue pasado a formato digital para facilitar la difusión, y con el propósito de que así como usted lo recibió lo pueda hacer llegar a alguien más. HERNÁN



Para descargar de Internet:
"ELEVEN" – Biblioteca del Nuevo Tiempo
Rosario – Argentina

Adherida a: Directorio Promineo: www.promineo.gq.nu
Libros de Luz: <http://librosdeluz.tripod.com>

Donde Crecen los Tepozanes

©1947, Miguel N. Lira

Digitalizador: * Anónimo

11/09/03

ÍNDICE:

SOBRE EL AUTOR

CAPÍTULO I

CAPÍTULO II

CAPÍTULO III

CAPÍTULO IV

CAPÍTULO V

CAPÍTULO VI

CAPÍTULO VII

CAPÍTULO VIII

CAPÍTULO IX

CAPÍTULO X

CAPÍTULO XI

CAPÍTULO XII

CAPÍTULO XIII

CAPÍTULO XIV

CAPÍTULO XV

CAPÍTULO XVI

CAPÍTULO XVII

CAPÍTULO XVIII

CAPÍTULO XIX

CAPÍTULO XX

CAPÍTULO XXI

CAPÍTULO XXII

CAPÍTULO XXIII

CAPÍTULO XXIV

CAPÍTULO XXV

FINAL

CATÁLOGO DE PALABRAS DEL IDIOMA NAHUATL

SOBRE EL AUTOR

MIGUEL N. LIRA: Nació y murió en Tlaxcala, Tlax. (1905-1961). Escritor. Su segundo nombre era Nicolás. Nieto de Miguel Lira y Ortega. Licenciado en derecho por la Universidad Nacional (1928), donde fue profesor. Fue secretario de Estudio y Cuenta de la Suprema Corte y juez en Tlaxcala y Tapachula, Chiapas (1958). Trabajó en los departamentos editoriales de la Secretaría de Educación Pública y de la UNAM. Adquirió una pequeña prensa y en ella publicó las obras de poetas jóvenes, para lo cual fundó y dirigió Editorial Fábula (1933), que después contó con equipo más moderno. Con Alejandro Gómez Arias editó e imprimió la revista "Fábula". "Hojas de México" (enero a septiembre de 1934). En los años cincuenta instalado en Tlaxcala, publicó la revista "Huytlale" (tierra grande) y unos Alcances en los que aparecieron textos de Alfonso Reyes, Mariano Azuela y otros escritores. Es autor de Andrés Quintana Roo (semblanza, 1936), "Itinerario hasta el Tacaná" (crónica, 1958) y "Yo viajé con Vasconcelos" (crónica, 1959); de novelas: "Donde crecen los tepozanes" (1947), "La escondida" (Premio Miguel Lanz Duret 1948), "Una mujer en soledad" (1956), y "Mientras la muerte llega" (1958); poesía: "Tú" (1925), "La guayaba" (1927), "Corrido de Domingo Arenas" (1932), "Segunda Soledad" (1933), "México-pregón" (1933), "Coloquio de Linda y Domingo Arenas" (1934), "Tlaxcala, ida y vuelta" (1935), "Retablo del niño recién nacido" (1936), "Música para baile" (1936), "Corrido-son" (1937), "Monterrey" (1937), "En el aire del olvido" (1937), "Carta de amor" (1938), "Si con los ojos" (1938), "Corrido del marinerito" (1941), "Canción para dormir a Pastillita" (1943), "Romance de la noche maya" (1944), "Corrido de Manuel Acuña" (Premio Saltillo, 1948), y "Corrido de Catarino Maravillas" (1960); y teatro: "Vuelta a la tierra" (1940), "Linda" (Premio Ciudad de México, 1941), "El camino y el árbol" (1942), "La muñeca Pastillita" (1942), "Carlota en México" (Premio del Consejo Técnico del DDF 1943), "El diablo volvió al infierno" (1946) y "Tres mujeres y un sueño" (1955).

DONDE CRECEN LOS TEPOZANES

*A usted, Cipriano Atónal, en recuerdo de aquellos días en que recorrimos juntos "El Lugar de los Cuatro Señoríos"
Miguel N. Lira, 1947*

CAPÍTULO I

Ladró el perrito *Piscuintillo* cuando oyó pasos en el pajonal.

-Tate silencio, que soy yo- dijo sin dejar de caminar Tomás Tlacuilo.

Pero *Piscuintillo* redobló sus ladridos, desesperado y violento. Se abrió la puerta del jacal y apareció la Tía Gregoria, con una escopeta en las manos.

-¿Quién anda por ahí?- gritó con voz áspera.

-Soy yo, comadrita, no se apure.

-Mire nomás, y a estas horas. ¿Pos qué le pasa?

-Pos nomás que ya tiene usted un criado más a quien mandar- Y Tomás Tlacuilo se acercó a la Tía Gregoria y le dio un abrazo.

-Yo creiba que era el coyote. L'otra noche vino por las gallinas y ni quién lo sintiera...¿Y a qué hora nació el muchacho, compadre?

-Pos tarde, porque crioque ya venían bajando "las siete cabrillas" por la cuesta de "Piedra Ahujurada". Nomás vide que era ansí de grande y me dije: ¡gracias a Dios que es hombre!, y me vine corriendo p'aca.

-En de veras que me da mucho gusto, compadre, y por allá iremos mañana. ¿Cómo dejó a mi comadrita Valentina?

-Nomás lavando al esquinle. Como todo jué así de pronto, nos cogió desapevenidos y sin un alma que nos echara una mano.

-No se dilate entonces, compadre.

-En todavía tengo que llegar hasta en ca'de mis hermanos.

-Pos apúrele luego, que a lo mejor lo necesita la comadre.

Y apenas si se tocaron las manos al despedirse. Tomás Tlacuilo emprendió nuevamente su caminar, su trotecito peculiar. Al pasar por las trancas, otra vez le salió al encuentro *Piscuintillo*, ladrándole con bravura. Pero Tomás no se detuvo, cogió una piedra y se la tiró:

-Haste nomás, que voy de priesa.

Los ladridos se hicieron más agudos y penetrantes, pero ya Tomás había traspuesto las trancas y se hallaba en campo raso. *Piscuintillo* lo siguió un trecho largo, sin darle alcance. Luego se regresó al paso, meneando la cola. Junto a un árbol se detuvo, lo olió persistentemente, dio unas vueltas a su alrededor y alzó la pata. Ya satisfecho, se sacudió y volvió al camino, por donde iba Tomás, a quien le lanzó aún unos ladridos entrecortados, breves, inofensivos, que éste ya no oyó, porque todos sus pensamientos estaban con el hijo que acababa de nacer.

CAPÍTULO II

El jacal de la Tía Gregoria estaba en lo más alto del Texcaltipac¹ o despeñadero.

Juan, su sobrino, lo había levantado allí a instancias de ella, y porque se dejó seducir por la soledad que reinaba en el paraje, desde la cual se dominaba el pueblo de La Candelaria, recostado allá en el fondo de la cañada, y el ría de agua zarca que serpenteaba por entre los pinares y que servía a los del aserradero para bajar hasta "Piedra Ahujurada" los árboles que cortaban en el monte.

Para abrirse paso hasta la cima del despeñadero, Juan y la Tía Gregoria tuvieron que vencer a la maleza. Días y días trabajaron con el hacha y el machete, tumbando tepozanes y anacahuites, arrancando varejones y breñales, y destrozándose el cuerpo en los guijarros y las aristas de los peñascos, hostigados por la sed y el cansancio.

Una y otra vez treparon por riscos que les parecieron inaccesibles, bajaron a los lechos de las barrancas y remontaron de nuevo hasta llegar al sitio que iba a ser suyo por derecho de conquista y donde fue más violenta la lucha contra la Naturaleza porque tuvieron que ganarle terreno arrasando el matorral y arrojando al despeñadero los escombros y pedrejones diseminados aquí y allá y que era necesario desplazar para obtener planicie donde levantar el jacal con su tecorral para las cabras y las gallinas y un llanito de temporal para sembrar maíz una vez al año.

Cuando el jacal de adobe quedó terminado y se abrió la vereda, cuesta abajo, para llegar al río, que había que cruzar antes de entrar al camino para el pueblo, Juan y la Tía Gregoria se fueron a vivir en el Texcaltipac.

¹ Texcaltipac (despeñadero), por descomposición Texcala, y de aquí: Tlaxcala, uno de los estados de México, lugar donde nació el autor en 1905.

Durante algún tiempo sólo tuvieron la compañía de las cabras y los cerdos que en las mañanas se dispersaban entre los chaparrales y por el roquerío, o bien se echaban a la puerta del jacal, pestilentes y con nubes de moscas encima. Por las noches, después de que Juan se iba a su trabajo, la Tía Gregoria se quedaba sola con la música de los grillos y las cigarras, con el chasquido de la hojarasca, y oyendo aullar al viento que allá, en la cima, parecía a veces bramar enfurecido.

Y a fe que esa soledad era propicia a las prácticas de hechicería de la Tía Gregoria, porque más fácilmente se podía comunicar con el Maligno y preparaba mejor sus bebedizos y ungüentos con las yerbas de los cuatro caminos, la piel de las *coralillos* y las ranas, y la sangre de los *saltaparedes* y *correcominos*. En tanto más abandonada se encontraba, mayores designios le revelaban las estrellas y las nubes, y más sencillo le parecía adivinar la suerte o la desventura de las gentes, con sólo mirarlas a los ojos y oírlas hablar. Toda su sabiduría de hechicera, heredada de sus abuelos, la había enriquecido así, apartada del trato humano y solitariamente reconcentrada en sí misma.

Pero un día, su sobrino Juan llevó a vivir con ella a María Preciosa, una niña de seis años apenas, de cuerpecito desmedrado, de ojos negros como las alas del gavilán y de piel parecida a la del durazno, que había encontrado abandonada en el atajo, llorando junto al cadáver de su padre. Desde entonces la vida de la Tía Gregoria cambió de rumbo, porque tuvo que ocultar sus brujerías y reprimir sus poderes misteriosos, para que la niña creciera a su lado sin sentir la repugnancia y el temor que los del pueblo le demostraban.

Más al correr de los años, y cuando casi sin sentirlo María Preciosa se había desarrollado hasta volverse una hembra de cuerpo lindo y elástico, torneado y provocativo, le pareció prudente descubrirle, si no todos sus secretos, por lo menos el relativo a los hechizos que practicaba a hurtadillas, pues no deseaba ganarse los reproches de María Preciosa por habérselos ocultado.

Y como le había tomado cariño, y ella la llamaba Tía Gregoria y la ayudaba en todas las tareas y afanes, prefirió confesar, antes que recibir el bochorno de su hostilidad. Así fue cómo un atardecer, cuando arreaban a las cabras con rumbo a sus chiqueros, se lo dijo todo.

-Válgame Dios- comentó simplemente María Preciosa, *pues si ya me daba la corazonada de que así era...*

En vano había sido entonces tenerla aislada para que no supiera la fama de hechicera que tenía la Tía Gregoria en el pueblo y se afrentara al conocerla. Inútil parecía el cuidado que ella y Juan habían tomado para que no entrara en el misterio de las manifestaciones malignas y de las señales cabalísticas que la tía ejercitaba. Una corazonada, como ella había dicho, un sencillo presentimiento inexplicable, habían bastado para revelarles lo premeditadamente oculto y lo extraño y desconcertante que a veces acaecía en el jacal de Texcaltipac.

Cuando la Tía Gregoria le contó el incidente a Juan, éste apretó las mandíbulas, se ensombreció su rostro y sus ojos brillaron desasosegados. Después no se volvió a hablar de esas cosas.

CAPÍTULO III

La Tía Gregoria cerró la puerta del jacal cuando ya Tomás Tlacuilo bordeaba la cuesta de abajo.

-Era Tomás, que nomás llegó a decirnos que la comadre Valentina acaba de tener otro hijo- explicó la Tía Gregoria a María Preciosa, que se veía echada frente al calor del fogón, avivándolo con la leña recogida durante el día.

En la semipenumbra del jacal se distinguían un camastro donde dormía Juan, en esos momentos, tapado con una cobija roja, adornada a trechos con gruesas listas negras; una pequeña mesa sin barnizar, dos sillas de tule, varios troncos que servían también de asiento y una cómoda pintada de café, sobre la que se apoyaban unos floreros de vidrio verde llenos de rosas y margaritones de papel de china, y unos sahumeros vidriados de negro. De la pared pajiza de la choza colgaba un repisa con la imagen de San Miguel del Milagro, que alumbraba una lamparita de aceite, y a sus lados, como sirviendo de adorno al rústico altar, pendían un machete de ancha hoja y varias pieles de ovejas y lobos curtidas con sal.

-Ya es noche, Juan- dijo la Tía Gregoria, moviendo a su sobrino para que despertara.

-¿Van alto las Tres Marías?- preguntó Juan, todavía adormilado.

-Apenas y comienzan a subir- contestó María Preciosa, después de que se asomó por la ventanita que daba al despeñadero y miró al cielo.

-Es tarde entonces- dijo Juan, desperezándose. *Pero tengo como pegados lo ojos.*

-Ábrelos bien, que es tarde y hoy es sábado.

-En de veras. Ya la gente debe d'ir por el carril- asintió Juan, levantándose del camastro y frotándose los ojos.

Se echó la cobija roja sobre los hombros, se bebió un jarro de agua que sacó de una olla botijona y se puso el sombrero de palma.

-Ora voy a tener que correr.

Abrió la puerta, pero antes de salir recomendó a María Preciosa:

-Acuérdate y que mañana tenemos que ir al Molino...

-Ni creas que se me olvide.

Desde fuera de la puerta, María Preciosa lo vio caminar de prisa y después correr por la vereda hasta la cuesta. Luego volvió a entrar al jacal porque hacía frío.

-¿Pa' que vas a ir al Molino?- preguntó la Tía Gregoria, en tanto encendía lumbre en un anafre que colocó sobre la mesa.

-Pa' cortar unas matas de jazmín que Juan quiere sembrar junto a la puerta- replicó María Preciosa. *L'otra tarde nos acercamos allá y nomás viera usted y cuántos jazmines hay por todos lados, que hasta parece granizada la que ha caído.*

-Pa' cortar unas matas de ésas no es necesario llegar hasta el Molino. Acá cerca las hay.

-Pero no son de esos jazmines, Tía Gregoria. Y a Juan le cuadran los de por allá.

-¿Y porqué tienen que ser nomás de por allá?- preguntó con tono duro la Tía Gregoria.

-Pos porque...

Pero María Preciosa no pudo terminar la frase, porque sintió que un rubor extraño le teñía las mejillas y la hacía estremecer. Para buscar remedio a su zozobra, clavó mejor los ojos en el piso de tierra aplanada del jacal, y quedó callada.

-¡Alabado sea Dios!...- exclamó la Tía Gregoria, entre compungida y gozosa. *¿Es que en de veras quieres enajenarte con Juan?*

-En deveras, Tía Gregoria. Sólo con él me casaré. *¿Quién puede ser mejor que él? ¿Qué otro hombre es más bueno que Juan?*

-Ninguno- afirmó la Tía Gregoria-. *Eso es tan cierto como que un día nos tenemos que morir. Pero ora deja de estar hablando y vamos a rezar pa' que no le pase nada, que ya está la lumbre encendida y él ya debe d'ir lejos...*

Se acercó la Tía Gregoria al anafre y con la vista fija en las brasas que ardían se mantuvo inmóvil un momento; luego, se hincó y se persignó.

María Preciosa se arrodilló también frente a la imagen de San Miguel del Milagro e igual que su tía se santiguó en silencio. Pero luego levantó los brazos formando con los dedos de sus manos la señal de la cruz, y así permaneció durante el acto del conjuro extraño.

La Tía Gregoria sacó de la cómoda unas ramitas secas de Capulín y unos trozos de copal, y volvió al anafre, en cuya lumbre los fue quemando lentamente mientras decía:

*Capulín, capulincito
Por la virtud que Dios te ha dado
Vuelve oscuro el camino a la montaña
Llévalo de grandes nubes negras
Tápalo con las alas anchas del gavilán
Pa' que Juan no sienta temor
Y pueda ver lo que otros no pueden ver
Y camine por donde otros no caminen...*

-Del enemigo malo, defiéndelo tú, San Miguelito... De la muerte violenta, apártalo tú...- respondió María Preciosa en tono de oración.

*Que los gusanos te coman tus raíces
Capulín, capulincito
Y que tus hojas se sequen
Y a tus ramas les entren pudriciones
Sí no defiendes Juan de todo daño
Y lo libras de la mala muerte...*

-Amén- volvió a responder María Preciosa. La hechicera regresó a la cómoda y sacó unos cartuchitos de papel que colocó en cada una de las esquinas de la mesa. Luego tomó uno de ellos y se dirigió al rincón, donde estaba el camastro y regó su contenido diciendo:

-En el rincón del Norte riego la mejorana, una, dos y tres veces, pa' que contra Juan no funcionen las pistolas y las escopetas.

-Del enemigo malo, defiéndelo tú, San Miguelito- insistió la voz de María Preciosa.

Tomó la vieja un nuevo cartucho y otra vez, en el rincón opuesto, regó lo que contenía.

-En el rincón del Sur riego retama, una, dos y tres veces, pa' que contra Juan no se abran las hojas de las navajas y los cuchillos.

-De la muerte violenta, apártalo tú...

Luego, en el rincón cercano a la puerta, exclamó con voz angustiada:

-En el rincón del Oriente riego la piel de rana, una, dos y tres veces, pa' que contra Juan no se levanten las víboras, los coyotes y el gato de los montes.

-Del enemigo malo, defiéndelo tú, San Miguelito...

Y por último, en el rincón que faltaba de exorcizar, dijo con voz sorda:

-En el rincón de Poniente riego arena y ceniza, una, dos y tres veces, pa´ que contra Juan no se despeguen las piedras de la Tierra.

-De la muerte violenta, apártalo tú- clamó María Preciosa en su ruego fervoroso.

Luego, la Tía Gregoria volvió a persignarse y a hablar con su voz grave y sentenciosa:

-Y que el Cielo se junte con la Tierra, y el río se vuelva vidrio, y la montaña se haga polvo, si Juan no regresa. ¡Que San Miguel lo ayude con su espada protectora!...

-Amén- dijeron la hechicera y María Preciosa al mismo tiempo.

El conjuro había terminado. Por esa vez, al menos, Juan estaba protegido contra todo mal. ¡Si lo sabría ella!...

-Onde cres y que así le suceda algo- dijo la Tía Gregoria, mientras cerraba la cómoda y llenaba la lamparita de aceite-. ¡Ya está ora bien cuidado!

Y en la lumbre del anafre que había servido para el conjuro, en donde todavía se quemaban unos trozos de copal, la Tía Gregoria puso a hervir una ollita con agua y hojas de naranjo, que ya era hora de dormirse y había que beber algo caliente para no sentir tanto el frío endurecido y bronco de la noche que había caído ya sobre el jacal.

CAPÍTULO IV

Nada malo podría pasarle a Juan, porque era un *nahual*, que es tanto como decir un hechicero, *que se llama brujo que de noche espanta a los hombres e chupa a los niños.*²

Desde el día de su bautizo, Juan Tlapale fue comprometido como brujo, porque así lo exigieron los adivinos que consultaron el *Tonalamatl* para conocer su designio.

Nació bajo la advocación de la Estrella Humeante del Norte y protegido por *Yoaltecuhtli*, el Señor de la Noche. Después de que le cortaron el ombligo y de que dijeron para él las admoniciones de ritual: *sábeta y entiende que no es aquí tu casa donde has nacido, porque eres ave que llaman Quecholli, ave y hombre que está en todas partes, y aquí te apartas de tu madre como el pedazo de la piedra donde se corta; y tu propia tierra otra es y para otra parte estás prometido, que es el campo y la región de las noches*³, *porque tu oficio y tu facultad es la del nahualli que da de beber sangre a la Luna y da de comer a la Tierra los cuerpos de los hombres*, se encendió el fuego del hogar que había de arder continuamente durante cuatro días.

Pero en vano fue el cuidado que se puso para que no se extinguiera y se quitara la buena ventura al niño, porque cuando la casa ya estaba adornada con ramas y arcos de tule, regado el suelo con flores y preparado el convite para el bautismo que había de celebrarse al atardecer, el fuego, alimentado con rajas de ocote durante cuatro días, se extinguió definitivamente cuando ya la mala ventura para el recién nacido estaba por ahuyentarse.

Los adivinos pronosticaron entonces que el niño moriría cuando fuera hombre recio y la Estrella Humeante del Norte cayera por el lomerío de "La barranca del muerto".

Sin embargo, Antonio Tlapale, el *nahual* viejo, tomó a su hijo en los brazos y alzándolo al cielo dijo:

-¿Dónde estás, mala fortuna? ¿En qué miembro estás? ¡Apártate, mala ventura, de esta criatura!⁴

Y lo entregó en seguida a la madrina para que lo bautizara poniéndole agua en la boca, en el pecho y en la cabeza, y le lavara todo el cuerpo después, en tanto los convidados a la ceremonia, sentados alrededor de la alfombra de tule que había en el patio, frente al *apaztli* nuevo lleno de agua de flores, de la cazuela de frijoles cocidos y maíz tostado, y de las ropas y dijes destinados al recién nacido, repetían a coro por tres veces:

-Tu oficio es regocijar a la Luna y a la Tierra y darles de comer y de beber.⁵

A partir de ese momento, el pequeño Juan quedó destinado para siempre a ser un *nahual*, porque los adivinos así lo exigieron y Antonio Tlapale, el *nahual* viejo, consintió en entregarlo al oficio que él también, cuando niño, recibió de su padre Odilón Tlapale.

Toda la familia Tlapale era de la raza de los *nahuales*. De generación en generación los hijos varones habían sucedido en el oficio a los padres, y desde la edad de siete años, después de que se presentaban a la milpa designada por ellos para ratificar el compromiso que sus padres habían adquirido en su nombre, y para abrazar al *nahual* viejo, empezaban a transformarse en perros lanudos, en coyotes o caballos de ojos encendidos, o simplemente en *ancianos de ojos escoriados y sin pestañas, rostros despellejados, dientes blanquísimos, descubiertos siempre por sonrisas diabólicas, grandes uñas en los dedos de las manos y los pies, y plumas en el cuerpo,*⁶ y así recorrían los campos haciendo daños y maleficios.

Había dos clases de *nahuales*: los buenos y los malos. El *nahual* bueno era agudo y astuto, que sólo aprovechaba y no dañaba, porque se creía enviado de Dios para velar por Él y glorificarle.

² Fray Bernardino de Sahagún: *Cosas de Nueva España*. Libro X, cap. IX

³ Obra citada.

⁴ Obra citada

⁵ Obra citada.

⁶ Luis González Obregón: *México Viejo*. París, 1900. Cap. XXII

Por lo contrario, el *nahual* malo, que es *maléfico y pestífero de este oficio, hace daño a los cuerpos con los dichos hechizos, saca de juicio y ahoga, es envayador, o encantador*⁷, siempre se presentaba bajo el aspecto de una bestia feroz llena de malicia infernal.

A la raza de los *nahuales* buenos habían pertenecido los abuelos de Odilón Tlapale, aun Odilón mismo. Todas las tribulaciones, mal de ojos, encantamientos y penas de amor que sufrían los de su tribu, ellos las remediaban con sus hechizos, sus brebajes preparados con yerbas milagrosas y sus imprecaciones al fuego, al sol y la lluvia, que era tanto como invocar el apoyo de sus dioses.

Aquel que tenía un sufrimiento, recurría a sus poderes misteriosos y hallaba tranquilidad o salud. Nadie había sentido el desahucio a su mal o la incompreensión de su pena. El que buscaba auxilio en ellos, encontraba lo que había menester.

Porque eran *nahuales buenos* y sus facultades y atributos tenían el Don y la Gracia divinos.

Sólo Antonio Tlapale había convertido su oficio en torvo y maligno, aprovechado del terror que infundía a los que lo veían semejante a un perro lanudo. Del robo de maíz y de gallinas, pasó al asesinato de los caminantes retrasados, para apropiarse de sus mercaderías, de su ropa y de su dinero. El éxito que obtuvo con este procedimiento fue tan sensible, que de pobre se hizo rico, dueño de tierras y ganados.

Pero como su ambición creció al parejo que su bonanza, para acrecentar sus bienes buscó la forma de obtenerlos en mayor cantidad y con menor peligro, e ideó llegar a las ranherías convertido en un macho cabrío que echaba lumbre por todo el cuerpo.

Verlo la gente y correr despavorida, era obra de un segundo que él disfrutaba saqueando las chozas y aun ultrajando a las mujeres que, por miedo, se quedaban perdidas en los caminos.

Hasta que una noche, precisamente la primera en que se acompañaba de Juan para adiestrarlo en el oficio y para conseguir, con su ayuda, un botín más considerable, una piedra lanzada con honda desde lo alto de una loma le destrozó la cabeza. Apenas si Juan pudo entonces, infundiendo pavor con sus saltos de un lugar a otro, con los grandes ruidos que hacía al agitar los cascabeles de víbora que pendían de su cintura y con las luces como de luciérnagas que brotaban de su cuerpo, lograr que nadie se acercara al sitio en que su padre yacía y llevarse su cadáver después a horcajadas sobre un caballo flaco y huesoso que se halló en el machero de un jacal abandonado.

En secreto lo enterraron él y la Tía Gregoria, porque no convenía a los planes futuros de Juan que se supiera en el pueblo que Antonio Tlapale era la víctima de la honda certera. Y para alejar toda sospecha sobre su padre, la noche siguiente a la de su muerte, Juan Tlapale hizo su primera aparición como *nahual* en forma tan cruel y vengativa, que robó todo lo que encontró cerca de sí, mató al que se interpuso en su camino e incendió dos jacales, nada más para que el pueblo tuviera presente que el *nahual* vivía y estaba enojado.

Estas mismas hazañas de crueldad las repitió durante tres noches consecutivas, hasta que concedió una tregua en sus apariciones maléficas, que aprovecharon él y la Tía Gregoria para levantar su jacal en lo más alto del Texcaltipac, donde estarían alejados de las murmuraciones y suspicacias de los del pueblo.

*

Astuto y ladino como era, Juan Tlapale consiguió de los dueños del aserradero de "Pino Alto" que le confiaran el cuidado de sus intereses, los que habría de velar diariamente de luna a sol.

De esta manera, a nadie pudo extrañarle que se ausentara, por las noches, del jacal donde vivía. Simplemente iba a su trabajo, igual que los peones iban a sus labores en el campo por las mañanas. ¿Y quién podría sospechar así que el velador del aserradero, de nombre Juan Tlapale, fuera el *nahual* maligno que asaltaba a los caminantes?

Él sabía que nadie...y estaba tranquilo.

CAPÍTULO V

María Preciosa se tendió en la cama. Pronto la respiración acompasada de la Tía Gregoria se dejó oír, en tanto ella comenzó a recorrer con los ojos el techo del jacal y a fijarse en el parpadear de la lámpara que se reflejaba en el vidrio que protegía a la estampa de San Miguel del Milagro y que dibujaba perfiles de caras conocidas.

Aquella que ahora se distinguía ¿era la cara Juan o la de Tomás? Para ser la de Juan, habría que recortarle un poco lo largo de la nariz. Para que fuera la de Tomás era menester alisar los mechones de pelo que le caían sobre la frente. Bien mirado, la cara era la de Gabriel, de Gabriel *el Loco*, como le llamaban.

Poco a poco sus rasgos se iban afinando y ya hasta veía sus ojos, esos ojos que tanto la perseguían, tratando de metérsele muy adentro del alma, y que la hacían dudar, a veces, del cariño que sentía por Juan; esos ojos que aun no sabía si la atraían o le repugnaban. Pero no, ella amaba a Juan sobre todas las cosas. Y lo amaba porque desde niña la enseñó a tener confianza en él.

Súbitamente, recordó aquel día en que, saltando entre las breñas, Juan le descubrió los senderos ocultos del bosque y los pasos difíciles de la montaña. Ese día feliz en que ambos recogieron guijarros pulidos por las

⁷ Fray Bernardino de Sahagún: *Cosas de Nueva España*.

aguas del río y bajaron de los pinos grandes mechones de *paxtle* sobre los que se dejaban caer, gozosos y despreocupados.

Ese día, en fin, en que supo cómo arrullan las miradas de un hombre. Y luego, el encuentro con aquella mujer a quien debía, en rigor, la certidumbre de su amor por Juan...

Regresaban ya al Texcaltipac, contando cuentos de animales y de flores, cuando distinguieron, entre los breñales, a una mujer que más bien parecía un espantapájaros. Por el miedo que le causó verla, se refugió en los brazos de Juan y lo miró sobresaltada. Los ojos de Juan brillaban de pena.

-No te asustes nomás, que es Dominga, la mujer de Serapio- la tranquilizó.

Y volviéndose a la mujer le dijo:

-Buenos días, Dominguita... ¿La lleva usted arrejuntada muncha leña?

Cuando Dominga los vio hizo intentos de ocultarse, pero al oír la voz de Juan se contuvo. Asomó su cara, llena de asombro, por entre unas matas y contestó:

-Con esto de las lluvias, todas las ramas están verdes. Ya llevo caminada toda la mañana y apenas si he arrejuntado tantita. Ora que llegue a mi casa, quién sabe cómo me vaiga.

-Pos no se apure, que orita mesmo yo y María Preciosa la vamos a yudar. Al cabo no traímos priesa.

Y con los ojos, le rogó a María Preciosa.

Pronto juntaron un gran bulto de leña, que Juan ayudó a Dominga a echarse en las espaldas. Ésta no sabía qué hacer ni qué decir. Sus ojillos, como de ratón, resaltaban en su cara llena de mugre. Su boca se movía en un balbuceo de pucheros.

-Debajo de esta piedra, todos los días le va a dejar a usted María Preciosa unas tortillas- le gritó Juan cuando ella iba ya camino de La Candelaria.

Todavía la vieron voltear para la vereda. Luego, ellos empezaron a caminar por el atajo que llevaba al despeñadero.

María Preciosa estaba perpleja por las atenciones de Juan para Dominga, tan inusitadas. Pero en el fondo se sentía invadida por una infinita ternura: ¡qué bueno era Juan, y cómo lo quería!...

-¡Si nomás supieras todas las penas de Dominga!- comentó Juan.

-¿Son munchas?- preguntó María Preciosa.

-Más que munchas. Afigúrate que...

Y la historia de las penas de Dominga, la mujer de Serapio, empezó a resbalar por los labios de Juan.

*

Dominga era hija de Octaviano Meneses y de Agustina Zempoalteca. Su madre, nacida en La Candelaria, ignoraba el idioma de "Castilla" cuando se casó con Octaviano, el mayordomo más "letrado" —como decían— de cuantos había tenido La Candelaria.

Como Agustina era bonita y fuerte, desde un principio la quiso, y sólo el hecho de que no supiera hablar el español lo entristecía y lo avergonzaba.

Se dedicó entonces a enseñarle el "Castilla" con paciencia y empeño. Cuando nació el primer hijo, le prohibió hablar el *nahuatl*.

-Sólo el "Castilla"- le dijo-. *Ya vites todo lo que enantes pasastes y las vergüenzas que me dabas por no saberlo. Por eso no quiero que a los chamacos les pase lo mesmo.*

Y sólo el "Castilla" se habló en aquella casa donde creció Dominga y donde todo el tiempo crecieron también sus hermanos, todos educados en el santo temor de Dios y conforme a las reglas establecidas por el hermano de Octaviano, que era cura de Quihauixtlan.

Los domingos, la casa amanecía alborozada. Todos los días, de lunes a sábado, el sol la iluminaba con una luz triste, amarillenta y pobre, como si el tener que asistir esos días al campo, a la barranca, al aserradero, a la troje y al curato, todo al mismo tiempo y a idéntica hora, le impidiera llegar hasta ella con toda su claridad a blanquear la cal de las paredes y a brillar en el agua del aljibe y en las flores de color desvaído y como quemadas por sus rayos tristes, amarillos y pobres.

Y es que ese sol semanero que iluminaba la casa, se volvía otro sol vivo, rojo y opulento los domingos y las fiestas de guardar.

Que llegaba el domingo, o que no había que trabajar por ser día de fiesta, y el sol como que ahorra la luz y potencia de sus rayos por no ser menester enviarlos esos días, sin tareas ni fatigas, al lugar cerrado o al campo. Y venga entonces el darse el gusto de trepar por las paredes de las casas, y de columpiarse en las ramas de los árboles, y de extenderse en las veredas y en los caminitos del pueblo, para brillar y relucir sin regateos, sin trajines y pródigo, y tan diverso al sol de los días no feriados, siempre ocupado aquí y allá, desde el alba hasta la Luna.

Los chamacos apenas si se limpiaban la cara y se lavaban las palmas de sus manos.

-¡Ora a cumplir con el santo precepto!- decía Octaviano pomposamente, repitiendo palabras de su hermano el cura.

Y todos salía al camino con rumbo al pueblo donde estaba la iglesia en que habría de celebrarse la misa.

Adelante iban todos los chicos, pensando solamente en el centavo de "cocolos" que les compraría el papá a la salida del templo, como premio a las tareas de toda la semana, y atrás, muy callados y parsimoniosos, los seguían Octaviano Meneses y Agustina Zempoalteca.

Los domingos eran el único día en que los muchachos comían pan; y como por un centavo les daban dos “cocolos”, se había acostumbrado a comer uno ávidamente y a guardar el otro para “chiquitearlo” después, anhelantes de que llegara el “día de muertos” para entonces sí saciar su hambre de pan. Porque ese día su padre labraba un costal de harina, y hasta los mismos preparativos ya eran un fiesta en toda la casa.

El horno, al fondo del patio de la casa, se volvía el centro del bullicio. Desde la víspera se cargaba de leña y muy temprano se encendía, para que calentara bien.

Octaviano amasaba y sus hijos le ayudaban a untar la manteca de las latas, a barnizar con clara de huevo las piezas ya labradas, o simplemente rociar del ajonjolí la superficie oblongo de los “cocolos” y los almohadillados de los “eslabones”.

-Ora sí, ya metan esas latas- les decía. Nomás que con cuidado, pa' que no se vaiga a cair el pan ahí dentro y se tueste.

-Muchacho de porra- reclamaba enseguida a otro de sus hijos-. ¡Pos ya no le quitastes l'azúcar a esos cuernos!...

Y el patio, el jacal, el cielo se iban llenando entonces del olor del pan. Así vivió Octaviano, confiado y tranquilo, durante muchos años. Pero un día la mayor de sus hijas se huyó de la casa, y con ella se fueron su sosiego y su paz.

Por los vecinos se enteró que seguido la veían con un hombre cuando iba a leñar o bajaba a lavar al río. Menudearon los calificativos para la actitud inconveniente de su hija, y del por eso y por lo de más allá, se pasó sin recelo ni recato a la calumnia infamante y a la apreciación injusta y rastrea.

Un incontenible afán de arreglar los hogares ajenos, de traspasar los muros de las casas y entrar en ellas para regir su existir cotidiano, con base en una moral falsa y circunstancial, se apoderó del posible buen sentido que pudieran haber tenido algunos vecinos del pueblo, y todo se volvió entonces maledicencia y chismorreos desorbitado. Y unos por crueldad, y otros por simple venganza o envidia, el caso es que todos contribuyeron para que la honra de la hija de Octaviano y Agustina quedara como una criba.

-¡Válgame Dios!- comentaban-. Si bien se vido que estaba embarazada.

-¡Ah qué Don Octaviano!... ¿Pos no fue él el último en saber las cosas?

-Aluego se vía que no iban a ir las cosas derechas con ese hombre de la Trenidá. ¡El montón de veces que los jallé tumbados por ahí por los alfalfares!

-¡La mañosa!... ¿A poco su mamá Agustina no le echaba de ver que poco a poco le enanchaban las ancas?

-¡Dicen que se vido muy mal del parto, como si fuera castigo de Dios!

-Si tantito se tarda, pos ahí por las milpas echa al crío.

-¡Y fue mujer!... Con ella va a pagar todo.

Octaviano no pudo resistir más. ¡Con qué cara iba a hacer justicia en el pueblo, como mayordomo, si su propia casa estaba manchada y el lodo de la deshonra le nublaban los ojos y lo ahogaba!

Poco a poco fue sintiendo que “se le hacía un colchoncito” en el corazón. Empezó a enmagrecer, taciturno y enfermo, y acabó por no resistir los remedios que le daban para curarlo. Una mañana volvió en la cama su cuerpo del lado de la pared –como para que nadie le viera la cara manchada por el lodo de la deshonra- y dejó de vivir.

Agustina soportó entonces todas las desgracias y agotó todas sus lágrimas. Ella y sus hijos quedaron a merced de su cuñado el cura, que se hizo cargo de la familia y de los bienes, y dominó por entero.

-Quiero construirle otros cuartos a la casa- le dijo un día a Agustina- y necesito vender la cosecha del frijol. De la del maíz, te daré la mitad.

Y Agustina consintió sin protestar, a sabiendas de que sus hijos se quedarían con hambre.

-Las limosnas de mi parroquia no alcanzan ni para sostener el culto- le dijo otra vez-. La capilla del Rosario se está cuarteando y necesito repararla. Así que firma este papel, que voy a vender la faja de terreno que está junto al carril. Apenas si me dará lo suficiente para esa obra.

Y Agustina volvió a consentir esa exigencia y aun puso torpemente, como firma, una crucecita en el lugar que el cura le indicó, a sabiendas también de que acertaba el patrimonio de sus hijos.

Dominga y sus hermanos vieron caer, desde entonces, la desgracia sobre su casa.

Ya los domingos, a la salida de misa, no les compraban pan- ¡con qué, si el pan cuesta dinero!- ni habían vuelto a ver un centavo, “de esos tan bonitos que papá Octaviano envolvía en su paliacate”. Lo que su mamá les daba de comer era lo que la Tierra le proporcionaba, o lo que podía adquirir en el mercado, a base de trueques. Todo lo demás estaba vedado definitivamente.

Un atardecer, Dominga estaba en el patio, sacando agua del pozo para llenar dos cántaros botijones, cuando unos albañiles de los que trabajaban con su tío el cura levantando los cuartos que éste había proyectado y que en esos momentos terminaban sus labores, secándose el sudor unos, y otros liando un cigarrillo, se le acercaron en demanda de un poco de agua. Entre éstos estaba Serapio Rojano.

-Mire usted nomás, Dominguita, pos si por nadita me rompo esta uña- dijo Serapio mostrando a Dominga el dedo lesionado.

-¡Ah, qué Serapio!... Si será usted tonto- repuso ella.

-Mi compadre tuvo la culpa. Nomás pasó y que me arrempuja el bote de la mezcla, y aluego luego sentí el dolor...

Y en tanto Serapio se limpiaba la tierra que tenía el dedo herido y sostenía con Dominga ese diálogo pueril, el cura de Quihauixtlan entró en el patio, montado en su caballo frailerero.

Al sorprenderlos platicando así, gritó de inmediato a Agustina:

-¿En dónde te metes tú?...Habías de cuidar a ésta para que no le pase lo que a su hermana. No que luego son los lloriqueos. Pero lo que es a mí no me toman el pelo. Antes de que otra cosa suceda, a éstos los caso porque los caso.

Y dirigiéndose a Serapio, le dijo con voz tronante:

-Ahorita mismo voy a ver a tus padres. No faltaba más. Y para el próximo domingo, ya están ustedes bien amarrados, como Dios y sus santos mandamientos lo ordenan...

Agustina y Dominga lo oyeron sin pronunciar palabra, llenas de temor y respeto. Serapio se concretó a alzar los hombros. El casorio le tenía sin cuidado, porque si bien Dominga era fea y hasta raquítica, de todas maneras era una mujer, ¡que de algo habría de servirle a él y luego a su mamá, aun cuando fuera para hacer tortillas!

-Pos si yo no lo quiero, mamacita, ¿por qué me tengo que casar con él?... Si él y yo no somos nada. Se lo juro a usted por la Santísima Virgen que está en el cielo- imploraba Dominga entre sollozos.

-¡No mientes el nombre de la Virgen!... ¡No lo ensucies con tu boca inmunda!- rugía el señor cura.

Agustina estaba perpleja, sin saber qué decidir. Pero a la postre, y por más que Dominga lloró, juró y perjuro que entre ella y Serapio no había nada, ante la influencia decisiva de su cuñado dobló la cabeza, y a sabiendas nuevamente de que atentaba contra la felicidad de su hija, la llevó al sacrificio indeseado.

Dominga pasó entonces a formar parte de la familia Rojano.

La casa de los Rojano era distinta a la de Dominga. Allí no había temor de Dios, y cada quien vivía como le daba en gana: los hombres trabajaban en el campo o como albañiles, las mujeres se dedicaban a hacer tortillas y la madre salía al mercado del pueblo a venderlas.

Ninguna de las hijas era casada. Jamás se las vio con hombre alguno y, no obstante, sus embarazos eran frecuentes. ¡Todo porque la promiscuidad y el incesto reinaban en esa casa!

La madre veía esto con indiferencia, y como nada le importaba, llegado el tiempo, se esmeraba en cuidar a las hijas y en aconsejarlas para que el parto no se malograra.

¡De ahí el montón de chiquillos Rojano que a diario se veía revolcándose en la tierra, junto a los animales, y la hilera de crucecitas que se erguía en el camposanto!

Aun no transcurría un mes de celebrada la boda, cuando ya Serapio, saciados sus apetitos, había botado a Dominga al igual que se tira un olote después de comido el grano.

Entonces comenzó su amargo vía crucis. Dormía a los pies de la cama de su suegra, sin más cobija que el calor de un perro que se le echaba junto.

Tenía que moler el *nixcometl* de cuatro ollas bien repletas, puesto que no sabía hacer tortillas.

Día a día se la veía enflaquecer, y más y más se hacía ostensible su fealdad. Y como su suegra se levantaba antes que ella, la despertaba bañándola con agua de *nejayote*, de tal manera que su cara, sus manos, sus brazos y sus pies pronto se llenaron de grietas que parecían "boquitas de lagartijas".

Nunca se peinaba -¡con qué, si ni peine ni escobeta le habían dado!- y los granos y los piojos señoreaban en su cabeza. Cuando moliendo la sorprendían rascándose, un ladrillo del fogón aquietaba su mano. Y le quebraron un dedo.

-Pos qué ¿no tienes ahí esa vara pa´ que te rasques?- le decían-. *¿Cres que nos vamos a comer tus piojos?*

-No desquitas ni lo que comes.

Como tenía hambre, a hurtadillas, y palpitándole el corazón, se robaba pedazos de masa que escondía entre la ceniza para comérselos cuando pudiera.

Tan pronto llegaba Serapio, la suegra le decía: *-No sé qui´hacer con esta endina de Dominga; nomás come y no quiere trabajar.*

Serapio cogía entonces una vara cualquiera y la golpeaba hasta sangrarla.

Si la mandaban a bañar al río, le daban *tequezquite* en vez de jabón, y sólo el agua, cuando le entraba en las grietas, le daba un sabroso descanso que deseaba que no se acabara nunca.

Después, sus ropas, sus pobres ropas convertidas en harapos que remendaba con el *ixtle* que arrancaba de las pencas del maguey, se le secaban en su cuerpo, que le dolía por tanta humedad y tanto golpe.

De esta manera, a fuerza de injusticias, de maltratos, de hambre y de mugre, Dominga, la mujer de Serapio, se fue convirtiendo en ese espantajo que asustó a María Preciosa.

*

-Crioque más valía morirse que vivir así como Dominga- dijo María Preciosa, camino del Texcaltipac.

-¡Pue´que sí!...- exclamó Juan.

-Lo bueno es cuando nos cásemos, tú me vas a querer muncho, ¿verdá?

-Eso que ni qué.

-¡Nomás acuérdate bien, y no a la mera hora me resultes como Serapio!...

-¡Onde cres!...- dijo Juan, agachándose a recoger una piedra que enseguida lanzó con fuerza hasta el otro lado del río-. *Si te quiero más que lo que ´hay de acá a onde llegó la piedra...*

-¿En de veras hasta allá?

-¡Hasta más allá!...

-¡Pos yo también!- afirmó María Preciosa.

Y echó a correr hacia el atajo para que Juan no le viera las dos estrellas que sentía en esos momentos que le brillaban en los ojos.

CAPÍTULO VI

Entre los balidos de las cabras, los cantos de los gallos y el ladrar de *Piscuintillo*, que corría y saltaba de un lado para otro, del tecorral a las trancas y de las trancas al *cuexcomate*, amaneció el domingo en el jacal de los Tlapale.

María Preciosa, acostada aún sobre el camastro y junto al calor de la Tía Gregoria que todavía no despertaba, tenía los ojos fijos en el techo de teja del jacal, humedecido por los aguaceros y a trechos manchado por una pátina verde que se extendía sobre las tejas formando, al igual que la lamparita de aceite en su parpadear, figuras desconcertantes, perfiles de caras conocidas y claras siluetas de animales. Las líneas que dibujaban sus contornos bien que dejaban apreciar, allí, frente a ella, las orejas altas y el hocico largo de un coyote, y más allá, las barbas y el mechón sobre la frente de don Blas, el sacristán de la parroquia.

Cerrando un ojo, todo lo apreciaba mejor, más características hallaba en sus trazos. Entrecerrando los dos, parecía como que las figuras se recortaban de las tejas y se desprendían hacia ella.

Así estuvo juega que juega, como la noche anterior, hasta que la Tía Gregoria dio una vuelta en redondo sobre la cama y se despertó.

-Crioque se nos pegaron las cobijas- dijo.

-Apenas y acaba de clarear- explicó María Preciosa. *En todavía no se oye llamar a misa.*

-Pos alevántate ya, si vas a ir al Molino, que aluego todo se te hace tarde y Juan no debe dilatar.

María Preciosa echó a un lado las cobijas, se metió por la cabeza las enaguas de manta, que amarró a su cintura con las cintas de la pretina, y se puso la blusa de percal y la falda de cotense.

Enseguida fue hasta el fogón, caminando descalza sobre la tierra del piso, y se inclinó a remover el rescoldo y a empujar un poco de leña para que ardiera pronto.

-Crioque esta leña es verde- dijo después de un rato. *Juan ya debe venir por ahí.*

-Ora se ha tardado mucho.

Y volviendo el rostro hacia la tía, preguntó sobresaltada:

-¿No le habrá pasado nada? Nomás y de pensarlo, ya estoy sudando frío.

-¡Qué le va a pasar!... ¿No ves que ya está protegido desde ayer que fue sábado y lo limpié de las ánimas malas?...- dijo la vieja, sentada ahora sobre el camastro.

-Pos yo tengo miedo. Siempre y que no vuelve pronto, pienso en algo malo.

-Tonta, no le pasará nada. ¡Onde cres que el Maligno aguante mis conjuros!- sentenció solemnemente la Tía Gregoria. *Quando mi padre Odilón Tlapale, que en Dios haiga, salía a trabajar por las noches, igualito que ora Juan, mi mamá Herminia lo conjuraba. Quando ella murió, yo que era su hija mayor lo seguí haciendo en su nombre, pues ésa fue su voluntad, y eso quiso. ¡Y mi papá en todavía vivió muchos años!...*

María Preciosa arrimó unas ollas al fogón y regresó luego al camastro a ponerse los huaraches.

-Por eso aprendí pa' lo que sirven las yerbas y los secretos que hay en los animales- continuó diciendo la hechicera. *¡Nadie los sabe mejor que yo, ni nadie los aguanta y triunfa d'ellos!*

La Tía Gregoria se levantó al fin y empezó a sacudir las cobijas y a doblarlas después para ponerlas sobre la estera de tule que había encima de las tablas que formaban el lecho.

María Preciosa se aventuró a insinuar:

-Debía dejar Juan ese trabajo y buscar otro, onque sea de pión.

-Juan no puede dejar ese trabajo- dijo la vieja un poco exaltada.

-¿Y eso por qué?

-Pos porque es de herencia- afirmó la Tía Gregoria en tono más reposado. *De veladores del aserradero estuvieron mi papá grande y mi papá Odilón, y luego mi hermano Antoño, y ora su hijo, que es Juan.*

La Tía Gregoria sabía bien que estaba mintiendo, que siempre había mentido sobre los quehaceres nocturnos de lo Tlapale y más aún desde que su hermano Antonio se convirtió en un *nahual* malo, destruyendo así la tradición familiar que tantos beneficios hizo al pueblo en un principio con los desembrujamientos, las curas de amor y los raptos de las doncellas negadas en matrimonio.

Pero entonces era entonces y Antonio aun no se juramentaba frente a la milpa legendaria, que por lo visto debió estar agusanada, porque sólo así se explica que se hubiera desviado del camino recto y penetrado al torcido, donde únicamente realizó crímenes y fechorías, que al correr del tiempo le sirvieron a Juan como ejemplos para practicarlos con adelanto y ventaja.

Sabía, pues, la Tía Gregoria que estaba mintiendo a María Preciosa al afirmarle que todos los Tlapale habían trabajado de veladores en el aserradero. Pero como había logrado, por sus artes de encantamiento, apoderarse de su voluntad y sustraerla de las amistades inconvenientes que pudieran haberle dicho algo que le hiciera dudar, y aun vivir aisladas del resto del pueblo en el jacal del Texcaltipac, no admitía que María Preciosa llegara a descubrir la falsedad de lo que ella afirmaba. Además, Juan trabajaba allí ciertamente, y eso bastaba para que estuviera tranquila e insistiera en la mentira, que al fin y al cabo tiempo y manera habría de arreglarlo todo, si llegara a saberse la verdad.

-Para más después- continuó la Tía Gregoria- *un hijo de Juan se irá de velador al aserradero, si es que tú no le resultas huera por dentro.*

-¿Y si a él le cuadra ese trabajo?

-¡Qué triste sería su vida si no lo hiciera bien!- interrumpió la vieja-. *¡Mejor y que no hubiera nacido! Todos los difuntos de la familia se saldrían de sus tumbas pa' perseguirlo. Y le dirían cosas en las orejas pa' que él nomás las oyera. Y le pegarían por todo el cuerpo con piedras y con varas de membrillo...*

María Preciosa dejó de sacar el *nixcometl* del bote donde había hervido la tarde anterior, y que estaba vaciando en una cazuela para martajarlo después, y se adelantó hacia la bruja con los ojos dilatados por el temor.

-¿En de veras así pasa?- preguntó con voz apagada.

-Sí- replicó la hechicera-. *Y aluego una noche los muertos se lo llevarían hasta la barranca pa' arrancarle la carne del cuerpo y quebrarle los huesos.*

-¡Qui'á de ser cierto eso!- dijo María Preciosa.

-Pos que sí lo es. ¿No te jallaste un día unos guesos amarillos por ahí por la barranca?

-Y sí, pero eran de animales.

-Eso es lo que yo creiba también. Pero cuando Hilario Carreto vino a pedirme un pedazo de queso pa' mascararlo y que no le diera el mal aire en el inter abría el sepulcro pa' enterrar a don Justo, y le di uno de los que tú habías traído, y él se lo llevó, y aluego no se le apareció el difunto, pos me di cuenta que no eran guesos de animales, sino de un semejante que los muertos han de haber tirado en la barranca, porque si llegan a ser de animales, ésta es l' hora en que Hilario en todavía sigue embrujado de ese mal aire.

-Pero es fácil de curar.

-¡Onde cres que lo es! Pa' curar ese mal aire se necesita darle de beber d embrujado una gota de leche de mujer doncella. ¡Y eso no es tan sencillo!... Por eso es mejor que los muertos no se enojen- sentenció con voz sombría la hechicera.

-En de veras que pue' que sea lo mejor- asintió María Preciosa.

-Pos por eso te digo que si tienes un hijo, trabajará igualito que ora Juan. ¡Así es la herencia desde hace mucho!

-¡Pos qué herencia tan mala, la mera verdad!- comentó María Preciosa, en tanto salía del jacal con la cazuela del *nixcometl* recargada en la cintura.

Ya en el patio, se encaminó hacia la cocina de humo, contigua al *cuexcomate*. Allí puso la cazuela sobre la tierra y con la poco agua que había en una olla empezó a lavar el metate.

-Ora tengo que bajar al río por agua- dijo.

Y así lo hizo.

-No te dilates, que Juan ya no debe tardar- casi le gritó la Tía Gregoria, pues María Preciosa ya iba cuesta abajo.

-No, oritita vuelvo- contestó.

Y siguió bajando por la vereda que terminaba en el río.

CAPÍTULO VII

El agua zarca del río espejeaba con la luz del sol que ya caía sobre ella a través de las ramas de los pirús y de los tepozanes.

Brillaban aquí y allá las arenitas de oro, rojas y azules, que bordeaban al río, y un gorjeo interminable de pájaros parecía saltar de todos los follajes hasta la tierra y al agua, como para llenarlos de ritmos y de cantos elementales y enervantes.

De la copa de un eucalipto a la punta de un risco voló una *aguillilla* al oír que se movía el matorral de cerca del río, ya mordido por los ganados, al paso de María Preciosa que lo triscaba, anhelante y enardecida por la transparencia y la frescura de la mañana que apenas hacía unas hora que acababa de nacer.

Ya sobre la arena tibia, corrió juguetona y despreocupada, en tanto se llenaban de agua corriente las dos tinajas que había bajado del jacal. Luego se agachó para beber en las palmas de sus manos esa agua zarca. Y le pareció tan fresca y tan tranquila, que deseó sentirla también en su cuerpo.

Penetró entonces su pies dentro de ella, y dos pasos después el frío le llegó a las rodillas. Enloquecida e infantil, permaneció unos instantes chapoteando acá y allá, gozosa de librar sus enaguas del agua que a veces le subía, si llegaban sus pies a dar con una poza, hasta la mitad de los muslos. Entonces un súbito estremecimiento corría por su cuerpo y la hacía reír y gritar desenfrenadamente.

De pronto volvió los ojos hacia la vereda que llegaba del pueblo y se topó con Gabriel *El Loco*, que la miraba embelesado.

-¿Qué te trai por acá?- preguntó María Preciosa.

-Me dio en el corazón que aquí estarías, y vine a desengañarme.

-A espiarme, habías de decir, a espiarme nomás.

Y sin volver a mirarlo, María Preciosa salió del agua y caminó por la arena hasta el sitio donde había dejado las tinajas. Gabriel cruzó entonces el río y estuvo pronto cerca de ella.

-¿Por qué eres así conmigo, María Preciosa? ¿Qué te he hecho para que me trates así?
 -Espíame y molestarme cada vez que puedes- le respondió-. ¿En todavía no entiendes que nada quiero contigo?
 -No- respondió con sequedad-. Te lo digo ahora y te lo diré siempre: ¡no quiero entenderte!
 -Voy a casarme con Juan- dijo ella con voz orgullosa y segura.
 -No importa; yo te esperaré.
 -¡Pa' que pierdes tu tiempo!...- dijo María Preciosa entornado los ojos y hundiendo la punta de sus huaraches en la tibieza de la arena.
 -Ni creas que lo pierda. Yo sé bien que tú eres ahora como el *cempazúchil* y que Juan tiene los tallos tiernos, en tanto que yo estoy quemado por cuarenta heladas. ¡Si él gana, es por eso!...Pero no importa: yo esperaré a que la montaña esté nevando, a que los lejos estén cerca, a que los muchos sean pocos y los dos sean tres...
 -¡Hum!- suspiró, sin comprender, María Preciosa-. ¿Y eso qué's?
 -Adivínalo tú, o dile a la Tía Gregoria que te lo adivine, ella que todo lo sabe- repuso amoscado Gabriel.
 -Nomás dices puras locuras.
 -¿Qué puede decir Gabriel *El Loco* sino locuras? A veces, yo mismo no sé lo que digo.
 -Bueno...pos yo me voy porque se me hace tarde- dijo María Preciosa al mismo tiempo que apoyaba en su hombro una tinaja y levantaba la otra del cordel que le servía de asa.
 -Ni siquiera te ayudo a llevar el agua, porque sé que no me dejarías.
 -¡Onde cres!...- comentó María Preciosa.
 Y empezó a subir por la vereda que llevaba a su jacal, cargando las tinajas con agua y untándosele al cuerpo flexible como el trigo, y como el trigo colmado de promesas, la enagua húmeda aún por el agua del río.
 Gabriel la fue escoltando con los ojos y con el pensamiento hasta que los breñales de la cuesta de arriba se la escondieron.
 Entonces se tendió, bajo los florones de sombra de un pirú, a respirar la soledad del campo y a sentir cerca de él, en la grama, en los renuevos, en los guijarros del río, y aun en el horizonte, el olor de María Preciosa, la voz de María Preciosa, los ojos de María Preciosa.
 ¡Todo lo que era ella de omnipresente para él!

CAPÍTULO VIII

En el pueblo de La Candelaria le llaman Gabriel *El Loco*, pero en el suyo, de nombre Papalotla, que es "lugar de mariposas", le dicen el Señor Augusto y Venerable. Su pueblo está en lo más alto de una montaña, recortado por "La Barranca del Muerto" y "La Cueva del Diablo".

Por las noches se ven brillar los ojos de los coyotes en el fondo de sus precipicios y se oyen brotar los quejidos de los hombres que no quiso la Tierra.

Él nació bajo el augurio de *Ce-Malinalli*, o de la hierba retorcida, y fue destinado, por juramento, a la hija principal del cacique del pueblo.

El juramento lo hizo a los doce años, ante los sacerdotes, que eran tres, y frente a un maguey florecido.

El primer sacerdote le cortó un mechón de cabellos y, enseñándolo al pueblo, exclamó:

-Éste quiere casarse con ésta.

El segundo sacerdote tomó la mano a la novia y respondió por sus padres y por ella, al mismo tiempo que dispersaba por los cuatro vientos el mechón de cabellos:

-Así se hará.⁸

El tercer sacerdote, de bastón enflorado y espejos sobre las sienes, regó a sus pies pétalos de chicalote y de maravillas, les dio a beber agua cubierta con hojas de hierbabuena y les tocó la frente con las yemas de sus dedos temblorosos, como para clavarles en el pensamiento el eterno destino que habían jurado aceptar y que no podrían torcer jamás porque el pueblo los castigaría, en vida o en muerte, si lo hicieran.

Durante tres años, Gabriel fue fiel a su juramento. Pero como su augurio era de desventura, un día su prometida murió, y él se quedó solo y triste.

Una mañana la llevaron a enterrar, vestida de blanco, con música y cohetes. Dentro de su tumba, sus padres vaciaron canastas de fruta y de pan, para que pudiera llegar sin hambre a la región del Espíritu Santo, y a mediodía convidaron a comer y a bailar a todos los del pueblo, que al fin y al cabo la muerte de una doncella debe ser festejada porque los dioses se regocijan de ello y en su alegría derraman dones y mercedes sobre los padres que les entregan a sus hijas intocadas.

Gabriel recobró así su libertad comprometida, pero como amaba a la mujer de su juramento y le dolía haberla perdido, sus tribulaciones fueron grandes y sus penas mayores.

Decidió entonces salir del "Lugar de Mariposas" para ir a otro pueblo, más allá de sus montañas, y así se lo dijo a sus padres.

⁸ Fray Juan de Torquemada: *Monarquía Indiana*.

Sus padres trabajaban la tierra. Mucho antes de que empezaran las lluvias, ellos comenzaban a voltearla, afanosos e incansables. Luego, la araban, bajo el sol, con la yunta de bueyes viejos que año tras año les servían para abrir los surcos.

Todos los días, su padre, fuerte aún, salía al campo, apenas amaneciendo, montado en el caballo rodado que llamaba *El Rajadiablos*, porque nadie podía dominarlo. Él era el único que lo sometía, haciéndolo caminar sin regodeos ni estobos. Salía al campo a revisar, por el monte, cómo venían abriendo las milpas y cómo colgaba el haba sus vainas afelpadas.

Cuando regresaba a la casa, sacaba un sillón al sol para tenderse a descansar, extendidas y abiertas las piernas recias y apoyada la cabeza sobre el respaldo. Desde allí hablaba con Remedios, la mamá de Gabriel, que iba y venía por la cocina, preparando la carne asada y el arroz blanco oloroso a ajo y que era la comida de todos los días.

Remedios tenía los ojos llenos de bondad y su voz era dulce. Ayudaba a su esposo en el trabajo y le gustaba que la casa estuviera limpia. Cuando barría por las mañanas, cantaba levemente; como con tristeza cantaba siempre. Y lo mismo cuando sacudía el polvo que había en las sillas o en la mesa, y cuando cosía remiendos a la ropa o salía a rastrillar la tierra y abrir los surcos.

Gabriel no recordaba haber oído a su madre quejarse nunca del trabajo incesante. Tampoco la recordaba llorando o doliéndose de alguna enfermedad. Un día amaneció con “chiqueadores” sobre las sienes y con los ojos rojos, pero no dijo nada. Ella era reservada en sus amarguras y no quiso jamás que se supieran sus sufrimientos. Ni siquiera cuando murió el padre de Gabriel se alteraron sus nervios, ni cuando ella falleció, sus hijos la vieron temerosa y sensible a su muerte.

Todo lo aceptaba con frialdad, conformada y serena. Si gozaba o sufría, nunca lo supo alguien. Hasta sus mismas incesantes canciones se oían con misterio y como si llegaran de lejos, de lo oscuro.

Desconcertante siempre, sólo su cariño por sus hijos, egoísta, sin límites, la revelaba como mujer. Pero era más bien una montaña, un eterno camino, una lejanía inalcanzable.

A sus hijos los hacía trabajar sin descanso. Le gustaba que salieron con ella al campo, para enseñarles lo que en él había aprendido desde su infancia hasta su matrimonio con Isidro Arenas, siempre dueño de sí mismo y arraigado a la tierra que tan bien conocía y hacía fructificar. Les enseñaba el nombre de las yerbas y las aplicaciones y virtudes que tenían. Por ella conocieron cuáles eran buenas para inmunizar contra el veneno de las víboras y cuáles no había que tocar por riesgo de hallar la muerte. Y también las que podían comer los animales, y las que traían buena suerte o alejaban los daños.

Todos los secretos de la siembra se los fue revelando, y por ella aprendieron a conocer el tiempo probable, según que las nubes estuvieran altas, rojas o alargadas, o que la luna y el sol aparecieran con manchas, o encerrados en círculos, a veces luminosos y en otras desvaídos.

Los fue formando a su semejanza y a la tradicional de la familia. Eran del campo y en el campo habían de crecer, de hacerse hombres, de dar hijos al campo y volver a la tierra cuando ya la sangre estuviera seca y sin bríos.

Si sabían refrenar un caballo, era porque Remedios había autorizado a su hermano, el de *Chimalpa*, para que a golpes los hiciera mantenerse pegados a la silla, como incrustados en ella.

Chimalpa era el ranchito de su hermano y en él pasó Gabriel días de tormento y regocijo. El aprendizaje obligatorio de montar potros y novillos era doloroso, pero en cambio le permitía trepar a los árboles a cortar la fruta del tiempo y a bajar los nidos de las *hilamas*.

De sus hermanos, era Gabriel el más inhábil en todas esas destrezas. Si tomaba la yunta para abrir los surcos, el arado se le hundía en la tierra, profundo y pesado; si usaba de la pala o del rastrillo, las ampollas reventaban en sus manos y el cansancio lo vencía. Nunca pudo sostenerse lo bastante asido del pretal de un novillo, ni “rayar” un caballo frente a una tapia de adobes, como lo hacían sus hermanos, tan diestros y ligeros en todas esas suertes. En cambio, ellos no sabían leer, ni ayudaban a Isidro Arenas a apuntar en los libros lo que entregaba a los comerciantes del pueblo en maíz y en alfalfa, ni tenían el carácter firme y resuelto que él había heredado de Remedios.

Un día, Gabriel le dijo a su padre:
-Quiero irme de acá, pa’ poder ir a un colegio...

Su padre se le quedó mirando con un gesto de reproche y duda, y sintió que sus ojos atravesaban los suyos y se le clavaban precisamente en el sitio de donde habían brotado esas palabras, tal y como si quisiera buscarlas, precipitado y violento. Le torturaba –después lo comprendió Gabriel- que un hijo suyo pudiera pensar salir de su tierra, dejar la tierra que era su sangre, sus huesos y su carne.

Nada le dijo entonces y nada le dijo tampoco Remedios. Pero su silencio común, premeditado y sordo, a Gabriel le dolía hasta las lágrimas.

Durante varias noches no pudo dormir de pensar que su vida habría de perderse para siempre en las faenas del campo. Lloraba por él y por ellos, que no querían comprenderlo. A veces hasta los miraba con tristeza y compasivamente.

Lo obligaron entonces a los trabajos más fatigosos. Lo cansaron con las más duras faenas de sol a sol y con las cargas más abrumadoras y agotantes. Hasta que la enfermedad vino a abrirle su destino.

Durante muchos días estuvo enfermo, sin que Remedios se apartara de su lado, cuidadosa y solícita. Sentía su mano sobre la frente como un bálsamo y miraba sus ojos bondadosos llenarlo de ternura y alivio.

Cuando otra vez pudo salir al aire, al sol, a la luz nueva, la voz de sus padres y de sus hermanos era para Gabriel de una dulzura que le reconfortaba, de una suavidad que le parecía nacer del silencio en el que había estado sumido antes.

-Ora que estés más mejor- le dijo su padre- *te llevaré al otro pueblo pa' que estudies, ya que eso es lo que quieres.*

-Está bueno- le respondió Gabriel.

Y así salió de Papalotla.

Más cinco años de ausencia no le bastaron para olvidar a su prometida, ni el sepulcro donde ella había guardado el privilegio de su primavera, su tesoro intacto defendido del sol y de la lluvia, de las noches negras y de las noches blancas.

Cuando al fin regresó a Papalotla, vivió consagrado a honrar la memoria de la desaparecida. Por muchos años sólo se le vio seguir el camino del cementerio, en donde permanecía hasta un poco antes del crepúsculo, apenas llegando el sol a su término, como los pájaros a las ramas de su calor y su sueño, y casi en los momentos en que las nubes se iban convirtiendo en un rescoldo de violetas y grises. Entonces volvía a sumergirse en el silencio de su jacal, con sabe Dios qué pensamientos haciéndole compañía.

Jamás se le vio asistir a las fiestas del pueblo, a los convites de las bodas, a las danzas que llenaban el atrio de la iglesia, cuando el *teponaztle* y la *chirimía* descansaban, de ritmos y cantos primarios y de vivos colores atormentados.

¡Sólo el recuerdo de *ella* lo perturbaba!

Hasta que un día, muchos años después, cuando sus padres y sus hermanos ya eran muertos y él había perdido su tierras por desidia, en el mercado de La Candelaria sus ojos encontraron la mirada de María Preciosa.

Él había oído decir que las ánimas vagan errantes en el espacio, en tanto no se vuelven estrellas en el firmamento o penetran y alientan en un cuerpo nuevo. Pero ahora confirmaba la versión de ese peregrinar, ante el milagro presente a sus ojos: su bienamada, aquella que en su tumba ya nada más oía los cantos melancólicos de los hombres que no quiso la Tierra, estaba allí, rediviva, al alcance de sus palabras y cercana a sus manos. Oyó que alguien dijo:

-Vámonos ya, María Preciosa.

Y el nombre le entró por todos los poros de su cuerpo, le agitó el corazón y se alojó en sus labios como una letanía.

-¡María Preciosa!... ¡Se llama María Preciosa!...¡Es María Preciosa!...

Su voz fue subiendo de tono insensiblemente hasta volverse grito.

Entonces los del pueblo lo miraron asombrados. "¿Quién era ese hombre? ¿Por qué vagaba de un lado para otro repitiendo el nombre de María Preciosa? ¿De dónde había llegado y qué buscaba?", se preguntaron.

-Está loco- dijeron los más.

-Está borracho- dijeron los menos.

Pero él no los oyó, porque lo único que oía era su propia voz repitiendo el nombre de la recién encontrada.

Se acercó a un campesino y le dijo:

-Me llamo Gabriel Arenas y soy de Papalotla.

-¿Y aluego?

-Pues quisiera saber nada más si esa mujer que se llama María Preciosa vive aquí.

-Acá no vive- repuso el campesino-. *Pero nomás pasando el río está su casa.*

-¿Está lejos el río?

-¡Onde va estar!... Nomás se camina por acá derecho y ahí abajo está luego- explicó-. *Del otro lado está un atajo y por ahí se sube al cerro donde ella vive.*

Los del pueblo rodearon al campesino y lo atosigaron a preguntas. Después concluyeron en definitiva:

-¡Ese Gabriel está loco!...

CAPÍTULO IX

Entre sorbo y sorbo de atole, Gabriel les dijo a sus tías:

-Necesito que ustedes me ayuden para poder afrontar una situación.

-¿Afrontar qué?...- preguntó, sin comprender, la tía Mate.

-Afrontar una situación, niña- ratificó la tía Cande-. *Afrontar una situación...*

Una primero, y otra después, se llevaron la taza de atole a los labios.

-Está muy desabrido el atole- dijo, por decir algo, la tía Mate.

-No, no está desabrido- corrigió fríamente la tía Cande. *Pa' mi gusto está bien.*

La tía Mate dio un nuevo sorbo al atole, para comprobar la afirmación de su hermana, y asintió:

-Pos creo que sí...Pa' nuestro gusto está bien. ¿Verdá, Gabriel?

-Sí, tía Mate, está muy bien.

En realidad, la tía Mate se llamaba Mateana, y la tía Cande, Candelaria, pero en el lenguaje familiar eran conocidas- aun por personas extrañas- como tía Mate y tía Cande.

La tía Mate era la hermana mayor, y la tía Cande, la menor. Pero en el saber todas las cosas y el gobernar todas las casas de su propiedad, la tía Cande era siempre la de mayor autoridad, de más firme carácter y de voluntad dominadora y decidida. Su misma figura alta y enteca, y su rostro, de líneas agudas y sin gracia, la ayudaban a sostener esa jerarquía de poder y mando que contrastaba con la mansedumbre, la dulce candidez, la sencilla tranquilidad de espíritu de la tía Mate, tan envuelta siempre en trapos y en el rebozo azul que hacían resaltar la delgadez de sus manos y el brillo de sus ojitos pardos, conservados una y otra a fuerza de estar sentada detrás del mostrador de la tenducha que tenían en Papalotla, liando cigarrillos de tabaco corriente.

En cambio, la tía Cande era la del todo: administraba los bienes, concertaba las operaciones con los "medieros", iba al mercado tanto como a la iglesia, vendía las cosechas, cuidaba de que todo estuviera dentro del orden y no permitía los gastos superfluos.

-Hasta un cerillo cuesta dinero- solía decir con frecuencia.

Tan apegada era al método y al sistema, que aun las costumbres de la casa estaban regidas por esas disciplinas. Así el desayuno: una taza de atole y dos panes para cada una, se tomaba invariablemente después de que ella regresaba de cortar la alfalfa para los conejos. La comida: arroz blanco, tres trozos de carne con papas en un mole cualquiera, y frijoles bien calientes, se servía también, invariablemente, después de que regresaba de los campos dados "a medias", que a diario visitaba para cerciorarse de que todo iba bien y no había engaños. Luego llegaba la hora de la siesta inevitable, y por la noche, cuando ella cerraba la tienda, se tomaba la cena: una taza de atole y dos piezas de pan cada una.

Terminada la cena, la tía Mate y la tía Cande se iban a sus camas a rezar y a dormir.

Y así todos los días.

-¿No quieres otra tacita de atole?- preguntó la tía Mate a Gabriel.

-Ya ha tomado mucho- comentó la tía Cande- *y tiene que sobrar pa' mañana...*

-No, ya no quiero atole- aseguró Gabriel-. *El atole es lo de menos. Lo importante es lo otro...*

-¿Qué's l'otro?

-¡Mi situación!

-¿Es muy grave?

-Muy grave, tía Mate. Es tal mi desesperación, que estoy decidido a todo.

-Siempre dices lo mismo- subrayó la tía Cande.

-No, esta vez es definitivo. Si ustedes no me ayudan, me daré de alta en el cuartel.

-¿Tú de soldado, Gabriel?...- balbuceó nerviosamente la tía Mate-. *Ni lo quiera Dios.*

-Es lo único que puedo hacer. Acá en Papalotla no tengo manera de buscarme la vida, y como tampoco tengo dinero para comprar un terreno muy bueno que me venden en La Candelaria, pues me he decidido a meterme de soldado.

-¿Y si te matan?- preguntó temerosamente la tía Mate.

-¡Pues ni modo!

-¡Qué ni modo, ni que nada! Quítate eso de la cabeza y confórmate con ser lo que eres.

-¿Y qué soy ahora, tía Mate, sino un pobre hombre que sufre al verse sin dinero para comprar un buen terreno en La Candelaria y ponerse a trabajarlo como Dios manda?

Como para que no vieran el llanto que hipócritamente iba a hacerles creer que asomaba a sus ojos, Gabriel se levantó de la silla en que estaba sentado, y caminó hacia la puerta del cuarto. De espaldas a sus tías, permaneció un momento mirando el patio. Luego, desde allí, murmuró:

-Pero si ustedes me ayudan..., todo puede cambiar.

-¿Qué es lo que quieres?

-No le preguntes qué quiere, sino cuánto quiere- corrigió ásperamente la tía Cande.

-¿Cuánto quieres, Gabriel?- repitió la voz de la tía Mate.

-Yo no podría decirlo- aclaró Gabriel, volviendo de la puerta hacia sus tías-. *Es mejor que ustedes fijen la cantidad.*

-Pos sí, nosotras la fijaremos.

Y la tía Mate, y la tía Cande iniciaron en voz baja una conversación que poco a poco fue subiendo de tono hasta estallar en los agudos de la tía Cande:

-¡No le daré ni un centavo!

-El dinero es mío también.

-Pos dale de tu dinero.

-Eso mero es lo que voy a hacer.

-Así tendrá pa' buscarse una mujer y costiarle sus lujos. Sólo tú no entiendes lo que pasa: como ya Gabriel está macizo, quiere nuestro dinero pa' sus antojos...

-No, tía, eso no...

-¡Tú cállate!...Eso es tan cierto y lo tengo tan metido en la frente, como Santa Rita el clavo.

-De mi dinero le daré a Gabriel lo que necesite pa' su terreno- volvió a expresar la tía bondadosa.

-Por mí puedes dárselo todo. Pero nomás te digo que aluego te lo descuento.

-Eso que ni qué. Pero es más mejor que ver a Gabriel de soldado.

La tía Cande miró con fijeza y con apasionado rencor por la derrota los ojos de Gabriel, pero no se atrevió a dejar escapar el odio turbio y la cólera impotente que se apoderó de ella contra él.

Simplemente salió del cuarto con el gesto sombrío y la mirada dura, como de espada, como de pedernal, fría y sin misericordia.

La tía Mate fue hasta una cómoda y a poco volvió con el dinero.

-Toma, hijo, no sé ni cuánto es.

Y le entregó a Gabriel una bolsa con dinero.

-Ora vete a comprar ese terreno y ponte a trabajar.

-Gracias, tía Mate, muchas gracias... ¡Yo le prometo a usted que ya no me iré de soldado!

-A Dios es a quien debes darle las gracias, y no a mí.

-¿Quiere usted que las demos juntos?...Podríamos rezar ahora.

Y la tía Mate, enternecida por la súplica, respondió que sí.

Gracias te doy, Gran Señor

Y alabo tu gran poder...

empezaron los dos a rezar en voz queda, empeñándose en lograr que sus voces fueran un clamor de salvación y renuncia.

*

Gabriel *El Loco* volvió entonces a salir del "lugar de mariposas" y se fue a vivir a La Candelaria, donde compró el terreno "muy bueno" que le vendían y allí levantó su jacal.

Un día y otro día, y así durante meses, Gabriel bajó al río y subió al Texcaltipac a saludar a sus amigos los Tlapale.

A nadie le extrañaba ya encontrarlo por ese camino ni oírlo hablar a solas con los árboles y con las aguas del río. ¡Gabriel Arenas era Gabriel *El Loco* y eso bastaba para dejarlo en paz!

Así lo comprendió con regocijo, y dejó que la opinión de los del pueblo fuera corriendo de boca en boca, y creciendo de versión en versión.

Él sabía que estaba enamorado, que su tía Mate le proporcionó dinero para ser feliz y que el camino para llegar a María Preciosa lo tenía libre de esta manera. Lo demás no le importaba.

CAPÍTULO X

Empezaron a florecer los jazmines que Juan y María Preciosa trasplantaron del Molino a la puerta del jacal, y su olor se impuso al olor de la noche inalterable.

Juan había salido ya para el aserradero y la Tía Gregoria y María Preciosa dormían cuando *Piscuintillo* ladró desahogado al divisar la luz del farol que Tomás Tlacuilo traía para alumbrar el camino a Valentina, su mujer, que cargaba en los brazos a su hijo, bien cubierto con una tilma gruesa.

El farol que colgaba de la mano de Tomás iluminaba el frente y los lados del camino con una luz pobre y amarilla, y proyectaba un halo de sombra sobre la tierra, que hacía más lento y dificultoso el andar de los dos.

A veces el aire lograba penetrar por las ventilas del farol y parecía que la luz se apagaba, disminuyendo la intensidad de la llama y ya a ratos zozobante. Pero luego volvía a adquirir el medio tono de su potencia luminosa y a parpadear como antes, más amarilla cuanto más cercana.

Cuando llegaron a la puerta, Tomás llamó por tres veces con los nudillos de sus dedos. Pero nadie le respondió. Volvió a llamar otras tres veces con golpes secos, y el resultado fue el mismo. Entonces optó por esperar prudentemente.

La Tía Gregoria despertó sobresaltada, moviendo a María Preciosa.

-¿Oyes?...

-¡Qué!...- repuso entre sueños María Preciosa.

-Alguien está ahí afuera.

-¿Quién podrá ser a estas horas?

-Pos no sé.

-Me asomaré por la ventana. Puede y que devise quién es- dijo María Preciosa al mismo tiempo que saltaba del camastro.

-Es mejor espiar- aconsejó la tía.

Volieron a oírse las llamadas a la puerta, y luego la voz de Tomás que desde fuera decía:

-Criaturas de Dios, ¿por qué no responden?

La Tía Gregoria preguntó con voz sorda:

-¿Quién es?

-Yo, comadrita: Tomás Tlacuilo, el pastor.

-Aguarde y un momento, que ya salgo.

-M'hijo está muy malo y quiero que usted lo vea. Acá lo traí Valentina.

-Oríta voy- repitió la Tía Gregoria.

Pero hasta después de que se cubriera la cabeza con el rebozo, echándose sobre los hombros la cobija, quitó la tranca de la puerta y abrió.

-Entren nomás, que está juerte el aire.

Y Tomás y Valentina, con el niño enfermo en los brazos, entraron al jacal, sumido casi en la penumbra. La vela que había encendido María Preciosa y el farol de Tomás eran insuficientes para alumbrarlo.

-Usté nos ha de dispensar, comadrita, por haberle venido a quitar el sueño- suplicó Tomás Tlacuilo mientras cerraba la puerta. *Pero ni modo de aguardar hasta mañana. Aquí su comadrita me decái: "Nomás y que amanezca la vamos a ver pa´ que lo cure."* ¡Pero yo no pude aguardar tanto tiempo!...

-Yo se lo decía- se atrevió a confirmar Valentina-. *Apenas y amanezca la vamos a ver...*

-Pero yo me hice el sordo, porque m´hijo se está muriendo- interrumpió él-. *Míralo tú, María Preciosa, tú que no estás manchada por los pecados; míralo tú y verás que no te sonrío.*

Y Valentina acercó el niño a María Preciosa para que lo mirara.

-Tiene los ojos como de vidrio- comentó con asombro María Preciosa-. *Y ansí de grandes...- e indicó con la mano el tamaño.*

-¿Verdá que sí?- dijo Valentina desconsolada-. *¿Verdá que son ojos de gato los que tiene? ¡Y onde los iba a tener ansí más antes!... Nomás mírelo usté, comadrita, nomás mírelo usté-* exclamó dirigiéndose a la bruja- *y aluego dígame: ¿por qué sus ojos de niño se le están cambiando por los ojos de un gato?*

-Y a más que ni un momentito los cierra, ni porque es de noche ni porque es de día- explicó Tomás-. *¿Qué es lo que yo habré hecho pa´ que ansí me castigue Dios?*

-¿No ha ofendido usté a nadie?

-A nadie, eso sí... En el campo, con mis ovejas, no hay modo de ofender a nadie. ¡En de veras que no!...

Y Tomás Tlacuilo hizo un rápido examen de conciencia que le resultó negativo. ¡A quién podía ofender viviendo como vivía de sol a sol siguiendo al rebaño por los chaparrales y el lomerío, requemándose la piel, endureciéndose los pies a fuerza de pisar cardos y piedras puntiagudas y filosas, sometiéndose a los rigores del frío y del calor, de la lluvia y el viento, y apenas descansando en la soledad sin sombra de los cerros, junto a unas jarillas, o con el sombrero sobre los ojos para que la luz no moleste tanto! ¡A quién podía ofender si sólo el cielo y el campo, las ovejas cerreras y el perrito canijo que lo seguía eran sus amigos!...

-¡Como hay Dios, que no he ofendido a nadie!- confesó convencido y resuelto.

-¿Cuándo empezó a estar malito?

-Apenas y hace dos días- respondió Valentina-. *Estaba yo cántale y cántale pa´ que se durmiera:*

Que ruru, que ruru

Que tan, tan, tan

Leche y atole

Son pa´ San Juan

¡Y el niño que no cerraba los ojos! Llegó Tomás del campo y el niño seguía lo mismo.

-Lo envolví entonces en mi cobija y lo cargué en mis brazos- continuó Tomás Tlacuilo-, *y ansí nomás le conté cuentos pa´ que se durmiera: que´s que las lagartijas corrían más que los ratones, y que si las ranas hacían ao...ao...y se comían a los niños que no querían dormirse. ¡Pero nada! El niño no pegaba los ojos.*

-¿Y no ha llorado?

-No tantito. No llora ni se queja.

-¡Pos es que está hechizado!...- sentenció la Tía Gregoria con voz áspera.

-¿M´hijo hechizado?...¿M´hijo, el que en todavía no habla, está hechizado? ¡Crioque eso no puede ser!...

-¡Pos sí lo es!

Tomás miró con pavor a la Tía Gregoria, casi sin pestañear. No podía comprender que su hijo estuviera hechizado. ¿Por qué habría de estarlo, si el niño no odiaba a nadie, y él y Valentina siempre se quedaban metidos en su casa, con paredes muy altas para no ver las cosas y las vidas ajenas, sino nada más las propias? A nadie habían buscado o deseado mal, y, sin embargo, su hijo estaba hechizado y sufría, haciéndolos sufrir también a ellos.

Valentina lloraba de rodillas a los pies de la Tía Gregoria y suplicaba:

-Cúrelo usté, comadrita, usté que puede hacerlo.

La Tía Gregoria ordenó que María Preciosa, por ser doncella, tomara al niño en brazo y que Tomás se arrodillara a su derecha y Valentina a su izquierda. Luego fue a la cómoda y trajo consigo un plato con huevos y un vaso que llenó de agua hasta la mitad. Enseguida acercó el anafre hasta donde estaban los padres del niño, y dejando caer en su lumbre unos trozos de copal, dijo a María Preciosa:

-Arrodíllate frente a mí y destápalme el pecho al niño.

María Preciosa dejó descubierta la carne del niño enfermo. La hechicera se arrodilló y empezó a pasar y repasar un huevo por la cara, el pecho y los pies del embrujado, diciendo:

-Con este blanquillo de gallina negra yo te limpio, hijo de Tomás y Valentina, del mal de ojo que te hicieron por envidia o por celos, por venganza o por odio.

Acercó su cara a la del niño y volvió a hablar:

-Del hechizo te limpio, aú... del mal de ojo te limpio, aú... del embrujo te limpio, aú...

Y echando el vaho de su boca sobre la cara, el pecho y los pies del niño, agregó:

-Y que de tu cuerpo se salgan los tres venenos, los tres alfileres emponzoñados, las tres espinas malignas y los tres dientes del Diablo... ¡Ansí lo mando yo por la cruz de San Andrés y la espada de San Jorge victoriosos! ¡Que el perro de San Roque se coma tus quesos, diablo infernal, si no obedeces mis mandatos!

La Tía Gregoria se puso de pie y vació el huevo del hechizo en el vaso con agua que tenía preparado.

-Pídanle a Dios que acá dentro del vaso lo descubra todo. Si fue un hombre el que lo embrujó, en la yema aparecerá; si fue una mujer, en la clara la veremos.

Tomás y Valentina se sentían aturridos. Por unos momentos miraban el interior del vaso, y por otros a la Tía Gregoria y a María Preciosa, que arrullaba al niño.

-¿No se ve nada?- preguntaron.

-En todavía no se aquieta el agua- les contestó la bruja, con la vista clavada en el fondo del vaso.

María Preciosa arrullaba al niño entretanto, cantándole llena de gozo:

*Un cuento te cuento
Niñito sin sueño
Un cuento te cuento
Pa´ que ora te duermas.
Pa´ que ora te duermas
Escondí la luna
Pa´ que ora te duermas
En la noche oscura.*

-¿Qué pájaro te enseñó esa canción, María Preciosa?- inquirió Valentina, torturada por la emoción y la pena.

-Pos no sé cuál haiga sido, ni de onde me venga el canto, pero a tu hijo le hace bien.

*Pastorcito niño
Que vas por el monte
Tus ovejas blancas
Ya no tienen luna.
Lavandera niña
Que estás en el río
Tu ropa lavada
Ya no tiene luna.*

-¿Lo ves?... Ya se está sonriendo...

Valentina dio un grito al oír las palabras de María Preciosa. El niño se estremeció.

-No grites ansí, que orita ya duerme.

Se acercó Valentina con Tomás para ver dormir a su hijo. Se arrodilló a los pies de la doncella y quiso besárselos. Pero la voz de la Tía Gregoria la contuvo:

-¡Ya veo!...¡Ya veo!...

La anciana estaba de bruces sobre el vaso, inmóvil y reconcentrada.

-¿Qué es lo que está usted viendo, comadre?... Dígallo nomás.

-¡Es un hombre!... Veo a un hombre...

-¿Quién es?... ¿Quién puede ser el maldito?- gruñó Tomás Tlacuilo.

-Es un hombre que tiene en los brazos una manchita blanca...una manchita blanca que se mueve... Eso es...es como un corderito...

-¡Ya sé quién es!- volvió a hablar Tomás lleno de ira.

Y sin esperar a que la Tía Gregoria terminara de ver las revelaciones que le hacía el huevo del hechizo, quiso salir del jacal. Valentina lo detuvo.

-¿Onde vas?

-¡A matarlo!

-¿A quién?- preguntó confundida Valentina.

-A Pilar el pastor...¡Él es el maldito nagual que lo hechizó!

-¿Pilar es el nagual?

-¡Quién otro ha de ser! Él es el que embruja, el que roba y el que mata. Pero orita lo voy a buscar pa´ matarlo yo.

-¿Y si él no fuera el nagual, compadrito?- dijo la Tía Gregoria quebrando el tono solemne de su voz-. *¡Si nomás le levantara usted un falso!...*

-¡Onde va a ser eso un falso!

-¿Pero tiene usted pruebas contra Pilar?

-¿Qué más pruebas que él mismo? Nomás mírelo usted de frente y verá cómo baja los ojos. Y aluego déle usted la mano y ya verá cómo siente que la suya le tiembla. ¡Y eso es por eso! A más, que si Pilar fuera honrado no tendría cincuenta ovejas y treinta cabras, que es igual de probe que yo y no ha recibido herencia, que yo sepa, pa´ darse ese regalo. ¡Eso sólo se aventaja robando al prójimo y matando al caminante!

María Preciosa dejó de cantar. El corazón le saltó enloquecido y sus ojos se humedecieron de lágrimas. El súbito recuerdo de una noche de su niñez volvió a clavarsele como una espina en el pensamiento. ¡Nunca podría olvidarla! Así fuera vieja, siempre recordaría aquella noche en que un *nahual* mató a su padre con un cuchillo de monte.

-¿Y ora qué tienes tú..., por qué lloras?- le preguntó la Tía Gregoria.

María Preciosa tardó en responder. Su voz se le anudaba en la garganta y sentía que hasta el aire que respiraba la hacía enmudecer. Al fin dijo:

-¡A mi padre lo mató un nahual!... Yo lo vi, y ora se me recuerda todo con lo que acaba de decir Tomás: habíamos estado en el pueblo a vender un tercio de frijol y regresábamos a nuestra casa de "Pino Alto", en la que nomás los dos vivíamos solos porque mi mamá se había juído y nos había dejado ansí. Íbamos por el camino cogidos de la mano y porque la noche estaba muy bonita. Cuando que al pasar por el "palo guérfano", que se nos aparece el nahual con sus ojos de lumbre y que nomás me miraba y me miraba. Como me dio muncho susto, que me pongo a llorar. Pero aluego que me vio mi papá, que se agacha pa' subirme en sus brazos y que entonces el nahual se le echa encima y le clava en la espalda su cuchillo...

María Preciosa lloraba desconsolada. Sus ojos se veían enormes, torturados por el recuerdo doloroso.

-¿Ve usted lo que ha hecho, compadre Tomás?- dijo la hechicera con los dientes apretados por la ira-. No sé pa' qué tenía usted que nombrar al nahual en esta casa, onde no se mienta esa palabra desde que Juan encontró a María Preciosa en el camino y la trujo acá.

-Pos crioque en de veras hice mal- comentó contristado Tomás Tlacuilo.

-Eso que ni qué. A la lengua hay que tenerla bien metida en la boca pa' que no se salga nomás porqué sí y se vuelva víbora y lo emponzoñe todo. El hablar nomás por hablar es malo y siempre daña. ¡Por eso hechizaron al niño!

-Nos habíamos d'ír. Ya está la luna arriba- sugirió Valentina.

-Pos sí, ora que el niño está dormido.

María Preciosa devolvió a Valentina su hijo, cuidando de no despertarlo. Pero éste abrió los ojos en cuanto ya no estuvo en los brazos de la doncella.

-Se despertó otra vez.

En vano trató Valentina de que se durmiera, meciéndolo y arrullándolo con ternura:

-Duérmete mi cielo..., duérmete mi amor...

-Ni crea usted que se duerma, comadrita- dijo la Tía Gregoria -. Como está embrujado, sólo una mujer doncella puede librarlo del mal de ojo.

Y fue a la cómoda por unas yerbas que dio a Valentina.

-En cuanto que salga el sol- volvió a hablar la anciana- déle usted a beber tantita aguita de estas yerbas. Entonces sí se dormirá.

-Pero en el inter, ¿qué hacemos?

-Pos si nomás yo lo puedo dormir, yo lo dormiré- ofreció María Preciosa-. Dámelo, Valentina.

El niño volvió a los brazos que le daban el reposo y el sueño, y nuevamente, como por obra de encantamiento, como un milagro, sus ojos se cerraron.

-Había usted de dejar que esta noche María Preciosa duerma en mi casa- ¡M'hijo la necesita!

-Ande usted, comadrita- suplicó Valentina con el alma en la voz.

-Puede y que Juan no se disguste si usted le dice que el niño está embrujado y extrañaba mis brazos. Él entenderá la razón- dijo María Preciosa.

-Pos está bien. Puedes irte con ellos- consintió la hechicera.

La puerta del jacal se abrió otra vez para dejar salir a los Tlacuilo y a María Preciosa, con el niño en los brazos. En medio de las sombras de la noche inalterable, apenas iluminada por la luz de la luna en creciente, el farol que llevaba Tomás alumbraba los pasos de los caminantes y los teñía de una pobre claridad amarilla, que se iba alejando poco a poco cuesta abajo y hacia el río del agua zarca, junto con la frescura de la canción que María Preciosa repetía para dormir al niño embrujado:

*Pa' que ora te duermas
Escondí la luna.
Pa' que ora te duermas
En la noche oscura...*

CAPÍTULO XI

La vela chisporroteaba junto al vaso con agua que contenía la revelación del hechizo. Su lucecita parpadeante manchaba de sombras la cara de la Tía Gregoria, que lo miraba todavía con ojos fijos, como tratando de descubrir nuevas señales del embrujador siniestro que hizo mal de ojo al hijo de Tomás y Valentina.

“Acá se ve su cara- se decía para sí, alargando el dedo dentro del vaso y sirviéndose de él como un puntero para fijar los signos distintivos del hombre perverso. Y ésta es la manchita blanca... Y éste el cuerpo del demonio malo que clavó púas de maguey en los ojos del niño, pa´ que no pudiera cerrarlos. ¡Pero ora ya te tengo cogido y tienes que obedecerme!”

Se dirigió a la cómoda, volviendo con unos pedazos de vidrio que fue echando poco a poco en el vaso.

“¡Vidrios te arrojé en el corazón, hombre de la venganza, pa´ desbaratar tu hechizo! Que se te claven fuerte si no dejas de hacer mal aire a tus prójimos. ¡Te lo repito yo pa´ que lo sepas ora y siempre por los siglos de los siglos! Amén.”

Volvió a santiguarse y a arrojar en las brasas del anafre unos pedazos de copal. Sopló enseguida sobre la llama de la vela, apagando su luz. Ya a oscuras se dirigió a la cama.

Apenas acababa de cobijarse cuando oyó chiflar igual que un *saltapared*; tenuemente primero, casi como un soplo, y más agudo después, angustioso y penetrante de tono. Como ella sabía bien que ese silbido significaba que Juan estaba en apuros, no esperó a oírlo de nuevo. Bruscamente se levantó de la cama y cubriéndose lo mejor que pudo con su cobija abrió la puerta del jacal.

De por allá, de por el lado de las trancas, volvió a oírse chiflar al *saltapared*. La Tía Gregoria contestó el reclamo. Luego, gritó despavorida:

-¿Onde estás?...

Pero Juan no respondió. *“¿Cómo pudo atreverse la Tía Gregoria a gritar de ese modo?... ¿Y si María Preciosa se entera?”*, pensó Juan.

Mas otra vez los gritos de la hechicera rasgaron la quietud de la noche en el despeñadero:

-¿Onde estás, Juan?... Acá nomás yo estoy sola y mi alma...

Todavía tardó Juan en acercarse a la anciana. Astuto y taimado, esperó unos minutos antes de llegar sofocado, temeroso y “pajareando”, hasta ella.

-¿Está usted sola, tía?- preguntó en voz baja.

-Solita y mi alma- contestó-. María Preciosa me dijo: *“Le dirá usted a Juan que sólo en mis brazos el niño podía dormir. Él entenderá la razón.”*

-¿Cuál niño?

-El de Tomás y Valentina, que está embrujado y no puede dormir. Sólo en los brazos de María Preciosa pudo pegar los ojos. Por eso se fue a casa de Tomás.

Juan entró al jacal seguido de la Tía Gregoria y cerró la puerta con presteza. Se sentó en una silla abatido, con la cabeza baja y las manos juntas entre sus piernas.

-¿Y ora qué?... ¿Qué es lo que te pasa?- inquirió la hechicera visiblemente nerviosa.

-¡Qué me ha de pasar!... Pos nomás que volví a matar a un hombre- repuso Juan con voz apagada y sombría.

-¡Que Dios te ampare!

-Le clavé el cuchillo en el pecho..., en la mera medianía del alma. ¡Nomás mire usted mi camisa cómo la tengo manchada de sangre y cómo me dejó el pantalón!... Por eso vine: pa´ cambiarme y pa´ que quemé usted luego estos trapos y entierre el cuchillo por ahí...

Se quitó la camisa ensangrentada y la tiró junto al fogón. Luego sacó de un baúl que estaba debajo de la cama una camisa limpia y unos pantalones de dril y se los puso. El pantalón manchado lo rasgó con el cuchillo y lo arrojó sobre la camisa.

-¿Por qué lo mataste, Juan?- dijo la Tía Gregoria atizando la leña del fogón para quemar la ropa de Juan.

-Porque él tuvo la culpa.

Y el manchón del recuerdo cubrió otra vez la mente del *nahual*, atormentándolo con las escenas de su violencia.

Nuevamente volvió a ver ante sus ojos, al relatar a la anciana los hechos, el llano grande y el atajo angosto y peligroso que terminaba en la cueva, cubierta por la maleza, y en donde él guardara sus arreos de espanto para los caminantes.

Más de una vez había salido de ella cubierto con una piel de caballo, piafando diabólicamente sobre la tierra para llenarse de polvo y hacer más misteriosa su aparición, sin que se hubiera imaginado que alguien pudiera conocer su escondrijo, ni menos que se atreviera a llegar hasta él, porque su acceso era fácil sólo para aquel que supiera dónde se apoyaba un pie, en tanto el otro se levantaba para apoyarlo después convenientemente.

Un precipicio cortado a tajo se abría para el incauto que osara trasponer el desfiladero y el atajo para la cueva encrespada.

Y he aquí que de pronto, cuando él está en ella metiéndose la piel de caballo para volverse *nahual*, oye unos pasos que se acercan. No sale a ver quién pueda ser el que a tanto se atreve, porque descubriría su presencia. Mejor es esperar a que el intruso pase de largo o se despeñe.

Mas los pasos han roto la traba de las jarillas y de las yerbas montañosas, y ya se perciben a la entrada del escondrijo. Ahora él tiene que obrar con rapidez. Sin moverse, sin respirar siquiera, se esconde en el fondo de la

cueva. Pero el andar ha entrado a fin y ya lo siente junto a su cuerpo. Su respiración le llega jadeante, su aliento lo recibe en su cara. De pronto una llama viva lo alumbró y oye un grito que todavía le zumba en los oídos:

-Ora sí ya lo sé, Juan Tlapale... ¡Tú eres el nahuatl!

Pero esto no lo dirá a nadie. ¡A nadie! Y rápidamente, casi tan veloz como el pensamiento, Juan le clava su cuchillo en el pecho. Tres veces se lo clava, despiadado.

Luego siente el caer de su cuerpo sobre el limo del escondrijo oscuro. Oye sus estertores de agonía y más tarde tan sólo su propia respiración. El silencio llena de nuevo el ámbito de la cueva y cubre el crimen del *nahuatl* con un velo espeso de quietud.

Ahora tendrá que dejar pasar el tiempo para salir. No sea que alguien más esté en acecho.

Cuando al fin decide asomarse por entre los varejones de las jarillas, se encuentra nada más con la noche y con el muerto allá dentro.

Lo coge de las manos yertas y lo arrastra hasta más acá del desfiladero, por el recodo que forma la cañada, en donde el camino ya no existe para los ojos de los más. Allí lo despeña, patas arriba, para que al estrellarse contra las faldas rocosas de la montaña, su crimen aparezca como un accidente sin complicaciones.

-Allí se quedó, con la noche maldita...- terminó Juan de contar lo sucedido a la Tía Gregoria, llevándose las manos a las sienes, desesperado, y como si quisiera exprimir en su cerebro fatigado, hasta hacerlas pedazos, las escenas de horror.

-¡Él ya no hablará nunca!- exclamó la hechicera.

-Pero yo oigo que me grita todavía: "¡Ora sí ya lo sé, Juan Tlapale!... ¡Tú eres el nahuatl!"...

-¿Y quién era él, Juan?... ¿Quién era?

-¡Pilar el pastor!

-¡Que Dios te ampare! ¡Qué has hecho, Juan, qué has hecho!- casi gritó la Tía Gregoria. *¡Ora el niño se quedará embrujado!*

Y tomando el vaso del hechizo, lo arrojó con furia por la ventanita del jacal hacia el despeñadero.

-No tengas miedo, Juan. ¡Él no hablará jamás!

*

En la casa de Tomás Tlacuilo se oyó aullar al coyote y luego un ruido extraño, como si se quebraran muchos vidrios.

El niño embrujado ya no tenía los ojos abiertos. La muerte se los había cerrado al fin.

CAPÍTULO XII

Dos monteros de "Pino Alto" encontraron el cadáver de Pilar el pastor, hecho pedazos y comido por los zopilotes, en la barranca que llamaban "Del Gato".

Al principio no lo reconocieron, porque tenía destrozada la cara, desgarrada en partes y en otras mostrando los maxilares.

Pero después, ya buscando parecidos y señas particulares, dijo uno:

-Crioque es Pilar, el de La Candelaria.

-Pos crioque sí es. Seguro que se desbarrancó- dijo el otro. *- ¿Y ora qué? ¿Lo enterramos o nomás lo dejamos ahí?*

-Mejor lo dejamos ahí y en cuanto y lleguemos a la hacienda damos parte.

-Nomás aguárdame pa' ver qué me jallo.

Le quitaron el ceñidor y unos centavos que tenía amarrados en un "paliacate".

-Esto pa' ti- volvió a hablar uno de los monteros, entregando al otro el dinero de Pilar *- y el ceñidor pa' mí.*

-Quítale los guaraches, que en todavía están buenos.

-¿Y eso pa' qué? ¿No ves que es de mal agujero?

Se miraron con satisfacción, contentos y comprensivos.

-La mera verdad que más vale hacer un hoyo pa' enterrarlo. Di aquí a que venga la justicia, ya se lo acabaron los animales.

-Más que sea, pero ansí no te incriminan despuesito. Mejor nos vamos yendo...

Camaron por los peñascos plumizos, subiendo aquí, bajando allá, y con el sol que ardía a sus plantas. Cuando entraron a los alfalfares, sombreados de trecho en trecho por capulines y tejocotes, se olvidaron por completo de Pilar y empezaron a cantar:

*Mira cómo brinca
Mira cómo salta
Ese pajarito...
Que me mira y canta...*

A los señores de la Justicia les refirieron los monteros lo del hallazgo del cadáver de Pilar, y los señores de la Justicia se trasladaron al lugar que les indicaron para hacer las averiguaciones.

Cuando llegaron a "La Barranca del Gato", una mancha negra les señaló el sitio en donde yacía Pilar el pastor. Una lluvia de piedras hendió los aires y la mancha negra se desbarató al volar los zopilotes que la formaban, dejando al descubierto el cadáver, ahora más destrozado e irreconocible por el acoso hambriento de esos avechuchos.

Los señores de la Justicia hicieron conjeturas y "ataron cabitos", y concluyeron por afirmar que Pilar el pastor se había desbarrancado.

Y como ya no podía ser conducido al pueblo para ser enterrado en el cementerio, porque su cuerpo hedía y era una masa informe, allí mismo, junto a un huizache, hicieron un hoyo y lo echaron en él. Sobre la tierra que lo cubrió se conformaron con clavar una cruz formada con jarillas entrelazadas, y eso para que la viuda pudiera saber el sitio donde había quedado su marido, y regresaron a La Candelaria los señores de la Justicia.

Después no se volvió a hablar más del asunto. Pero un día la viuda oyó en el mercado decir a Tomás Tlacuilo: "*Alguno se me adelantó con Pilar...yo lo debí haber matado*", y lo denunció como asesino del pastor.

Los señores de la Justicia detuvieron a Tomás Tlacuilo y lo interrogaron uno y otro día sin resultado alguno.

La Tía Gregoria bajó del Texcaltipac y declaró:

-La noche en que Pilar faltó a su casa, Tomás Tlacuilo me llevó a su hijo, que estaba embrujado, pa' que yo lo curara, y aluego se vino p' acá con Valentina y María Preciosa.

-¿Eso es cierto?- preguntaron los señores de la Justicia a María Preciosa.

-En de veras fue así- contestó ella-. *A más de que esa misma noche su hijo murió y el mayordomo del pueblo llevó agua bendita pa' rociar la casa y que así se fueran las ánimas malas. Y allá habló con Tomás...*

Los señores de la Justicia llamaron a declarar al mayordomo del pueblo, y el mayordomo del pueblo, que era a la vez el sacristán de la parroquia, confirmó lo dicho por María Preciosa.

Desde ese momento ya no había razón para que Tomás estuviera preso. Como aparecía inocente, una mañana recobró su libertad.

"A la lengua hay que tenerla bien metida en la boca pa' que no se salga nomás porque sí", recordó Tomás que la Tía Gregoria le había dicho aquella noche de su infortunio. Entonces no comprendió el alcance y el hondo sentido que encerraban esas palabras; pero ahora, al recibir en plena cara el aire mañanero y saber que otra vez podía caminar de aquí para allá, y volver con sus ovejas, o estar al lado de Valentina, se daba cuenta exacta de la razón de la sentencia y no incidiría en olvidarla. Así es que puso un cerrojo a sus labios y tranquilamente se dirigió a su casa.

Mas a la mitad del camino se topó con la viuda de Pilar el pastor, ya enloquecida de soledad y desesperación, y pensó por un momento en esquivar la provocación o el coraje de ella. Sin embargo, un sobrehumano esfuerzo lo mantuvo inmóvil a su paso torpe y ante su mirada vaga, y no pudo reprimir su compasión al oír que la viuda le preguntaba sin reconocerlo:

-¿No has visto a Pilar el pastor? Se me ha juído de mi lado y ora lo ando buscando...

Porque sintió que su corazón se le llenaba de pena y le dolía muy hondo, tan hondo como el vacío que Pilar el pastor había dejado para siempre en el alma adormilada de esa mujer, atormentada por los puñales de la angustia y atenazada por los pájaros siniestros de la locura que anidaban en su mente.

*

En el olvido y en la indiferencia quedó el sepulcro de Pilar, junto al huizache de "La Barranca del Gato". La cruz de jarillas se fue secando con los días, y una tarde el viento furioso la deshizo y se la llevó en sus remolinos.

El tiempo se encargó después de borrar toda señal de la tumba en que el pastor se confundía con la tierra de la que provino.

Sólo Juan conocía el sitio exacto en que el milagro se operaba. Pero el día menos pensado lo olvidaría también.

CAPÍTULO XIII

Cuando pasaron las lluvias, Juan decidió casarse. Para entonces ya había terminado de levantar un jacal para María Preciosa y para él, enfrente del de la Tía Gregoria, y había adquirido veinticinco cabras y una docena de gallinas para la dote de la que iba a ser su mujer.

Como no tenía parientes cercanos a quienes comprometer para la boda, invitó de padrinos a Tomás y Valentina.

Muy de mañana bajó a La Candelaria llevando en una charola un guajolote muerto y desplumado, adornado con flores y con fruta, y se dirigió a la casa de los que había elegido por padrinos.

Cuando los del pueblo lo descubrieron, se dijeron unos a otros:

-Es el sobrino de la bruja Tlapale que anda buscando padrino pa' casarse.

Y se congregaron enseguida afuera de la casa de los Tlacuilo. Tenían que presenciar el acto de la entrega ceremoniosa del guajolote enflorado, para saber si el elegido por padrino tenía o no voluntad de emparentar con el que le llevaba el presente.

Si Tomás aceptaba la charola y franqueaba el paso a su visitante, tal hecho significaría su consentimiento para entrar a formar parte de la familia. Si solamente tomaba las flores y las tiraba en el umbral de la puerta para que su olor no dejara pasar los malos aires, era que rehusaba esa pretensión.

Juan llamó con timidez a la puerta de los Tlacuilo.

Pasado un momento, Tomás salió a abrir.

-Mi voluntad me trae acá- empezó a decir Juan- *pa' pedir a usted que sea mi padrino, ora que quiero enajenarme con María Preciosa.*

Tomás Tlacuilo no titubeó en contestar:

-¡Que sea así, tal y como tú lo dispones, que ningún pero le pongo a tu elección!

Y recibió la charola con el regalo tradicional.

-El pueblo que acá está presente es testigo de lo que usted ha dicho- continuó Juan, volviéndose hacia las gentes que estaban detrás de él-, *y ya sabe ora que ahoy en delante semos parientes.*

Los dos hombres entraron a la casa y los del pueblo se dispersaron.

Por el hecho de haber asistido a la petición de padrinzago, quedaban convidados para las ceremonias nupciales y para beber el agua de la boda al día siguiente de celebrada. Hasta entonces volverían a reunirse y todos juntos subirían al Texcaltipac, con la cruz enflorada y con la música para el baile.

Por hoy, su presencia era innecesaria.

*

Al día siguiente, Tomás Tlacuilo se presentó en el jacal de la Tía Gregoria.

-¡Ave María Purísima!-dijo al entrar.

-Sin pecado concebida, amén- contestaron las voces unidas de la anciana y de María Preciosa.

-Pos nomás vine a palabrar con usted lo del casamiento. Juan quiere casarse con María Preciosa y yo vengo en nombre d'él a pedir que usted diga si sí o si no.

María Preciosa bajó los ojos, ruborosa, y se puso a enrollar nerviosamente el delantal que traía sujeto a la cintura.

-Por mí puede hacerlo, si es su voluntad. Como los dos ya están macizos, es hora de que se acoyunden. Eso es lo que yo digo. Ora que ella conteste.

La muchacha se acercó a Tomás y por toda respuesta, como era costumbre cuando se aceptaba darse por esposa a aquel por quien el padrino abogaba, le besó las dos manos en señal de asentimiento.

Tomás le echó la bendición y poniéndole sus manos recién besadas sobre los hombros, le dijo:

-De ahoy pa' delante, semos parientes.

CAPÍTULO XIV

Al amanecer fueron llegando los convidados para la boda. En la mitad del patio ya estaba tendida la estera de tule y colocados los sahumeros para el copal, y ya se disponía la larga mesa para el almuerzo.

A la puerta del jacal de la Tía Gregoria, todavía cerrada, se agrupaban las mujeres que esperaban a la que iba a desposarse, en tanto los hombres aguardaban frente al jacal nuevo.

Antes de bajar a La Candelaria para celebrar en la parroquia fría y desmantelada del pueblo el casamiento religioso, había que cumplir en el Texcaltipac con la tradición y practicar la ceremonia pagana que formalizaba el acto del matrimonio perpetuo.

Cuando la puerta del jacal de la Tía Gregoria se abrió y apareció la anciana llevando en las manos una jícara con trozos de copal, las mujeres le formaron cortejo en procesión y la siguieron hasta donde estaban los sahumeros, en los que vació el copal de la jícara.

El humo y el olor de la resina se elevaron en una densa voluta e impregnaron el patio de un aroma penetrante.

Una por una las mujeres fueron encendiendo en la lumbre de los sahumeros las teas de ocote que previamente les habían entregado, y otra vez, acompañando a la Tía Gregoria, volvieron a la puerta del jacal, a esperar que saliera María Preciosa.

Cuando la novia apareció, vestida con un traje de percal color de rosa, calzada con botas negras y adornada su cabeza con una corona de maravillas, las mujeres se formaron en dos filas y María Preciosa se colocó en medio de ellas. Así atravesaron el patio hasta llegar a la morada de Juan, que de inmediato salió a su encuentro y la tomó de la mano.

Camaron sonrientes y felices por el patio y fueron a sentarse sobre la estera de tule: María Preciosa a la izquierda de Juan.

La Tía Gregoria puso a la muchacha, encima de la blusa color de rosa, un huipil blanco y extendió sobre sus rodillas unas enaguas.

Tomás colocó a Juan una manta blanca, la anudó sobre su hombro y la ató enseguida con el huipil de la novia, diciendo:

*-Nosotros que somos sus parientes y padrinos y que acá estamos, queremos consolarlos: la carga del matrimonio que uno y otro ahoy se echan a cuestras no es pesada de cargar, si uno y otro se respetan, se emprestan ayuda y se quieren. Ansí que Dios los bendiga pa' que puedan subir la cuesta arriba de los trabajos sin ninguna fatiga.*⁹

Luego, dirigiéndose a María Preciosa, volvió a hablar:

-Cuida de portare bien con tu marido, pa' que no nos des vergüenza.

Y volviéndose a Juan, le recomendó:

*-Si jallas a tu mujer en falta, déjala, y sin que le hagas nada, nomás mándala pa' su casa, pa' que llore su pecado.*¹⁰

Juan y María Preciosa dijeron a la vez:

-Ansí se hará.

Desanudó Tomás las ropas de los desposados y las mujeres dieron siete vueltas a su alrededor, echando trocitos de copal en las sahumeros cada vez que pasaban junto a ellos.

La Tía Gregoria se acercó enseguida a la estera y puso frente a los recién casados un plato con tamales y otro con mole.

Juan llevó a la boca de María Preciosa los cuatro primeros bocados de la comida, y María Preciosa le correspondió con los cuatro segundos bocados.

El acto solemne, el símbolo de que quedaban unidos por siempre, así había terminado.

Entre tanto, los convidados a la boda comían y bailaban lejos de los nuevos esposos. Su alegría era fresca y sencilla y se desbordaba juguetona en esa limpia mañana de las bodas.

*

Adelante iban Juan y María Preciosa, enseguida la Tía Gregoria, Tomás y Valentina, y atrás los convidados y el encargado de prender los cohetes, que atronaban con frecuencia el aire y hacían volar, cielo arriba, vertiginosas parvadas de tordos.

Bajaban lentamente la cuesta, cuidando las mujeres de no rasgarse con los breñales y las zarzas las enaguas nuevas que habían estrenado, y tratando los hombres de no adelantarse demasiado a sus parejas, como era costumbre que lo hicieran en días que no eran de fiesta como éste. Entonces nada les importaba que las mujeres fueran a su zaga y separadas de ellos por varios metros de distancia. Trotando se comían los caminos, y no se creían con obligación de esperarlas porque no pudieran emparejarse a su paso, o simplemente porque les fuera imposible lograrlo, por ir demasiado cargadas de bultos o de almudes de maíz y de frijol. Pero hoy se trataba de una fiesta y había que llegar al pueblo como era menester: formando parejas y en seguimiento de los novios.

María Preciosa dejaba que el viento mañanero se adueñara de su rostro, radiante de felicidad, y lo tiñera con los tintes frescos de los girasoles, y aun cuando sufría la tortura de las botas que calzaba y no sentía seguridad al dar los pasos, no se cambiaba por la más dichosa de las mujeres.

El río de aguas zarcas lo cruzaron pasando en fila por unas vigas que habían arreglado el día anterior en forma de puente, y sin mirar al agua corrediza para no marearse y caer dentro de ella.

A la entrada de La Candelaria se unieron a la comitiva todos los chiquillos del pueblo, alguno que otro curioso y Gabriel *El Loco*, que la siguió al último, solitario y vencido.

Ya en la parroquia, el matrimonio religioso fue simple y austero: el cura regordete leyó sus latines, el novio entregó las arras a la novia, y el agua bendita roció las manos unidas de los esposos.

Después de celebrada la misa, salieron los novios seguidos otra vez por la procesión de los convidados. Solemnes y silenciosos atravesaron el atrio, y ya en la puerta de fierro de la iglesia, todos se detuvieron. Frente a ella estaba enjaezado un caballo para los recién casados.

Juan se montó primero y dio su mano a María Preciosa para que se apoyara al subir. Sobre los lomos del aceitero iba ella y él en las grupas.

Espoleó al animal y tomó el camino del Texcaltipac, a galope abierto.

Los dos iban solos, dueños de sí mismos, enardecidos y anhelantes, a consumir el matrimonio en el jacal nuevo del despeñadero.

Los convidados llegaría después, cuando el sol estuviera a medio cielo.

Para no verlos partir, Gabriel *El Loco* se quedó dentro de la iglesia inevitablemente solo, aturdido por su abandono y sobrecogido por un silencio sin fin y despiadado que provenía de ella, y que esta vez ya no acabaría nunca.

⁹ Fray Bernardino de Sahagún: *Cosas de Nueva España*.

¹⁰ Francisco Cervantes de Salazar: *Crónica de la Nueva España*. Madrid, 1914.

CAPÍTULO XV

Al otro día, Gabriel *El Loco* decidió estar presente en “la ceremonia del agua de la boda”. Antes que llegaran los danzantes a la cima del Texcaltipac con la cruz enflorada, él ya había traspuesto las trancas y rondaba por allí.

Para *Piscuintillo* la presencia de Gabriel era un festejo: jugueteaba a sus pies, saltaba a su alrededor, iba y venía corriendo y ladrando de gusto.

María Preciosa se asomó a la puerta de su jacal para saber la causa del alboroto de *Piscuintillo*, y con lo primero que se topó fue con Gabriel, que la miraba con ojos entristecidos. Su figura decaecida, suelta de brazos e insignificante, contrastaba con el corte varonil de su cara, dueña de unos ojos pardos, de un bigote negro y sedoso que ensombrecía al labio delgado, y de un mechón de cabellos lacios que caía sobre la frente y se quebraba a las sienes, tocadas apenas por el sombrero de palma echado hacia atrás con cierta insolencia y malicia.

-*¿Hasta ora vienes a desearme la buena suerte?*- dijo María Preciosa desde la puerta-. *Yo creiba que vendrías ayer.*

-*Ayer estuve en la iglesia*- contestó él.

-*Pos yo no te vi, y onque no lo creas, te estuve buscando.*

-*¿Para burlarte de mí?*

-*¿Onde cres!... Nomás pa´ que me vieras contenta. Si me quieres como dices, te debe dar gusto saber que soy ora muy dichosa.*

Gabriel se acercó a ella caminando lentamente. En su cara se adivinaba cierta inquietud y tristeza y una extraña severidad inusitada. Levantó las cejas, abrió sus ojos que sufrían y miró buscando los de María Preciosa.

-*Tú eres en mi vida como un pájaro de alas anchas que me daban sombra, y yo era la tierra buena para ti. ¡Pero por mal has preferido a otro!...*

-*En jamás te dije: algún día seré tuya.*

-*Nunca me lo dijiste, es cierto. Pero yo tenía esperanzas.*

-*Pos ora sí ya ni modo*- trató María Preciosa de justificarse.

-*Eso es, ¿crees que no lo comprendo? A ti siempre te sedujo el cielo, al igual que el perro que anda con la cola para arriba buscando en lo alto la verdad y se topa con lo infinito.*

-*¿Así me cres?*

-*Pero algún día vendrás a mí*- continuó Gabriel-, *algún día caerás en mis brazos, cuando ya seas como el borrego que siempre está con la cola para abajo, tal y como si buscara en la tierra su inevitable fin. Así ya no te importará ser de Gabriel El Loco. Después de que los duraznos florecen, y eso lo sabes bien, siempre se llenan de frutos jugosos que se caen al primer soplo del viento fuerte. ¡Para cuando tú te caigas del árbol, yo te esperaré!*

-*Si nomás subiste a decirme esas cosas que sólo tú entiendes*- dijo angustiada María Preciosa-, *mejor vete, que no dilata Juan en llegar acá con la cruz de flores.*

-*Antes tengo que beber el agua de la boda.*

-*No, Gabriel, mejor es que te vayas*- suplicó.

La Tía Gregoria salió al patio con rumbo al tecorral donde cacareaban las gallinas y no pudo disimular una mueca de contrariedad al ver a Gabriel hablando con María Preciosa. Con los ojos empequeñecidos por el coraje miró a uno y otra y dio unos pasos en dirección a ellos.

-*¿Y ora qué anda usted haciendo por acá?*- preguntó fríamente la anciana a Gabriel.

-*Vine a beber el agua de la boda*- respondió él-. *¡Es lo justo!*

-*Eso es verdá: es lo justo*- ratificó la hechicera.

Y luego, como para cortar en definitiva cualquier esperanza que *El Loco* abrigara todavía, explicó sentenciosa:

-*María fue para Juan porque ella así lo quiso. A usted en cambio le tocó la de perder. ¡Eso ya no tiene remedio! Ansí que más vale que los deje sosegados.*

Después aconsejó a la muchacha:

-*Debías d’írte a mudar de ropa, que Juan ya debe de estar por llegar. En el inter, yo me estaré acá con Gabriel.*

María Preciosa entró al jacal, como quería la Tía Gregoria, a ponerse su vestido verde y sus collares, para cuando llegaran los danzantes con la cruz enflorada.

El patio, sin ella, le pareció a Gabriel que se quedaba vacío.

CAPÍTULO XVI

Empezaron a oírse las voces de los danzantes:

*¿Adónde iremos?
¿Adónde vamos?
¿Adónde vamos?
¿Adónde iremos?*

Al principio se oían las voces apagadas, casi como un murmullo, apenas resonantes y opacas. Más que un clamor de júbilo, parecía un canto quejumbroso, un simple lamento en sordina. Pero poco a poco fue subiendo su tono melancólico, y se antojaba pensar que eran las voces las que trepaban por la cuesta y no los portadores de la cruz, porque éstos aun no se distinguían desde lo alto del despeñadero, y sí en cambio sus cantos se apreciaban en aumento, más y más cercanos, ascendentes y límpidos.

Se les oía cantar con voces roncas:

*¿Adónde iremos?
¿Adónde vamos?
¿Adónde vamos?
¿Adónde iremos?*

Para luego escucharse la respuesta, atiplada y en falsete:

*A buscar a la novia
¡Ay! a buscarla
pa´ que baile con ella,
baila que baila.*

Juan apareció de pronto llevando en las manos una cruz: alta, de madera tosca y toda enflorada. Del centro del extremo superior del pie se desprendían largos listones de colores verde, amarillo, rojo y azul, que correspondían a cada uno de los danzantes, y los que los sujetaban con los dedos de la mano derecha. Los hombres vestían calzón blanco y camisa del mismo color del listón que les tocaba llevar. Las mujeres se cubrían con falda negra y blusa del color correspondiente a su listón. Detrás de los danzantes venían los cantadores y los músicos: dos violines y un tamboril.

Al llegar a las trancas, una voz potente lanzó un alarido de gozo y enseguida cantó:

*Si a la novia encontramos,
¿qué le daremos?*

Y las demás voces corearon:

*Esta cruz enflorada
le entregaremos.*

Volvió a escucharse la misma voz del principio, que cantaba en falsete:

*Por buscarla y buscarla
la encontraremos.*

Y al momento, como una réplica, el coro que terminaba la relación:

*Y el agua de la boda
le pediremos.*

Llegaron a la mitad del patio. Juan entregó la cruz a un anciano de barba blanca y cejas espesas caídas sobre los ojos. Los danzantes se colocaron a su alrededor, alternando los colores de los listones, y los músicos volvieron a atacar la melodía originaria.

Las mujeres iniciaron la danza, en tanto los hombres permanecieron firmes en sus sitios para poder lograr que los listones colgantes se fueran trenzando en lo alto del madero de la cruz.

*A la esposa buscamos,
¡ay! a la novia,
pa´ que baile con ella,
baila que baila.*

Al terminar el primer tema musical, las mujeres se quedaron quietas, y los hombres pespuntearon los segundos pasos del baile.

*Que la novia salga,
que la esposa venga
a darnos el agua
que del pozo salga,
que del cielo venga.
¡La esposa y el agua,
el agua y la novia
que salga y que venga!*

Cantaban jubilosos los cantadores de voces desafinadas y caras de alegría, que seguían con los ojos, y a veces también con el cuerpo, balanceándolo y achicándolo, según los incidentes del baile, a los danzantes fríos e imperturbables.

Juan se acercó a la Tía Gregoria y le preguntó:

-¿Onde está María?

-Se fue nomás a mudar y a traer el sahumero- repuso la anciana.

Caminó entonces Juan hacia el jacal nuevo y gritó:

-¡María!...¡María Preciosa!...Date prisa que acá te estamos aguardando.

-Ahí voy ahorita- contestó ella desde adentro.

Al ver a Gabriel, recargado en un horcón del jacal de la Tía Gregoria, oyendo los cantos y el “guarachear” de los danzantes sobre la tierra, Juan fue a él y le dijo:

-¿Tú también venistes a beber l'agua?

-Yo también- contestó *El Loco* con sequedad.

-Me cuadra que así lo hayas hecho. Pue' que ora ya dejen de hablar por ahí.

Y luego, para comprometerlo definitivamente ante todos los que estaban presentes, le propuso:

-¿Quieres bailar el chochocol?

-Si tú quieres, yo también quiero- dijo él.

-Tú lo bailarás entonces...

Salió María Preciosa del jacal vestida de verde, cubierta la cabeza con un pañuelo azul y cayéndole sobre el pecho varios collares de colorines. En las manos traía un sahumero en el que ya se quemaba el copal.

Al verla, los visitantes cantaron con más viveza en su obsequio e hicieron la danza más ligera.

*A la esposa encontramos,
¡ay! a la novia,
y todos le pedimos
el baile y l'agua.*

-¡Queremos el agua de la boda!- dijeron los danzantes dejando de bailar.

-Así es la costumbre.

-¡El agua, el agua!...- gritaban todos acercándose a los esposos y casi metiéndoles los gritos en los oídos.

-¡Queremos el agua y el baile!... ¡A bailar..., a bailar!...

-Así ha sido y así debe ser- afirmó Juan con voz fuerte y engolada.

Y adelantando hasta Gabriel, le puso una mano sobre el hombro y volvió a hablar:

-Acá Gabriel va a bailar el chochocol.

Los visitantes consintieron gozosos, demostrando su entusiasmo con gritos y alaridos.

-¡Que lo baile, que lo baile El Loco!

Gabriel se acercó a Juan y le dijo fríamente:

-¡Tú mandas aquí! Dame el chochocol y yo lo bailaré.

-¡Que lo baile, que lo baile!...- volvieron a corear los danzantes-. *¡Queremos el agua y el baile!*

Pero el anciano de la barba blanca y de las cejas espesas, que sostenía con sus manos huesosas y apergaminadas la cruz llena de flores y entrelazada de listones, paró en seco la alegría desbordante y bulliciosa.

-Antes del baile- dijo con voz solemne y segura- *es la ceremonia. ¡El que prencipia mal, mal acaba! Así lo dicen y así lo digo: primeramente es la ceremonia y aluego el baile.*

-Esto es lo primero- confirmó la Tía Gregoria con voz cortante y definitiva-. *Aluego vendrá el baile.*

Y dirigiéndose a Juan y a María Preciosa, les indicó:

-Pónganse ahí a los lados de la cruz.

Los recién casados obedecieron el mandato de la hechicera y se colocaron a los lados del pie derecho, que detuvieron con las manos juntas.

Enseguida, el anciano empezó a hablar:

-Miren, hijos, la cruz que tenemos presente. En un prencipio eran dos trozos de madera, pero una vez hechos cruz, ya no son dos trozos de madera, sino un solo cuerpo... del mismo modo, ustedes en un prencipio eran dos personas distintas, pero ahoy, por el estado del matrimonio, ya no son dos personas distintas, sino un solo cuerpo.

Esta cruz, que es igual al estado matrimonial, debe ser llevada por ustedes con mansedumbre y paciencia, y así como ella no puede separarse nomás porque sí, así ustedes tampoco podrán hacerlo ni ora ni nunca, a menos que uno de los dos se muera¹¹. ¿Lo entendieron?...

-Lo entendí yo- repuso Juan-, y por mi esposa contesto: estamos conformes.

El anciano se volvió a los testigos de la ceremonia y les dijo:

-Ustedes lo han oído: ¡están conformes!

-Todos lo oímos- afirmaron ellos.

El anciano tomó el sahumero donde se quemaba el copal y dio tres vueltas alrededor de la cruz. Después lo pasó de arriba para abajo por los cuerpos de los recién casados y, finalmente, lo colocó al pie de la cruz, que volvió a sostener, erguido y solemne.

Los danzantes empezaron otra vez a gritar, palmoteando:

-¡Ora a bailar!... ¡Queremos el agua y el baile!

-¡El agua, el agua!...

-Orita mismo voy por el chochocol- indicó Juan.

Él y la Tía Gregoria entraron en el jacal viejo y a poco salieron con el *chochocol* y con las jícaras para beber el agua, y que repartieron a los presentes.

Juan fue hasta donde estaba Gabriel esperándolo y le dijo entregándole el botijo lleno de agua:

-Acá lo tienes... ¡báilalo!

Gabriel se metió por la cabeza, para apoyarla en el hombro izquierdo, la correa que sujetaba al *chochocol*. Tomó el botijo con ambas manos y lo recargó en el lado derecho de su cintura. Luego exclamó con voz firme:

-¡Pongan atención los caballeros, que empiezo a bailar el chochocol!

Y principió lenta, monótonamente los pasos iniciales del baile. Flexionando una pierna primero, de arriba para adentro, y la otra después en idéntica forma, fue pasando, al compás de una música lánguida y elemental, por enfrente de cada uno de los circunstantes y vaciando en las jícaras que tenían en el hueco de las manos el agua de la boda que contenía el *chochocol*. El *chochocol* se llenaba de agua y de pétalos de flores al caer la tarde del día de la boda, y se dejaba a la puerta del jacal nupcial para que el aire de felicidad habido en el día se reconcentrara en el agua y las flores durante el reposo de la noche y se repartiera después a todo aquel que lo demandara. De esta manera, al compartir con el pueblo la felicidad ganada en el día de la boda y que se prolongaba dentro de la choza durante la noche, no se caía en infortunio ni se padecían sinsabores en la vida conyugal.

Al mismo tiempo que Gabriel seguía ejecutando las vueltas del baile y girando rítmicamente sobre las puntas de los pies al vaciar el agua del botijo, los danzantes de la cruz enflorada cantaban:

*Báilalo, compadre,
báilalo muy bien,
que si tú lo bailas
yo bailo también.
Da la media vuelta,
da la vuelta ya,
que si tú te cansas,
otro seguirá.*

Cuando Gabriel vació el *chochocol* y acabó el baile, los presentes se llevaron las jícaras a los labios y se bebieron el agua de la boda, diciendo:

-¡Salud y salud!...

Juan contestó enseguida:

-¡Salud y salud! Por mí y por María Preciosa, que es mi esposa.

Sólo Gabriel no bebió el agua enflorada.

¹¹ Oración conservada por tradición oral en el pueblo de La Candelaria, Tepectipac.

CAPÍTULO XVII

Por la tarde, el Texcaltipac estaba muy animado. Después de la comida, los músicos tocaron sus violines continuamente, y el tamboril repercutió sin cesar. Pero ya nadie bailaba para entonces, como había sucedido unas horas antes, porque a nadie le importaba la música. Todos estaban ocupados en hablar, en reír, en fanfarronear.

Las jícaras que habían servido para beber el agua de la boda, ahora se llenaban de pulque que se bebía a medias y a medias se tiraba, sacudiendo la jícara sobre la tierra.

Había grupos de hombres y de mujeres por todas partes: junto al *cuexcomate*, frente al tecorrall, a los lados de los jacales. Muchos de los hombres se hallaban tendidos, durmiendo su ebriedad. Otros jaloneaban a sus mujeres tratando de llevárselas para el pueblo, o terqueaban con ellas sobre hechos y cosas insignificantes.

En los grupos se hablaba de todo: del jilotear de las milpas que venía muy parejo y bien dado; de los bueyes flacos que vendía Pitacio y por los que pedía un ojo de la cara; de los buenos que son los "chiqueadores" de limón para las jaquecas y hasta del aguacero torrencial que cayó cierta tarde y que hizo crecer el río, arrastrando en su corriente animales y troncos de árboles y llevándose el puente de cerca de San Hipólito. Pero todo revuelto y disperso, todo dicho entrecortadamente y con repeticiones necias.

-No me lo á de usted crer, pero así fue. Yo que me agarro del pretal y el guey que se da el sacón y me tumba por los cuernos. ¡Epa, compadre! Si hasta se me enchinan los pelos de que mi acuerdo.

-Pos sí que estuvo feo.

-Más que feo, compadre. Afigúrese nomás mis aprietos cuando me agarré del pretal y que el guey se da el sacón y me tumba por los cuernos.

-Rialmente estuvo feo.

-Más me dilato en contárselo que en lo que eso pasó. Que me dice don Lencho: ¿a qué no le montas? Y yo que le digo: ¡a que sí! Y vóyelas: yo que me agarro del pretal y el guey que se da el sacón y que me tumba por los cuernos.

En otro grupo se hablaba de lo mal que andan las cosas en el mercado:

-¿A cómo el almú de frijol?, me dijo el marchante. A cuarenta le dije yo.

-¿A cuarenta lo das?- preguntó uno de los del grupo.

-¡A cuarenta!- respondió el que estaba hablando.

-Dialtiro está caro. A treinta y dos lo vendí en San Pablo.

-Pos yo lo vendí a cuarenta...Pero ora verás: entonces que me vuelve a decir: "Déme dos almudes". Y que le mido dos almudes y se los echo en una canasta. "Déme otros dos almudes, pero bien medidos", me dijo de nueva cuenta. Y que le echo los otros dos almudes en la canasta. Ansí me estuvo tantiendo durante un rato. Crioque ya le había metido diez almudes, cuando que me fijo que yo ya nomás tenía tantito, apenas para ajustar otros cuatro almudes. "Déme otros dos", me pidió el marchante. Ya no, le dije yo. "Pero sí ahí tiene y le sobra", me replicó. Pos sí, pero si se lo vendo a usted todo, aluego ¿qué vendo?, le dije yo. Y esto era mucho antes del mediodía. Apenas había llegado y ya querían hacerme levantar el puesto. ¡Onde se había visto esto! De qui'andan mal las cosas, hasta quieren dejarlo a uno sin nada que vender.

-¿Pero en de veras se lo vendiste a cuarenta?- insistió uno en preguntar.

-¡Todito lo vendí a cuarenta!

En el grupo donde estaban los recién casados, un danzante se expresaba con vehemencia:

-Pero eso sí, como hay Dios que si vuelvo a jallarlo meniándome l'agua a Engracia, me lo doblo de un jondazo.

-Pa' mí que haría usted mal. Si los dos se quieren, ni modo de meterse.

-Pos se quedarán mucho y todo, pero a mí no me cuadra ni tantito.

-Pero ¿por qué?

-Pos porque no.

-Ésa no es razón.

-Pos no lo será, pero no.

Sólo el anciano que sostenía la cruz enflorada, que se había pasado la tarde platicando con Gabriel, y la Tía Gregoria, que cuidaba de que el copal ardiera en el sahumero, se hallaban en pleno uso de sus sentidos, pues se habían abstenido de beber y de hacer corro con los demás. En cambio, a Juan ya se le notaba la voz entorpecida por la embriaguez, y a María Preciosa, que había bebido por no desairar a las visitas, se le veían las mejillas chapeteadas y los ojos irritados.

-Crioque ya es hora d'irnos- dijo el anciano.

-Va a ser difícil- comentó Gabriel.

-Ni cuándo. Va usted a ver cómo no- volvió a hablar el anciano.

Se levantó del troncón que le servía de asiento y ordenó imperativamente:

ó imperativamente:

-¡Ya nos estamos yendo!

Enseguida llamó a María Preciosa para hacerle entrega del sahumero que había estado encendido ante la cruz.

-Te devuelvo el sahumero- le dijo- en prenda de tu boda. ¡Cuídalo como a las niñas de tus ojos! ¡Guárdalo como a tu honra!

María Preciosa se adelantó a recibirlo, pero ya haya sido por los efectos de la incipiente embriaguez, o porque así tenía que suceder, el caso es que la prenda que debía conservar íntegra e inmaculada resbaló de sus manos y se hizo añicos en la tierra.

-*¡Que Dios me ampare!*- exclamó angustiada.

Y arrodillándose ante la cruz agregó, al mismo tiempo que recogía los pedazos del sahumero:

-*¡Ánima sola, ánima del Cielo y de la Tierra, ánima de la Montaña y del Río, nada te doy, nada te quito, pero por las entrañas de la Virgen, por los cinco sentidos que Dios te dio, líbrame de mi mala suerte, Amén!*¹²

Todos los hombres y las mujeres se acercaron a investigar la causa de la desgracia.

-*¿Cómo fue que pasó eso?*- alguien preguntó.

La Tía Gregoria se le quedó viendo con ojos llenos de cólera y respondió amoscada:

-*¿Pa' qué preguntas?... ¡Eso trai mala suerte!*

-*¡Pos que Dios los ayude! Nosotros nos vamos ya-* insistió el anciano.

Un miedo frío temblaba en las manos de Juan y se asomaba en los ojos de María Preciosa, cubiertos por las lágrimas.

-*Antes d'írnos espanta al ánima mala que está con nosotros. ¡Le hemos visto la cara!*- pidió uno de los danzantes.

-*Reza la oración contra "el nagual", pa' que no nos lo encontremos por ahí por el camino-* sugirió otro.

Juan, con el miedo metido en el cuerpo, no atinó a decir palabra. Retrocedió nada más hasta ponerse cerca del anciano y bajó sus ojos aturridos.

El anciano, sin dar muestras de ninguna impresión, exclamó convencido:

-*Ansí es: ¡la mala suerte está con nosotros!*

Los circunstantes se miraron temerosos, y tratando de sostenerse sobre sus piernas tambaleantes, se agruparon ante la cruz, con la cabeza baja.

El anciano empezó a rezar la oración con voz pausada, monótona, quejumbrosa:

*Tu cara te veo, tu cuerpo adivino,
pa' que no me comas, nagual,
ora que me voy por los caminos.*

*Tú tienes los ojos de lumbre
como las serpientes, nagual.
Tú tienes las alas grandes
como las del gavilán, nagual.
¡No me vayas a comer ora,
ora que me voy por los caminos!*

*Tengo que pasar por la montaña,
tengo que pasar por el puente del río,
jay, Jesús María!
Y si mi pie resbala,
si resbala y me caigo,
tú me comerás
con tus ojos de lumbre, nagual.
Tú me harás daño
con tus alas que cortan, nagual.
¡No me vayas a comer ora,
ora que me voy por los caminos...!*¹³

-*Amén-* dijeron todos santiguándose.

El anciano inició entonces la marcha llevando al frente la cruz enflorada. Los danzantes iban detrás, empequeñecidos por la superstición y los humos de la embriaguez, cantando con voces lastimeras el coro de la oración contra el *nahual*, sin seguir la melodía de los dos violines y el tamboril.

*Tu cara te veo, tu cuerpo adivino,
pa' que no me comas, nagual,
ora que me voy por los caminos...*

¹² Oración conservada por tradición oral.

¹³ Canción del Nahual, conservada por tradición oral en el Lugar de los Cuatro Señoríos.

CAPÍTULO XVIII

Juan y María Preciosa, la Tía Gregoria y Gabriel, veían, desde lo alto del despeñadero, alejarse a la caravana de la cruz de flores.

Poco a poco se iba perdiendo en la cuesta de abajo, y ya sólo se oía el eco de sus cantos lastimeros. De vez en vez, un alarido rasgaba el aire y parecía estrellarse en las peñas del Texcaltipac, donde moría sordamente.

-¿Por qué no te fuiste con ellos?- preguntó Juan a Gabriel.

-Porque vine solo y solo tengo que volverme. Pero ya me voy...- repuso Gabriel.

Y mirando intencionadamente a María Preciosa, agregó:

-Ya me voy a esperar que la montaña esté nevando, que los lejos estén cerca, que los muchos sean pocos y los dos sean tres...

-Y eso ¿qué?- dijo Juan incomprensivo-. ¿Qué hay con eso?

-¿Usted tampoco lo adivina, Tía Gregoria?

-No.

-¡Tonto de mí!... Nadie entiende, nadie comprende que hablo de la vejez, la que me toca esperar solo, sin un cariño, sin una sonrisa de mujer cerca de mis ojos... ¿Verdad, María Preciosa?

-¡Yo qué sé!- contestó ella sin mirarlo siquiera-. No sé ni de lo que hablas.

-Todo es muy simple. Todo lo que he dicho es para recordarte que te esperaré hasta la vejez.

En los ojos de Juan brillaron dos fieros relámpagos de ira. Fuera de sí, o mejor aún, vuelto en sí, vuelto a lo que era en rigor, a su primitiva naturaleza sanguinaria, trató de arrojarle contra el que lo provocaba en su propio redil. Pero las mujeres lo contuvieron.

-Cuando yo he hablado de la montaña que esté nevando- explicó El Loco impasiblemente- me he referido a la cabeza, que se llena de canas con los años... Cuando digo que los lejos estén cerca, hablo de los ojos, que antes veían la lejanía y después sólo pueden ver los dedos de las manos si se pasan por ellos... Cuando digo que los muchos sean pocos, pienso en los dientes, que van dejando hueca la boca con el tiempo... Cuando hablo de que los dos sean tres, es que tengo presente que algún día mis piernas no podrán sostenerse por sí solas y necesitarán la ayuda de un bastón... ¡Eso es todo! Ya ves que es muy simple. Ahora me voy... ¡pero a esperarte, María Preciosa!

-Si no fueras un pobre loco, ahorita te mataba- bramó Juan en su furia.

-Debías irte yendo, pa' no hacer que mi cruz se vuelva más pesada- suplicó ella.

-¡No hagas caso de lo que he dicho!- volvió a hablar El Loco-. Pero recuerda nada más que se rompió el sahumerio de tus bodas, y tú no sabes si se rompió por ti o por Juan. Por eso te esperaré. ¡Por eso tengo que esperarte!

Dio unos pasos hacia las trancas para irse, pero lo detuvo la viuda de Pilar el pastor. Por la violencia y las preocupaciones que los dominaba, nadie oyó cuando crujieron los breñales de cerca del atajo a su paso, ni la vieron trasponer las trancas y llegar al patio, con su rostro desencajado, sus ojos de espanto, su temblor continuo de la mandíbula que daba la impresión de que hablaba en secreto, y su imposible reposo en la mirada que giraba por todas partes, como si buscara a alguien aun por el aire.

-Él se me ha juído, pero lo encontraré- decía-. No hagan ruido nomás.

-¿Qué quiere acá esa vieja?- preguntó Juan intranquilo.

-Es la viuda de Pilar el pastor- explicó la hechicera.

-Ya lo sé. Por eso digo que qué anda haciendo acá.

-No hables, no hables, que él te puede oír y juirse de nuevo- volvió a decir la viuda.

La Tía Gregoria se acercó a ella, y con voz que trataba de ser apacible, le preguntó:

-¿Qué es lo que andas buscando?

-A él- dijo ella-. Se me ha perdido y tengo que encontrarlo.

-¡Ay Dios!- exclamó María Preciosa-. Nomás esto me faltaba este día.

-Recuerda que el sahumerio se rompió, María Preciosa- comentó El Loco con tranquilidad.

Juan dio unos pasos hacia Gabriel y levantó la mano para darle un golpe. Pero la viuda se interpuso diciendo:

-Tate silencio y no te muevas tú, que él debe estar acá, porque lo guelo. Él olía a alfalfa, a leche y a la lana de borrego. Él olía a pastor ¿sabes?, y ese olor lo estoy oliendo acá.

Juan retrocedió espantado, temeroso de ser descubierto, en tanto la loca olía el aire, por arriba, por abajo, buscando el olor de Pilar el pastor.

María Preciosa la miraba llena de pena, amargada ella misma por todos los sinsabores del día. Trató entonces de hacerla desistir de su propósito de buscar al esposo perdido.

-Se debía usted d'ir, que ya va a cair la noche. Acá no está Pilar.

Pero el resultado fue contrario, porque al oír el nombre del pastor, la viuda se aferró a las manos de María Preciosa.

-¿Por qué lo has mentado?- le dijo angustiada y con voz temblorosa-. Yo oí que dijiste su nombre. ¿Lo has visto? ¿Dónde está? Dime dónde está...

La estrujaba casi, desesperada en su ruego. Juan fue a refugiarse con la Tía Gregoria.

-Juan, no me dejes sola- gritó María Preciosa.

Y quiso desprenderse de la presión de las manos de la viuda, pero no pudo.

-No te muevas- ordenó la loca- no te muevas que te voy a oler las manos. Si tú lo escondes, tus manos tienen que oler a él... Él olía a pastor ¿sabes?... y a pastor tienen que oler las manos que le haigan clavado un puñal o lo haigan empujado pa´ que se desbarrancara...

Instintivamente, Juan metió sus manos en los bolsillos del pantalón e hincó las uñas en su carne, desesperado e impotente. Para Gabriel no pasó inadvertida esa maniobra.

-Llévate a María Preciosa pa´ allá dentro, Juan- aconsejó la prudencia de la Tía Gregoria-. Yo voy a encaminar hasta allá abajito a esta...

Pero otra vez la loca los detuvo con un gesto y con su voz, que era un mandato frío:

-Te he dicho que no te me vaigas, que quiero olerte las manos.

El acto salvaje, el acto animal de olor para reconocer, lo ejecutó la viuda de Pilar con una frialdad aterradora, igual a la del perro que rastrea la caza, o a la del coyote que ventea la cercanía del venado o del hombre.

-No, tú no gueles a él- dijo a María Preciosa después de olerte las manos-. Tú no lo escondes.

Gabriel se llegó hasta la loca y le dijo resuelto y provocativo:

-Y yo ¿huelo a él?

-No, tampoco tú gueles a él. Juntito a ti he estado y no he jallado su olor en tu cuerpo. Ni tampoco en el tuyo- dijo volviéndose a la Tía Gregoria-. Pero me guele que acá está.

La Tía Gregoria, toda turbada y sofrenando el súbito temor que la embargaba, repitió a Juan la orden de que se fuera al jacal. Así la loca no podría insistir en el acto del reconocimiento atormentador, pensó.

-Vente pa´ acá- dijo Juan a María Preciosa en voz baja, con el ánimo dispuesto a escabullirse, más de Gabriel que de la viuda.

-Antes tengo que olerte.

-¡No quiero!- repuso Juan, excitado ya.

-¿Tienes miedo?- preguntó desafiante Gabriel, acompañando con un gesto intencionado su palabras.

Juan lo miró descontrolado. En sus labios se amorataba la cólera.

-¿Tienes miedo que descubra que tú pudieras esconderlo?- continuó Gabriel.

-No... pero no me cuadra hacerlo. ¿Te gustó?

Gabriel alzó los hombros y se concretó a responder:

-Tus razones tendrás.

Con toda rapidez Juan se irguió al oírlo. Parecería el gato de los montes al dar el brinco sobre su presa, o que todo su cuerpo estuviera regido por resortes y se hubieran distendido a la vez y con violencia.

-¿Qué te trais? ¿Por qué me dices eso?- se atrevió a decirle Juan con voz enronquecida.

-Yo, nada- dijo Gabriel con desenfado-. Tú eres el que todo lo dice al no dejar que ella haga lo que quiera.

La Tía Gregoria volvió nuevamente cerca de la loca y le habló_

-¿Por qué no te vas ora? Ya viene la noche y tú andas sola... Ven, yo iré contigo por ahí...

-No hables, que él está acá y pue´ que se espante.

María Preciosa intervino con Juan deseando terminar cuanto antes esa escena molesta e impertinente.

-Déjala que te guela nomás, pa´ que aluego nos deje.

-¿Qué no ves que está loca? Un loco sólo hace y dice locuras. ¿Qué mal puede causar?- comentó Gabriel, alentándolo.

Juan ya no pudo negarse. Insistir en no dejar que la viuda de Pilar oliera sus manos, era tanto como confirmar las sospechas que ya había provocado al principio con su actitud retraída. Comprometido y acosado como se veía, aun por la misma María Preciosa, no halló más solución que extender sus manos temblorosas hacia el examen olfativo y frenético.

-Está bien... ¡guele!...- dijo sombríamente.

A un lado, más allá del grupo que cercaba a la loca, la Tía Gregoria- las manos enclavijadas, la voz trémula y la angustia recorriéndole su cuerpo entero- rezaba nerviosamente:

“¡Ánima sola, ánimo en pena, métete en su cuerpo y no la dejes hablar!... ¡Que no hable, que no hable!... ¡Vuélvela muda, vuélvela muda!”...

Pero la loca olió las manos de Juan y dio un grito sordo, hueco, que parecía venido de su entraña misma. Juan palideció y contrajo la boca en una mueca amarga.

-¡Tú gueles a él!... ¡Tus manos guelen a él!...- repetía la viuda del pastor asesinado.

Después cayó convulsa a los pies de Juan.

*

Por la vereda, más allá del río, se prendían y se apagaban las lucecitas de las luciérnagas.

CAPÍTULO XIX

Gabriel *El Loco* se encargó de contar a los del pueblo lo sucedido en el despeñadero. Se lo dijo a uno, a otro después, y estos dos se encargaron de transmitir la versión a los demás, abultándola y modificándola a su manera.

Se desató entonces la tormenta del odio y el rencor empecinados contra Juan Tlapale. Los que todavía ayer lo saludaban en el camino, volvían la cara hacia otra parte para esquivar el encuentro de sus miradas; los que tenían que hablar con él por cuestiones del trabajo, lo abordaban de mala gana, y aun en el mercado empezaron a negarse a vender, a su familia, las mercancías que habían menester.

A María Preciosa le dolía sobremanera lo acaecido. Pensaba que algo había de crueldad, algo de colérico en ese afán de arrancarles la piel sin piedad alguna, y en el furor con que hendía la murmuración en sus carnes vivas, como clavos en los pies y las manos y lanza en el costado para que sangre indefinidamente.

-Ora la gente murmura de Juan y eso me duele- decía la hechicera.

-¡Y qué te importa lo que diga la gente, si pa´ ti no es Juan lo que dicen por ahí!- respondía la anciana, para infundir confianza y seguridad en su creencia a María Preciosa.

-Si acá nomás viviéramos los tres, con el cielo por arriba y el despeñadero por abajo, ¡qué más daba que dijeran lo que dicen! Pero onque el río nos divide, vivimos pegados al pueblo, y lo que allá se dice, pos siempre duele.

-Para eso hazte como yo, que no oigo lo que no me cuadra oír.

-Pero yo no quiero que la gente hable así porque sí. Juan necesita defenderse y probar que lo incriminan.

-Eso que ni qué. Juan necesita defenderse y sobre todo de Gabriel, que es quien lo ha deshonrado.

-Gabriel no importa ora.

-Él es el culpable de todo. Él y la loca.

-Pero son muchos los que nos señalan y los que incriminan a Juan diciendo que no es honrado. Y eso no: ¡las manos metería yo en la lumbre por él!

Porque para María Preciosa, Juan no podía ser sino el bueno de Juan Tlapale que la había recogido en el camino y le había dado, desde entonces, cariño y protección. ¡Cómo podría admitir que fuera tan infame y despiadado con ella, de ser el *nahual*, sabiendo que era la hija de aquel a quien asesinó nada más por robarle el dinero que llevaba consigo! Le parecía hasta monstruoso pensarlo siquiera, porque acoger semejante idea era tanto como ser ingrata y desleal para con el que había sido todo a la vez para ella: hermano, padre y esposo.

¡Si por lo menos Juan quisiera dejar ese trabajo de por las noches y buscar otro de día!

-Debe dejarlo, Tía Gregoria, más que por nosotros, por bien d'él- dijo la muchacha.

-Pue´ que sea lo mejor por ora- asintió la anciana-. *En cuanto y que llegue, se lo voy a decir pa´ ver si quiere.*

*

Cuando Juan regresó del aserradero, la Tía Gregoria le aconsejó resuelta y convencida:

-Estaría bueno y que dejaras por un tiempo d'ir a trabajar allí. Una licencia no te la'n de negar. Por lo menos inter se acallan las habladas de las gentes de abajo.

-¡Cómo cre usted que con eso se acallen! A lo mejor es al revés- dijo Juan-. *Ora dicen nomás lo que dicen porque no tienen de qué hablar, pero en cuanto y que se les pase el gusto, aluego me dejan por la paz. Ya lo vido con lo que en antes nos pasó con usted. No nos dejaban ni a sol ni a sombra, porque es que era usted bruja y les echaba mal aire. Nomás nos subimos p'acá y no volvieron a entrometerse con nosotros. ¿O no vinieron todos los del pueblo el día del casorio? Pos sí, y eso es lo que ora va a pasar. Pero si me separo del aserradero les voy a dar más de qué hablar y despuesito, cuando y sea la luna nueva y tenga que hacerla de nagual, no voy a poder esconderme bien pa´ llegar a la cueva, y eso sí que estaría malo. Crioque lo mejor es que deje pasar un tiempo y no salga de nagual esta luna de ahoy.*

-Pos sí ¿verdá?

-Eso que ni qué.

-Pero en el inter ¿qué hacemos?- preguntó la Tía Gregoria-. *Ya ni nos venden nada en la plaza.*

-Pos nomás hacemos lo mismo que cuando lo de usted: comer cecina asada y leche de cabra. Con eso pue´ que no nos muéramos di'hambre.

-Por mí está bueno eso, que en resumidas cuentas tú sabes que no será ahoy la primera vez que pase estos trabajos. Lo malo es María. No sea y que vaiga a sospechar.

-¡Onde cre usted!- repuso incrédulo Juan, seguro del cariño de María Preciosa-. *A más que voy a llevármela a dar una vuelta por ahí, pa´ que se le aflojen de la cabeza las ideas que se le haigan metido.*

-¿Y Gabriel?... ¿No has pensado que Gabriel pue´ que siga en las mismas?

-De eso me encargaré despuesito, pa´ que ya no hable y tenga la lengua floja.

Cuando estuvo próxima la festividad de San Martín, Juan Tlapale pidió permiso en el aserradero para no ir a trabajar durante una semana.

Quería llevar a María Preciosa a la feria de ese pueblo, para ver si con el paseo y el gusto de las fiestas conseguía que se le “aflojaran de la cabeza”- como decía- las ideas que se le hubieran metido en ella y que la hicieran sufrir.

Y como así lo dispuso, así lo hizo.

Una mañana, al amanecer, María Preciosa y él salieron a caballo del Texcaltipac, con rumbo a San Martín. Caminaron primero a tranco lento por entre los cerros plomizos y secos que se extendían desde Cerro Blanco y La Tenayecac hasta las llanuras de “El Salado”.

Ya al caer a campo abierto, cambiaron el paso por un trote largo. La llanura se extendía ancha e interminable, bordeando unas lomas enanas, y apenas de trecho en trecho sombreada por los pirús que colgaban sus ramas cuajadas del fruto rojo tan caro a los *zenzontlis* y a los *tigrillos*. Más allá se veían los paredones de adobe de la hacienda de Santa Marta, mostrando aún las huellas de una noche de incendio y saqueo, y a lo lejos la aldea distante, pequeña, blanca, con su iglesia de torres de azúcar, y la cúpula de vidrios de la Casa del Gobierno.

-*Antes de dos horas iremos llegando a Popocaxtla-* dijo Juan nada más por decir algo.

-*¿En todavía falta mucho pa' llegar a San Martín?*

-*Todavía le cuelgan varias leguas-* repuso él-. *Pero no te achiques, que no te voy a cansar. Pue' que en Popocaxtla descánsemos y un momentito pa' luego seguirla.*

-*Por mí no te apures, que no me canso. Cuando ya no aguante acá arriba, nomás me bajas y te sigo a pie.*

Cuando llegaron al mediodía a Popocaxtla, se echaron desde luego sobre la tierra, bajo la sombra de un tejocote, en tanto el caballo mordía el pasto de la ladera.

Así estuvieron largo rato, sin hablar, pensando cada uno sus problemas, lo suyo propio nada más.

Luego, Juan sacó, de una canasta que traían en el caballo junto con sus cobijas, unos pedazos de carne asada, aguacates y tortillas, y se pusieron a comer tranquilamente.

Después volvieron a emprender la marcha por un camino menos pedregoso y difícil. Al pardear la tarde llegaron a San Martín, y desmontaron en la casa de un amigo de Juan Tlapale.

Mientras éste paseó al caballo para que se enfriara y lo soltara luego en el machero, María Preciosa estuvo platicando con los dueños del solar.

Hablaron de muchas cosas: de la salud de la Tía Gregoria, de si estuvieron prietas las heladas en el Texcaltipac, de cómo venían las milpas por allá y de si Juan la quería y era bueno con ella.

Más en un momento en que la esposa del amigo de Juan se quedó a solas con María Preciosa, le preguntó, curiosa y a quemarropa:

-*Y de eso ¿qué hay?*

-*¿De qué?*- respondió con otra pregunta María Preciosa.

-*Pos de eso... ¿Ya prendió la semilla?*

-*¡Ah!... Pos crioque sí-* dijo la mujer de Juan, un poco avergonzada.

-*Con razón nomás se le ve la cara a usted, y aluego se comprende que está contenta.*

-*Afigúrese... ¡Un hijo no se tiene todos los días!*

-*Pos yo ya llevo siete y pue' que ya venga otro-* explicó orgullosa y oronda la esposa del amigo de Juan.

Una dulce alegría, una como frescura jamás sentida, recorrió el cuerpo de María Preciosa y hasta le pareció que el corazón le brincaba queriéndosele salir del pecho, al pensar en el hijo que ya le sonreía en las entrañas y al que ya adoraba, no por lo que él llegara a tener de ella, por lo que fuera suyo, sino porque era la dádiva de la vida de Juan en su vida y, porque al quererlo, era a Juan, en rigor, al que quería.

-*¿Quieres ir a dar una vuelta nomás, o estás cansada?*- preguntó Juan a María Preciosa, al volver del machero.

-*¡Ora menos que nunca lo estoy!*- respondió ella sonriente-. *En cuanto tú quieras, vamos adonde quieras...*

CAPÍTULO XX

Juan y María Preciosa salieron a la calle con rumbo a la feria, ya caída la noche. Los hombres del pueblo caminaban despacio por las calles angostas, de casas chaparras pintadas de azul o enjalbegadas, hacia la placita cercana sombreada por fresnos de armazones tupidas de hojas y de trinos de pájaros, donde se había instalado la feria con sus caballitos, su puestos con rimeros de frutas, de dulces, de golosinas, y sus partidas de *rentoy* y de albures.

Desde antes de llegar a ella, atronaban los gritos de los vendedores:

-*¡Pan de fiesta, pan de fiesta!... ¡Aprébelo, marchanta, aprébelo!*

-*¡Cacahuate tostado, a cinco la medida!... ¡Aquí está el igualado!... ¡Ruido de uñas, ruido de uñas, a cinco la medida!*

-*¡Palanquetas de nuez!*

-*¡Acá mis naranjas dulces!... ¡Agarren, mujeres, a cinco, agarren!...*

Entusiasmo de los ojos. Sinceridad de la alegría colectiva. Paraíso de los niños y de las almas sencillas de los del pueblo. Todo junto en las barracas adornadas con papel de china, en la mezcla de gritos comerciales, en el aire saturado de olores picantes y de la música de los caballitos. Todo junto y disperso a la vez, como para que las gentes que van pasando por la feria lo recojan en sus pupilas y nada se les escape de esa alegría tan suya y tan artificial.

-¡Cacahuates tostados, a cinco la medida!

-¡Pero si cómo no te he de querer, mi vida, si eres tan linda!...

-Ora, no sea atrevido...suélteme nomás.

-¡Tlachichinole y raíz de abrojo rojo pa' los riñones! ¿Quiere usted un paquetito?... Se pone en el mero lugar de la dolencia.

En la barraca de lotería, donde se iba marcando con maíces la llegada de la fortuna, Juan y María Preciosa se detuvieron.

El voceador gritaba:

*Ganan y se van,
pierden y se quedan.
¡Cérquenle y túpanle, jugadores,
que esta vez no perderán!*

Para probar su suerte, los Tlapale decidieron jugar unas tablas, al par que consumían las pepitas y los garbanzos tostados que habían comprado en una esquina de la plaza. Gritó el voceador:

-¡Corre y va corriendo!...

Y sacando enseguida la primera figura de la lotería, dijo:

*Un diablo cayó del infierno,
y otro diablo lo sacó,
y gritaron los diablitos:
¡cómo diablos se cayó!*

El dueño del negocio subrayó el nombre de la figura que había que marcar, gritando con voz fuerte:

-¡El diablo!

El voceador volvió a decir:

*La bailarina bailando,
piernitas de malacate,
muy lista para el fandango,
y floja para el metate.*

Y la voz fuerte indicó:

-¡La bailarina!

Allí pasaron cerca de dos horas, jugando y perdiendo, jugando y gritando:

-¡Lo...tería!... ¡Acá nomás!

-¡Es buena y se la llevó!

Y, efectivamente, se llevaron los Tlapale cuatro vasos de vidrio verde, una taza y un plato de porcelana corriente.

Ya en la partida se conformaron con mirar el ir y venir de las apuestas y el correr de las cartas de los albuces por entre los dedos del tallador.

El carcamanero gritaba:

-¡Se va y se viene, con lo poquito que tiene! As'ésino de copas...y caballo de espadas.

-Ve al as y perderás...¡Viene el retinto!

Y las cartas caían de las manos del tallador, ganando el as.

-Tres de bastos...y siete de bastos.

-Los más hartos... ¡Voy al siete!

Y en efecto, ganaba el siete, después de un rato de emoción y de haber tenido bien abiertos los ojos para mirar cómo pasaban las cartas, una por una, por la mano que las corría e iban a dar a la mesa donde estaban tendidas las otras del albur.

-Crioque y debemos d'írnos- sugirió Juan a su mujer.

-Y sí- dijo ella.

Y enfilaron hacia la casa donde se hospedaban. La noche le iba siguiendo al andar.

*

Ocho días bastaron para que María Preciosa quedara alucinada. Las carreras de caballos, el jaripeo, las peleas de gallos, el hacinamiento de gentes taciturnas, los *matachines* bailando en el atrio de la iglesia, los cohetes, el ruido y el olor del incienso y de la cera ardiendo en el altar de San Martín, le daban vueltas en la cabeza, como un rehilete, y la aturdían.

Decidieron entonces volver al Texcaltipac. Pero como ahora el retorno les sería largo y pesado, porque ya no tenían el aliciente de la bulla y el festejo, salieron de San Martín al clarear el alba. Ya en el carril, camino de su pueblo, el campo le pareció a María Preciosa más luminoso y amable.

CAPÍTULO XXI

En tanto Juan y María Preciosa gozaban en la feria de San Martín, en La Candelaria se reunían los señores de la Justicia, ante la Cruz de Misión, para tomar juramento a Gabriel sobre los hechos que había presenciado en el Texcaltipac cuando la viuda del pastor descubrió, en las manos de Juan, el olor de Pilar.

-¿Juras ante esta cruz, qu'és muy bendita, que lo que has dicho y sigues diciendo es verdá, y no na'mas un falso testimonio que le levantas a un semejante?- le preguntaron.

-¡Sí, lo juro!- repuso Gabriel.

-Mira que es muy grave lo que aseguran tus palabras- insistieron.

-¡Juro que es verdad lo que digo!- ratificó El Loco.

Hicieron que se hincara ante la cruz muy bendita y que así jurara de nuevo.

-Está bien- dijeron-, *puedes irte, que lo que venga ya es cosa nuestra.*

Gabriel se fue a su casa y ellos a esperar que Juan Tlapale regresara para tomarle declaración y decidir después sobre su suerte.

Por esta vez querían obrar con cautela, para no incurrir en otra injusticia parecida a la que cometieron con Tomás, señalado también por la viuda como asesino del pastor. Ahora habían llamado al relator de la versión siniestra y lo habían juramentado ante la Cruz de la Misión. De esta manera, sus conciencias quedaban tranquilas y podían satisfacer las exigencias del pueblo, deseoso de saber lo que hubiera de cierto sobre la muerte de Pilar. Así que cuando recibieron el aviso de haber visto pasar a Juan, ya de vuelta, camino del despeñadero, lo hicieron comparecer ante su poder y mando.

-Se dice por ahí que tú sabes muncho en lo tocante a la muerte de Pilar- empezaron a decir los señores de la Justicia.

-No sé más que lo que saben todos: que lo jallaron unos de "Pino Alto" desbarrancado en "La Barranca del Gato".

-Se dice por ahí que tú puedes haberlo empujado pa' que se desbarrancara.

-¿Yo?... ¿Y por qué habría de hacerlo?

-Eso es mesmamente lo que nosotros queremos saber- interrumpieron los señores de la Justicia-. *Tú contesta nomás, y no preguntes.*

Juan trató de replicar, pero no se lo consintieron.

-Se dice por ahí que cuando la fiesta del agua de la boda, la viuda de Pilar estuvo en el Texcaltipac, ¿sí o no?

-Sí- contestó Juan.

-Que dijo que había subido hasta allá, siguiendo un olor qu'és que era el de su difunto.

-Eso dijo.

-Que estando en persona tú y los tuyos, y a más Gabriel el de Papalotla, ella pidió permiso pa' olerles las manos, porque es que dijo que en esa forma sabría cuáles manos habían empujado a Pilar pa' que se desbarrancara, o le habían clavado un cuchillo pa' matarlo, dado que tenían que oler al mesmo olor del difunto.

-Es verdá.

-Que a todos les olió las manos y no jalló el olor del pastor.

-Sí- confirmó Juan con aplomo.

-Que tú no dejastes que te oliera las manos, porque primeramente te las metistes en las bolsas y aluego te quisistes ir a encerrar.

-Fue Gabriel el que dijo eso ¿verdá?

-Tú no preguntes. Di nomás sí o no.

-¡Pos no!

-Que aluego te olió por fin las manos y en ti sí jalló el olor que buscaba.

Juan no pudo contenerse más. En su rostro apareció el gesto horrible de las noches de luna, cuando era un *nahual* malo, y el furor lo cegaba. Las palabras se le agolpaban en la boca queriéndosele salir a torrentes y aun tuvo intentos de acallar con sus manos, con sus propias manos crueles que olían a muerto, las de los señores de la Justicia, anudándolas en sus gargantas para apretar, apretar hasta ver que las caras se amorataban y los cuerpos se volvían flácidos. Pero una elemental prudencia lo obligó enseguida a medir la difícil situación en que se encontraba, y pronto halló la válvula de escape para salir airosamente de ella.

-Pos eso dijo en verdá, ¡pero quién le hace caso a una juída de la cabeza! Qu'és que porque mis manos olían a alfalfa y a leche, ya olía yo a su marido... ¿Pos qué yo no tengo mis animales que ordeñar y mi alfalfa que cortar con mis manos? Voy que si esa loca les quele a uno de ustedes las manos, también les jalla el olor del difunto. ¡Y eso qué! ¿A poco por eso ya ustedes se lo empujaron pa' la barranca y son creminales? Pos no. Pa' decirle a uno en firme: tu lo matastes, hay que tener los pelos de la burra en la mano y no hablar nomás ansí porque sí. Yo soy probe, pero honrado; y si no que lo digan mis patrones que hasta ora nada tienen qué sentir de mí.

La razón de Juan les pareció a los señores de la Justicia una razón digna de ser considerada. Realmente resultaba necesario, antes de tomar una determinación en su pro o en su contra, analizar los datos existentes de la presunta responsabilidad del inculpado, e indagar con los más sobre los hechos, ya de por sí molestos. Sobre todo, habría que contar con el testimonio de los dueños del aserradero, que en mucho les serviría para normar su criterio con respecto a Juan.

Los señores de la Justicia pasaron entonces a deliberar a un cuarto contiguo.

-Pue' que tenga razón Juan Tlapale- dijo uno-. No na' más porque una gente dice que se guele a otra, ya ésta mató a l'otra. ¡Ni que duraran tanto los hedores!

-Todos olemos a chivo porque con chivos andamos- dijo otro.

-Pero nomás hagan memoria que Juan Tlapale es de la familia de los ranguales y quién sabe si a lo mejor...- dijo el señor de la Justicia más anciano y sensato.

Discutieron entre sí sobre esto y sobre aquello. Valoraron las respuestas que Juan dio a sus preguntas y determinaron, por lo pronto, dejarlo libre, mientras se aportaban otras pruebas que no fueran tan deleznable y que les permitiera emitir un juicio acorde con su sabiduría y tranquilidad de espíritu.

-Por ahoy puedes irte- le dijeron-, que en cuanto te necesitemos, ya mandaremos por ti.

-Está bueno- repuso Juan-. Nomás que se me figura que va pasar muncho tiempo pa' que me manden llamar, porque dialtiro se van a convencer que todas estas habladas del mentado Gabriel son a resultas de que está celoso porque María Preciosa le dijo que nones...

Fuera de la casa de los señores de la Justicia esperaban María Preciosa y la Tía Gregoria. Cuando vieron que Juan salía de ella., se le acercaron humildes, pero gozosas, y todos juntos se encaminaron hacia el Texcaltipac, sin decirse nada, como es costumbre entre la gente de por allá.

CAPÍTULO XXII

Los relámpagos brillaban uno enseguida de otro y los truenos retumbaban en las barrancas, haciendo gemir al viento y volviendo más turbias las nubes que encapotaban el cielo.

Por allá, por El Peñón del Rosario, se veía venir la tormenta, que se agrandaba más y más, desmesuradamente, y a poco se desplomaría vertiginosa sobre La Candelaria.

Era preciso rezar, tañir la campana de la parroquia como rogativa para que la furia de la tempestad no se desatara, para que el monstruo se conmoviera y desistiera de irrumpir en la paz del pueblo, ahora que las siembras ya estaban logradas y verdeaban los campos.

Los animales todos, que venteaban el aguacero, corrieron a refugiarse en los macheros, en sus apriscos, bajo los cobertizos de otates y zacatón o de las ramas anchas de los pirús.

Se oía la lluvia en el valle y en la loma con sólo respirar el aire húmedo que la traía, embravecido y resuelto, desde más allá del horizonte empecinadamente gris y espeso.

El río mismo, tan quieto y callado siempre, se descubría impetuoso y sucio, arrastrando el lodo ocre del tepetate arrancado de las laderas y los troncones escapados de las compuertas del aserradero.

-Ora sí viene juerte el agua- dijo alguien.

-No digo- comentó otro-. Si hasta crioque más bien es una víbora de agua la que quiere cair.

Cuando la lluvia se generalizó, desde los montes hasta La Candelaria, y empezó a caer tupida y con furia sobre las tierras labrantías y los jacales del pueblo, la corriente del río fue creciendo aterradoramente y se la oyó bramar colérica, con un ruido sordo, imponente y vertiginosa.

Nunca, hasta ahora, el pueblo había sido azotado por una tormenta de tal magnitud. Caía sobre La Candelaria, oscura e incesante, torva y sin clemencia, no como una simple lluvia de remojo para los sembrados y la tierra, sino como un diluvio desolador e infinito, e igual que si el cielo se hubiera vuelto un mar y de pronto se empezara a vaciar.

La gente tuvo miedo al ver que la noche se despeñaba y el aguacero seguía parejo. Para desbaratar su furia no bastaron las rogaciones atormentadoras de las campanas de la iglesia ni la quema de las cruces de palma bendita y el clamor de los rezos, empeñados en modular el ruego más y más en lamento:

*¡Oh, Santo Dios, si esta fuera
de mi existencia fugaz
la fatal hora postrera,
dadme vuestro santo amor
y haced que en vuestro amor muera!...*

Porque la lluvia descendía aún, embravecida y sin término.

Toda la noche y todo el día siguiente duró el aguacero. El río estaba tan crecido, que ya no sólo se llevaba en su acometida a las ovejas y las gallinas que fueron incapaces de encontrar asilo, sino que arrancaba de cuajo los árboles pequeños de la ribera y parecía tragárselos en su vorágine.

De los sembrados de la vega del río ya no quedaba vestigio, porque todo era una extensión de agua lodosa y frenética.

Para salvarse del turbión, Gabriel *El Loco* tuvo que buscar refugio en el atajo que subía al Texcaltipac. Su jacal, sus animales, sus milpas, todo eso que era tanto para él, había desaparecido con el agua.

Ahora se sentía inmensamente solo y sin saber el rumbo de su destino. Creyó haber repartido el bien, sin alardes ni anhelos de recompensa. Fue justo en sus actos y en sus obras y nunca hincó el remordimiento las garras en su conciencia. Y sin embargo, lenta, fríamente, lo fue aprisionando la desventura y fue cayendo en la

sorda tiniebla de la muerte en vida, ya sin alientos para la continuidad de la marcha y con el cuerpo flojo para el esfuerzo, oprimido y vencido en definitiva.

Cuando el cielo se despejó y las nubes perdieron su espesura, un sol tierno se fue adueñando del pueblo, devastado junto al río.

Renació entonces la tranquilidad colectiva, y aun cuando el cálculo de las pérdidas resultó considerable, el alborozo que embriagaba a las gentes de La Candelaria por no haber sido arrasadas por el diluvio, las conformó y hasta como que les dio nuevos bríos para volver a empezar sus vidas, tan cercanas del fin.

Desde el púlpito de la iglesia, el párroco lanzó admoniciones:

-¡Por nuestros pecados, por nuestras gravísimas culpas fuimos castigados!

Desde lo alto del Texcaltipac, Juan Tlapale insinuó pérfidamente su venganza:

-Mientras La Candelaria fue nomás pa' los de La Candelaria, el río nunca se encabrió. Apenitas llegó un extraño a incriminar a uno de por acá, luego luego empezó con sus retobos. Yo vide cair la víbora de agua cerquita de su casa y todos los del pueblo son testigos de que el río lo señaló, jalando pa' dentro de sus aguas con todo lo que era suyo...

El comentario cundió por todo el pueblo y germinó como semilla en buena tierra. Y aun cuando Juan Tlapale se cuidó muy bien de no citar el nombre de Gabriel, la gente del pueblo se encargó de corregir la omisión premeditada, y como además era cierto que hacía muchísimos años- desde que se llevó el puente de cerca de San Hipólito- que el río no se había enfurecido como ahora, clamó castigo contra el extraño del mal agüero ante los señores de la Justicia:

-¡Por los pecados de Gabriel El Loco fuimos castigados!

-¡El río lo señaló! ¡El río señaló al hombre del mal agüero!

-¡Él es el culpable de todo!

-Él no es de por acá. ¡Él es un extraño que nos trajo la mala suerte!

-¡Que muera el incriminador!... ¡Que muera el brujo de Papalotla!... ¡Que muera el tramposo que nomás anda desiendo a la mujer de su prójimo!...

Todos gritaban al mismo tiempo, ululantes, frenéticos, deseosos de interesar a los señores de la Justicia en su causa y para que castigaran al intruso.

Los señores de la Justicia oyeron las peticiones del pueblo, y después de meditarlas, resolvieron:

-¡El hombre del mal agüero será castigado!

*

Gabriel compareció ante los respetables señores de la Justicia:

-Por tu culpa nos pasó lo que nos pasó. No na' más has incriminado a Juan Tlapale y has tratado de cometer adulterio con su mujer- le dijeron- sino que a más nos echastes el mal agüero con esos pecados y el cielo se enojó de muy fea manera. ¡Hasta el río te señaló como culpable llevándose lo que era tuyo!

-No solamente yo fui el señalado. También lo de otros se lo llevó el río- repuso Gabriel.

-Pero a ti te dejó sin casa y sin animales y aguatangó tus tierras, y eso es señal de que no le gusta tenerte cerca. Ansí que debes d'írte de acá, mesmamente ahoy. ¡Ese es tu castigo!

-¿Y si no me voy?

-Entonces te entregaremos a los del pueblo pa' que ellos te ejecuten como quieran. Ora tú di lo que más te conviene.

Gabriel aceptó indiferente la extraña sentencia de los señores de la Justicia. Bien sabía que era inútil oponerse a ella, porque cualquier resistencia sería fatal y adversa para él.

Cuando los animales son mañosos- pensó- de nada sirven los golpes para quitarles las mañas, porque son tercos y siempre quieren salirse con la suya.

De esta manera, a él le iba a resultar difícil quitarles de la cabeza a los del pueblo la idea de que era el culpable de lo sucedido, porque estaban tercos en ella y acabarían por vencerlo. Lo mejor era ausentarse de La Candelaria y volver a su pueblo. Así todo quedaría en paz.

-Está bien- dijo a los señores de la Justicia- hoy mismo me iré de aquí. Mis tierras ahí se las dejo a María Preciosa. Las compré para ella y son de ella.

Estas últimas palabras no agradaron mucho a los señores respetables, pero ya nada pudieron replicar porque Gabriel había salido del cuarto cerrando la puerta tras de sí.

CAPÍTULO XXIII

Nada más que Gabriel no regresó a Papalotla. Comproó en “Pino Alto” un jacal semiderruido y allá se fue a vivir para poder estar cerca de María Preciosa y vigilar a Juan Tlapale.

Entre ceja y ceja se le había clavado la idea de que éste guardaba algún secreto, que bien podría ser el de la muerte de Pilar, y era, además, el responsable de su desgracia en La Candelaria.

A pesar de que los meses se sucedieron unos a otros y de que ya eran cuatro los transcurridos desde que él llegó a instalarse en “Pino Alto”, no podía olvidar las reticencias que opuso Juan para que la viuda del pastor le oliera sus manos ni las turbaciones y desconciertos que sufrió en esa ocasión. Además, tenía hundida, hasta lo más profundo de su ser, la espina que le encajaron los señores de la Justicia cuando aseguraron que él había “incriminado” al sobrino de la hechicera y era el responsable de los castigos enviados por el cielo a ese pueblo del que fue arrojado injustamente.

Un ansia de justificarse, un deseo incontenible de liberarse de los denuestos del embaucador y tramposo que le habían inferido allá y que pesaban en su vida como tierra sobre una tumba, lo obligaban a extremar su celo para lograr las pruebas de su inocencia y de la culpa de Juan, tan sensiblemente sospechoso de lo que él afirmaba.

Por otra parte, tampoco podía olvidar que el del Texcaltipac le había ganado el amor de María Preciosa, valido de las circunstancias y privilegios que le eran favorables, y quebrantó su corazón y la esperanza de una felicidad sencilla, pero propia. Y esto como que lo empujaba más contra el causante de todos sus males, de su angustia y su abandono.

Empezó entonces a realizar un espionaje en forma.

Como un coyote que espera sorprender a la oveja descarriada, como un gato del monte que da el zarpazo al peregrino incauto, igual que el *cacomixtle* aguarda el sopor de la noche para descabezar a las gallinas y beber su sangre, así Gabriel esperaba encontrar el secreto de Juan Tlapale y descubrir sus supercherías.

Durante muchas noches siguió la huella de sus pasos. Lo vigiló encaramado en las ramas frondosas de los árboles, escondido en los riscos o entre la maleza encubridora. No hubo lugar ni recodo de “La Barranca del Gato” que no explorara, ni atajo y sendero de “Piedra Ahujrada” que no hubiera recorrido en busca de lo que tenía el presentimiento que existía. Y aun cuando nada adelantaba en sus pesquisas y todo intento por conseguir sus propósitos iba resultando fallido, no por eso desistía de su afán ni mostraba desaliento.

Hasta que al fin, una noche de luna nueva, obtuvo la evidencia anhelada.

Al amparo de las sombras y de los breñales, casi a rastras por un atajo inadvertido por Gabriel en sus incursiones cotidianas, pero ahora visible y recién descubierto a sus ojos desde lo alto de un pino en donde se ocultaba, Juan Tlapale iba camino de su cueva.

Desde cuando llegó al recodo de la cañada, *El Loco* lo divisó.

Por esta vez le sorprendió, desde luego, la actitud reservada de su enemigo: ese continua volver la cara hacia atrás para cerciorarse de no ser perseguido; ese atisbar por uno y otro lado del camino, o sobre una loma, para saberse solo; esas súbitas detenciones para escuchar mejor los ruidos de la noche y estar seguro de dónde vienen y quién los produce. Todo eso, en suma, que Juan Tlapale ejecutaba recelosamente y que despertó más y más la curiosidad de Gabriel.

Cuando de pronto se agazapó cerca de un jarillal y, pasado un momento, se adentró en la maleza para seguir a rastras por el atajo oculto, Gabriel no pudo contener su emoción. Un movimiento brusco de su cuerpo sobre las ramas originó que éstas crujieran extrañamente y que Juan se detuviera, aguzando el oído.

Para no delatarse, Gabriel contuvo hasta su respiración. Pero como la noche era oscura y el pino se extendía ancho y tupido, Juan no reparó en él y siguió su ascensión peligrosa hacia la cueva.

El Loco lo vio llegar a ella y desaparecer. En vano desorbitó sus ojos para mirar mejor la lejanía en donde se le había perdido el hombre de sus desgracias; inútil fue que trepara a lo más alto del árbol para avizorar su presencia: Juan Tlapale se había esfumado como un fantasma al llegar al cerro, o más bien, el cerro se lo había tragado.

-Eso es- se repitió incesantemente *- el cerro se lo tragó.*

Y comenzó a descender de su refugio. Pero apenas legado a su mitad, sus ojos volvieron a encontrar el fantasma, que no otra cosa era lo que el cerro le devolvía a cambio de Juan, porque no era un hombre el que bajaba por el atajo, sino un ser extraño cubierto por una piel amarilla que terminaba en el cuello, de donde se desprendía una cabeza de caballo.

-¡El nahual!- dijo Gabriel con voz sorda.

-¡El nahual!- le pareció que repetía el eco.

Porque era tan violento el golpetear de su corazón, que cada latido era como un remedo de su voz, incansable en pronunciar las palabras siniestras:

-¡El nahual!... ¡Juan Tlapale es el nahual!

Bajó del árbol apresuradamente y se escondió a la vera del jarillal, por donde tenía que salir el *nahual* para tomar el camino que llevaba a La Candelaria o a “Pino Alto”. Allí esperó, sobresaltado primero, y luego sereno y confiado en sí.

No tardó en emerger de la espesura la figura grotesca del *nahual*.

Al lado del jarillal, Gabriel le cortó el paso: las mandíbulas firmes, los ojos llenos de fiereza, los puños apretados y uno de ellos seguro en la cache de hueso del cuchillo de monte.

-¿Dónde vas, Juan Tlapale?- le dijo fríamente.

Un grito bronco, una interjección soez y un salto, de fiera acosada, para poder sacar de la cintura el cuchillo, fue lo más que pudo hacer el *nahual* al oír que lo llamaban por su nombre.

-¡Debías de ser tú el muy jijo!...- exclamó Juan, al reconocer a Gabriel y tirarle varias puñaladas ineficaces.

Gabriel no se intranquilizó ni perdió su postura serena y valiente. Se concretó nada más a defenderse de las agresiones de Juan y a decirle impávido:

-¡Creo que no seré yo al que mates ahora, Juan Tlapale!

Y rápidamente, como un relámpago, brilló la hoja del cuchillo lanzado con fuerza salvaje por el brazo de Gabriel, que fue a clavarse en el pecho de Juan Tlapale, en donde se quedó hundido y empurpurado.

La pelea fue fugaz y duró lo mismo que un suspiro. No fueron necesarias la fuerza bruta de dos cuerpos que luchan por vencer uno al otro, ni la artimaña o la malicia. Un solo impulso del brazo decidido que lanzó el cuchillo bastó para que la tradición del *nahual* quedara rota en pleno camino de sus fechorías. Y allí estaba ahora, deshecha, sin alientos, sanguinolento, vestida con la piel amarilla de los espantos y con la cabeza de caballo que aterrorizó durante años y años a los caminantes de todos los rumbos.

-¡Ahora te tocó la de perder!- dijo Gabriel acercándose al cuerpo que yacía en el camino.

Le ató las manos y los pies con su ceñidor y lo arrastró dentro de la maleza, para recogerlo después, cuando volviera de "Pino Alto" con el retinto, en el que se lo llevaría a horcajadas hasta La Candelaria.

*

En medio de la noche, Gabriel Arenas caminaba de prisa. Atrás de él soplaba el viento entre las frondas, y a su paso dejaban de cantar las cigarras, escondidas en los matorrales.

CAPÍTULO XXIV

Esa misma noche, en el jacal de la Tía Gregoria, después de que se rezaran los conjuros para que nada le pasara a Juan y de que se acabó de planchar la ropa recién lavada y recosida durante del día, María Preciosa tuvo un presentimiento:

-¡Y si un día d'estos Juan no vuelve por acá!... ¿Qué será de nosotros?

La Tía Gregoria la miró con profundo desprecio. ¿Cómo podía atreverse, la descreída, a pensar que tal cosa pudiera acontecer?

-¡No sé por qué dices eso!...- respondió-. *Si tú no tienes fe en mis conjuros, yo sí la tengo. Ansí que es mejor que te calles la boca y no estés llamando a la desgracia.*

-¡Onde cre usted que la llame, Tía Gregoria! Lo que dije lo dije nomás por hablar, pero no por nada malo.

-Pos tal parece que sí.

-Pero no, y ahoy que voy a tener un hijo, mucho menos.

-Mesmamente por ese hijo debáis pensar y pensar nomás en que a Juan le vaiga bien en todo. No sea que aluego te rripientas.

-En de veras que no dije eso por nada malo- explicó sumisa y arrepentida María Preciosa.

¿Dialtiro me cre usted tan tonta pa' que no me dé cuenta que si a Juan le va mal, a nosotros también nos va mal, y de retache hasta m'hijo?... En cuanto y que se va, le pido a San Miguel que me lo cuide; en cuanto regresa, le vuelvo a rezar porque me lo trajó. ¡Ora dígame usted si ansí puedo llamar la desgracia pa' él y pa' m'hijo!

La Tía Gregoria no respondió a esto, aun cuando era ostensible que no había quedado satisfecha con las explicaciones de María Preciosa. Se concretó simplemente, después de transcurrido cierto tiempo y durante el cual una y otra rehuyeron mirarse, a cambiar el sentido de la plática para no incurrir en disgresiones que podían resultar escabrosas para todos.

-Ya debe d'irte a dormir pa' que tu hijo no salga entelerido. Si quieres que sea fuerte, no te desveles ansí.

-¡No na' más quiero que sea fuerte, sino también bonito!- dijo anhelante María Preciosa.

-Confórmate con que sea macizo. L' otro no debes ni pensarlo, porque a lo mejor te resulta pior.

-¿Usted cre que sea malo que yo quiera que m'hijo sea bonito?

-¡Pue' que no! Pero es mejor que no lo pienses, por aquello de las malditas dudas- aconsejó la Tía Gregoria.

Y luego, quebrando el tono de su voz, dijo:

-¡Anda..., vete a costar!

-Orita...- refunfuñó María Preciosa.

Encendió una vela en la llama que alumbraba el jacal y la formó pantalla con las manos. Luego atravesó el patio y entró a su choza.

A lo lejos se oyó aullar al coyote.

-¡Ave María Purísima!- dijo la hechicera cerrando la puerta de su jacal-. *Alguien se está muriendo por ahí y ya el coyote lo ventió...*

Cuando los de La Candelaria, todavía encobijados, esperaban en las puertas de sus casas o junto a las cercas de *órganos* que llamaran a la misa que habían de oír por ser domingo, Gabriel Arenas hizo su entrada al pueblo, llevando como un costal, sobre los lomos del caballo, el cadáver de Juan Tlapale. Verlo la gente y agruparse en torno de él, fue obra de un instante. Cuál más, cuál menos, transmitía la noticia al que la ignoraba:

-Gabriel El Loco traí un difunto en su caballo. Crioque es el nagual.

Para verlo de cerca, todos se reunieron en la plaza y frente a la iglesia.

-Pos sí que es el nagual- comentaban.

-Es el mesmo que me atajó a mí por "Palo guérfano"- dijo uno.

-¿Tú solito lo matastes?- preguntó otro a Gabriel, asombrado y perplejo.

-Yo solito- contestó Gabriel.

-¿Por dónde te salió?

-Por ahí, por el camino...

Y quitándole al *nahual* la cabeza de caballo, Gabriel les dijo:

-¡Ahora miren quién es!

La cabeza de Juan Tlapale quedó al descubierto. Tenía el rostro desencajado, los ojos abiertos y vidriosos, y coágulos de sangre en las comisuras de los labios gruesos y amortecidos.

-¡Miren nomás, pos sí el Nagual es Juan Tlapale!

-¡Quién lo iba a pensar!

-¡Adió...ansí tenía que ser! Hijo de tata, tatita.

Los del pueblo siguieron remoliendo sus comentarios, cada vez subidos de tono e indignados.

-Vamos arrastrándolo a cabeza de silla hasta "La Barranca del Gato"- propusieron algunos-. *Y aluego lo desbarrancamos como hizo él con el difunto Pilar.*

-Eso sí que no- repuso Gabriel-. *Lo traje aquí para que lo vieran todos y se convencieran por sus propios ojos de que Juan Tlapale era el Nahual, y que por tanto no le levanté ningún falso, como dijeron todos. Pero ahora me lo llevo. Conozco la ley del pueblo y sé que el cadáver es mío porque es el de un Nahual y yo lo maté. ¿O no?-* preguntó a los señores de la Justicia.

-Ansí es la ley- contestaron-. *Puedes llevarte al Nagual donde más te cuadre.*

-A su casa me lo voy a llevar- explicó *El Loco*-. *Allá también me tienen en mal, y quiero demostrarles que éste era el malo y no yo.*

Gabriel espoleó al caballo y tomó camino para el Texcaltipac. Detrás lo seguían los del pueblo gritando de cuando en vez su indignación y su odio contra el *Nahual* muerto.

La Tía Gregoria y María Preciosa, al oír el rumor sordo de los gritos, corrieron hasta las trancas para asomarse a ver lo que pasaba, pero al mismo tiempo Gabriel llegaba a la cima y entraba en terreno plano.

Al llegar junto a ellas, *El Loco* se apeó y descargó el caballo de peso del cadáver de Juan.

-Aquí lo tienes- dijo a María Preciosa, tendiéndolo a sus pies-. *Como ves, él era el Nahual...¡el mismo que mató a tu padre!*

Como un rayo cuando parte un árbol, sintió María Preciosa que se le abría el cuerpo en dos mitades. Un cosquilleo presuroso le fue subiendo desde los pies a la cabeza, igual que si miles de hormigas lo recorrieran afanosas con sus patas menuditas, y toda su sangre golpeó en las arterias, como tratando de romperlas. Por momentos sentía que se ahogaba, que le faltaba el aire y que una sombra densa, un pájaro de alas anchas y negras se le venía encima y la picoteaba en el cerebro y los ojos para cegarla. Luego, todo se le fue oscureciendo, todo se le hizo de noche. Lentamente se fue doblando sobre sus rodillas y cayó a tierra, desvanecida.

Unas mujeres se le acercaron para ayudarla y reanimarla, frotándole con fuerza los brazos.

La Tía Gregoria, arrodillada junto al *Nahual*, reclinó sobre su pecho la cabeza de Juan, y casi murmuró a su oído:

-Acá estoy contigo. ¡Yo sola contra todos!

Paseó su mirada llena de fiereza por los ojos de los circunstantes y luego gritó, con voz cortada por el llanto:

-¿Quién fue el que te mató?...¿Quién fue el asesino? Dímelo a mí, a mí solita..., a tu tía, ¿me oyes?... a tu tía...

-Gabriel El Loco lo mató- dijo una voz fuerte.

El grito sorprendió a la hechicera y más la encolerizó.

-¿Quién echó ese grito? ¿Quién es el atrevido que ansí grita en la casa de un muerto?... ¡A los muertos se les respeta!- dijo llena de ira-. *Ellos ya no oyen nada, pero si los que están vivos se alegran y gritan por su muerte, las uñas del demonio malo se les clavan en sus carnes secas, y aluego andan penando... ¡Con la muerte no se juega!*

Los del pueblo se quedaron perplejos y temerosos.

-La vieja es bruja- comentaron- *y nos puede hacer mal de ojo.*

Sólo Gabriel permaneció inmóvil, cerca de María Preciosa. Al verlo, la Tía Gregoria le habló precipitada y colérica:

-¿Qué busca acá, hombre maldito?... ¿Qué nueva desgracia nos traís? ¡Fuera, fuera de esta casa!... ¡Fuera de acá el asesino! Estás manchando el lugar que pisas y aluego no podré lavar lo ni con mis lágrimas.

-¿Para qué gritas de ese modo?- dijo tranquilamente Gabriel. *¿No ves que así no puede descansar el Nagual?*
 -¿Cómo quieres que descanse estando tú presente!... ¡Fuera de acá, maldito, mil y mil veces maldito!

Las mujeres lograron volver en sí a María Preciosa y se la quedaron viendo llenas de respeto. Sus dulces ojos estaban ahora enrojecidos y tenían una mirada vaga, neblinosa.
 Con voz apagada se le oyó murmurar:
 -*¡El era el Nagual!... ¡El mismo que mató a mi padre, el mismo padre de m'hijo!...*

Lloraba sin consuelo y sin término, más que con los ojos, con el espíritu quebrantado y herido tan atrozmente.
 La Tía Gregoria se aventuró a insinuar:
 -*Tú dile al asesino de tu marido que se largue de acá. ¡No quiero verlo!*
 -¿De mi marido?- preguntó María Preciosa, dubitativa e irónica. *¿Cuál marido? Mi marido se fue a su trabajo y en todavía no regresa...*
 -*¡Fíjate en lo que dices, María!*- repuso sombríamente la hechicera-. *Si niegas a tu marido que acá está tendido junto a mí, él puede oyirte y venir por las noches a golpiarte con sus guesos.*
 -*El que está ahí tendido es el Nagual, no mi marido. El Nagual que mató a mi padre y que es de la raza de usted. ¡Por eso ahí lo tiene usted abrazado, porque es suyo, de su pura raza de hechiceros y naguales!*
 -*¡Cállate, infeliz! ¿Cómo puedes hablar de mi raza si también tú perteneces a ella y vas a tener un hijo de un Tlapale?*
 -*Eso sí que es cierto... ¡M'hijo es hijo del Nagual! ¡M'hijo es hijo del que mató a mi padre!*
 -*Mejor cállate ora-* interrumpió la vieja-, *que más después me dirás lo que quieras.*

María Preciosa se acercó a ella, tambaleante.
 -*Usted me dijo una vez que si Juan moría, m'hijo o yo teníamos que ocupar su lugar a la fuerza, ¿no es cierto?*
 -*Por el despeñadero te arrojarán nuestros muertos si no lo hicieras. ¡Ya ves que es mejor que te calles!*
 -*Sí, en deveras, que es mejor... Todo es ora mejor... ¡Pero no llevar en la sangre y en las entrañas la sangre llena de pudriciones de su raza!*
 -*No blasfemes, mujer, no digas blasfemias contra tus muertos.*
 -*¡Y a mí que importan los muertos!... Que me avienten al despeñadero, que me quiebren los guesos y aluego se coman mi carne los zopilotes... Todo es mejor, antes que seguir viviendo así, pensando nomás en que fui engañada y que m'hijo es hijo de su traición. Eso sí que no. Nuncamente, ¿lo oye usted?, nuncamente seré yo un Nagual, ni m'hijo tampoco.*
 -¿Qué vas a hacer, indina?- clamó angustiada la Tía Gregoria.
 -*¡Lo que más me cuadre!*

La hechicera se levantó de prisa y avanzó a ella, amenazante. Los del pueblo las miraban inmóviles, sin hablar, llenos de sobresaltos y pavores.
 -*No se me acerque nomás, ni haga ansias pa' tocarme-* rugió María Preciosa-. *¡Quédese ahí con el Nagual, y ya que usted habla con los muertos, dígame que me siga hasta el despeñadero y que allá me clave el mismo cuchillo que le encajó a mi padre!... Dígaselo usted, bruja, dígaselo nomás...*

Corrió entonces hacia las trancas, desesperada, en tanto la Tía Gregoria volvió a caer de rodillas junto al cuerpo de Juan.
 -*“Anima sola, ánima triste-* comenzó a rezar-, *ánima del Cielo y de la Tierra, ánima de la Montaña y del Río, nada te doy, nada te quito, pero por las entrañas de la Virgen, vuélvela piedra pa' que no pueda andar, ánima mía, pa' que no pueda andar!”*

Pero María Preciosa siguió corriendo enloquecida. Gabriel quiso detenerla, pero ella, en su furia, lo empujó con brío y *El Loco* cayó de espaldas sobre la tierra. Cuando se levantó para seguirla, ya solamente alcanzó a ver que su falda se llenaba de aire al penetrar en el vacío del despeñadero. A poco la vio rodar hasta el fondo del talud.

Gabriel bajó por el atajo, desenfrenado y ciego, sin fijarse en los guijarros ni en la “uña de gato” que al destrozarse sus ropas lo herían en la carne. Así escaló peñascos y caminó por pasos difíciles, resbalando aquí, cayendo allá, pero siempre con el ansia de llegar cuanto antes hasta ella.
 Cuando al fin se detuvo frente a su cuerpo deshecho, las lágrimas le nublaban los ojos.
 Arriba, los del pueblo le dijeron a la Tía Gregoria:
 -*Ora, si quieres, quema al Nagual acá, porque en el pueblo no se ha de enterrar.*

La Tía Gregoria no parecía haberlos escuchado, porque ya sólo oía su propio llanto y sus gemidos, que caían sobre la cara desencajada y pálida de Juan.
 Cuando se supo sola, con él nada más de compañía, un grito de dolor, profundo, inmenso, rasgó el aire de la mañana y fue a perderse en el andar de los del pueblo que iban bajando la cuesta, silenciosos y despavoridos.

CAPÍTULO XXV

Como la Tía Gregoria no podía enterrar a Juan Tlapale en el cementerio del pueblo ni quemar su cadáver, porque las cenizas vuelan por los cuatro vientos y en el juicio final es difícil que vuelvan a juntarse en el ser que formaron antes, optó por esperar la noche para llevárselo hasta “Piedra Ahujrada”.

En tanto, se puso a velar al difunto, tendido sobre la tierra y cubierto con un sarape, inmóvil y hermética. Se la veía sufrir, no sólo por su dolor, sino por todo el dolor de su raza reconcentrado en ella profundamente, y el que se adivinaba con ver su cara, en la que habían ahondado las grietas de las arrugas, y la piel se teñía más y más con un color de tierra seca.

Junto al cadáver de Juan, la Tía Gregoria estaba sentada quietamente, sin mover siquiera los ojos llenos de tristeza y de odio, sin despegar los labios para decir una oración cualquiera. Se diría un viejo ídolo arrancado del sepulcro de un *tiaxca* poderoso.

Ya anocheciendo, recordó que se había quedado sola, sin nadie que la ayudara a subir el cuerpo del *Nahual* sobre los lomos del caballo en el que pensaba sacarlo del Texcaltipac. Y como bien sabía que sus fuerzas eran insuficientes para levantarlo en vilo, ideó la manera de lograr su propósito a pesar de todo.

Después de varios intentos ineficaces, la Tía Gregoria pudo conseguir colgar una reata de una rama gruesa del tepozán más cercano a las trancas, hasta donde arrastró, apesadumbrada y dolorida, el cuerpo de Juan, el que amarró por debajo de las axilas con un extremo de la cuerda. Luego, empezó a jalar del otro extremo con todo el brío de sus fuerzas, a veces hasta tendiéndose sobre la tierra con la reata enrollada en la cintura, para conseguir un mejor resultado de la palanca. Pero al fin logró suspender el cuerpo de Juan de la rama del árbol. Ató entonces la reata de un horcón de las trancas y fue por el caballo manso, al que sólo puso la brida. Del cabestro lo llevó hasta donde estaba el cuerpo del *Nahual*, que consiguió montar en él dificultosamente. Encaramada en lo que pudo y como pudo, le desanudó la reata, y con ella, a manera de pretal, lo amarró al caballo.

Y empezó la marcha doliente: ella adelante, jalando del cabestro al caballo, y éste con su paso lento.

Bajaron la cuesta, pasaron los peñascos y cortaron luego por campos abiertos en melgas, par entrar al carril.

A su paso parecían gemir las hojas de los árboles y las armazones de los eucaliptos. Crujía el rastrojo triscado por los topos y se oía el silbido aflautado de los *coralillos*, y de vez en vez las sonajas de las víboras de cascabel.

El camino se había hecho interminable. A medida que la Tía Gregoria más y más avanzaba en él, más y más se le prolongaba y ya hasta le parecía que no acabaría de llegar nunca a “Piedra Ahujrada”. Ese mismo camino lo había recorrido en otras ocasiones en un poco más de una hora, sin prisas ni fatigas; pero ahora, en cambio, lo veía y lo sentía sin fin.

Pero es que el dolor, la angustia, la desesperación, el coraje y el odio, todo junto, pesaban sobre sus espaldas y volvían lentos sus pasos.

Empezaba a sentir sus piernas separadas de sus pies, perdidas, desunidas de la red de sus venas. No estaban ya con ella, pero no le importaba su alejamiento. Su condición de miserable no le permitía tener piernas. Ellas podrían llevarla hasta donde existiera el consuelo, pero su voluntad no alentaba. Estaba perdida en la sorda tiniebla de su angustia bebiéndose las lágrimas que nublaban sus ojos, inagotables y amargas. Ellas eran el único tesoro que le quedaba y podía llorarlas hasta la última lágrima.

Cuando llegó a “Piedra Ahujrada”, sus pies sangraban. Tenía sed y cansancio y una inmensa desolación. Se agachó a la orilla del río a beber agua y sintió un deleite inesperado, una frescura reconfortante, tal y como si su sangre, mezclándose con el agua, hubiera adquirido pujanza y nuevos bríos.

Siguiendo por toda la orilla del río, caminó aún hasta llegar a la compuerta, donde algunos troncos de árboles de los que cortaban en el aserradero y que venían corriente abajo se represaban. Allí bajó el cadáver del *Nahual* y lo tendió sobre un tronco ancho y largo, dejando que las piernas colgaran dentro del agua. Luego, ayudándose con un morillo, y metiéndose en el río, la Tía Gregoria logró empujar el tronco que llevaba el cuerpo de Juan, para que flotara hacia la corriente.

Al entrar en ella, como que viró para seguirla, pero pronto empezó a deslizarse lentamente en el agua que corría cuesta abajo.

La Tía Gregoria se quedó dentro del río viendo cómo se iba perdiendo el *Nahual*, allá lejos, con la noche.

Después se volvió al Texcaltipac a esperar que el implacable *Mictlantehcutli*, el “Señor de la mansión de los muertos”, la reuniera con sus antepasados.

FINAL

No sé si esta historia me la contaron los pájaros, o yo la viví, en aquellos días lejanos en que me sentía de tierra y tierra me sabía, y era como un fruto de ella e igual de fuerte, intacto y solemne, que un eucalipto gigante.

Pero hoy, precisamente hoy, en que he estado en el cementerio del Santuario y he visto una lápida de azulejos, pequeña y oval, con una enramada primitiva y policroma que enmarca un nombre y una fecha, he presentado que ese nombre bien pudiera haber sido el mío, y la fecha, la misma del día de mi muerte. Porque muchas veces me ha parecido haber vivido en otra época y tener un espíritu diverso al que ahora tengo.

Quizá no pudiera precisar lo que fui y lo que hice, pero sí aseguraría que formé parte de un pueblo ya extinguido definitivamente.

Esa misma sensación de reconocer lo recién conocido, la he experimentado en el Texcaltipac. Desde su altura pedregosa y árida me he adueñado del paisaje y he vuelto a vivir el recuerdo: cuando el despeñadero era señorío de una raza orgullosa, guerrera y fuerte, y sobre sus peñas se edificó la ciudad y el templo al Dios omnipotente y sangriento.

Cada año, cuando la luna llenaba por quinta vez, los señores del Texcaltipac entregaban a la divinidad la sangre y los corazones de cinco doncellas plebeyas, y quemaban, en los vasos sagrados, el copal y la alhucema de los cuatro caminos que los sacerdotes se encargaban de recoger para la ceremonia de acción de gracias por la misericordia y el favor del Dios, para el pueblo. Entonces todos se sentían protegidos contra los enemigos vecinos y seguros del triunfo en la "Guerra Santa" que, año por año, sostenían en los campos extendidos y desolados. Mientras más prisioneros hacían a los provocadores, más afirmaban la economía del señorío, porque el trueque de prisioneros por sal y plumería aseguraba la comodidad doméstica y el bienestar colectivo.

Los señores del Texcaltipac habían dictado para su pueblo leyes justas que mantenían el orden y la disciplina. La más estricta severidad se imponía para respetarlas y la violación a la más simple de las normas era castigada en forma implacable.

Allí todos estaban sujetos a la tradición, que era, en rigor, la suprema ley. Quien osaba transgredirla, era sometido a la crueldad y a la mutilación, al escarnio y a la muerte. Una deserción en la hora del combate, una irreverencia en el templo, o un juramento incumplido, merecían la aplicación de esas sanciones, que ejecutaba el pueblo mismo.

Para estos casos, nada valían jerarquías ni rangos, edades o sexos. La dura ley del pueblo era sagrada como su Dios, como sus estrellas, como la lluvia que regaba sus campos.

Más un día llegaron hasta el Texcaltipac los hombres de la Conquista y, con ellos, la destrucción y el exterminio. ¡Qué inútil resultó entonces la resistencia a las armas de fuego y a la lucha organizada, contra las que nada valieron ni la avalancha de guerreros en aquel mediodía trágico de Contla, ni la supersticiosa astucia nocturna de las llanuras de Tzompantepec! Todo fue devastado y derruido. Primero, por la fuerza y el arrebato; luego, por el engaño y la maldad. Y allí donde se alzaba la oligarquía de los Cuatro Señores, altivos de poderío, sólo quedaron ruinas y despojos, soledad y aridez. Aquellos que pudieron salvarse del desastre, huyeron temerosos hacia otras tierras, y fue hasta muchos años después- tantos como fueron necesarios para el transcurso de tres generaciones- cuando regresaron a las propias a rehacer el pueblo que seguían considerando como suyo y el que nuevamente hicieron surgir de los escombros y la desolación.

El Texcaltipac volvió a ser lo que había sido, y si acaso perdió muchos de sus perfiles primitivos, en cambio ganó unidad en sus pobladores y una renovación ceñida y depurada en el culto a las tradiciones originarias.

A partir de esta segunda época de colonización, los del Texcaltipac no consintieron ya que su sangre, que provenía de la de los antiguos y nobles señores, se mezclara con la bastarda de otros pueblos de estirpe inferior.

Su celo para con las tradiciones se hizo más agudo, y en su afán de conservar intacta y pura la descendencia de su raza privilegiada, estrecharon más sus cuidados en el cumplimiento de ellas y se volvieron definitivamente implacables para imponer penas a quien intentaba o llegaba a violarlas.

Bajo el imperio de ese culto a las tradiciones, debo haber nacido yo, en el Texcaltipac. Ahora que he vuelto a pisar esa tierra de la que me formé, todo me ha parecido familiar: lo mismo sus peñas y sus atajos y lo que fue lugar de sembradíos y cimiento de los hogares de mis antepasados, que el pueblo recostado en la cañada- que guarda como una tumba el templo de aquel Dios cruel e insaciable, sobre cuyas ruinas se levantó el que rige ahora, desde su altar plateresco, Nuestra Señora de La Candelaria- y que bordea aún el río de aguas zarcas.

Yo sé que en otro tiempo he vivido en estos sitios que ha invadido de nuevo la maleza. He oído mis pasos, al cruzar por sus caminos, como el eco de otros pasos míos, conocidos y lejanos. He recordado mi estancia en el pueblo y en la cima del despeñadero, en donde señalaría hasta los lugares que ocuparon unos jacales y un *cuexcomate* y quizá podría indicar la curva del río en donde rebotaron unos gritos de dolor, venidos de muy lejos, una noche de luna nueva.

¡Pero no sabría decir jamás si fui Juan *El Nahual* o Gabriel, el de Papalotla, que es tanto como decir "Lugar de Mariposas"!

CATÁLOGO DE PALABRAS DEL IDIOMA NAHUATL

A

Anacahuite. De Ama-Cuahuitl. Amatl, papel; cuahuitl, árbol. “Árbol de papel”. Una de las especies del amate.
Apaztli. De A-Paztli. Atl, agua; paztli ¿...? Palangana, lebrillo.

C

Cacomixtle. De Tlaco-Miztli. Tlaco, medio; miztli, león (puma). “Medio león”. “León pequeño o mediano gato”. Carnívoro nocturno, parecido al tejón y a la comadreja, del tamaño de un gato, de pelo largo y áspero, las piernas cortas y el aspecto salvaje; forma una algarabía como ciertos pájaros, busca de noche su sustento matando a las gallinas para comerles solamente los sesos.

Ce-Malinalli. De Ce, uno; malinalli, escoba o hierba retorcida. “Una escoba”. Signo del calendario nahuatl, correspondiente al nombre del XII día de las veintenas, llamadas vulgarmente meses.

Cempazuchil. O cempoalxochitl. De cempoalli, veinte; xochitl, flor. “Veinte flores”. Nombre de la flor conocida vulgarmente por “Flor de muerto”.

Cocol. O cocolli. (Pan retorcido). Entre las ofrendas que hacía el pueblo en la fiesta del mes Tlacaxipelmaztli, había unas tortillas y tamales de maíz y frijol amasados con miel que llamaban cocolli. Actualmente se da el nombre de cocol a un pan de figura romboidea.

Copal. O copalli. Resina que empleaban los indios, en vez de incienso, en sus ceremonias religiosas.

Cuexcomate. De cuexco, nuca; comitl, olla. “Olla que tiene nuca”. Lugar donde se guarda la mazorca.

CH

Chicalote. Nombre de una flor silvestre, de pétalos blancos.

Chimalpa. Nombre geográfico. De Chimal-Pa. Chimalli, escudo; pan, en o sobre. “Sobre los escudos”.

Chirimía. Instrumento músico de viento, parecido al clarinete.

Chochocol. Especie de cántaro grande.

E

Escuinle. De Itzcuintli, perro. Cuadrúpedo parecido al perro, sin pelo y que no ladraba, que cebaban los indios para comer. Por extensión: muchacho.

H

Huipil. De huipilli, camisa. Especie de algodón sin mangas que sirve de camisa a las indias.

I

Ixtle. Fibra del maguey sin limpiar.

J

Jacal. De Xa-Calli. Xamitl, adobe; calli, casa. “Casa de adobes”. Choza, casa humilde.

M

Matachín. Nombre que se les da a los danzantes en las fiestas populares y religiosas.

Mictlantecuhtli. De Mictlan, mansión de los muertos y tecuhtli, señor. “El señor de la mansión de los muertos o del infierno”. Chavero cree que es el sol, el que durante el día se llama Tonatiuh; en la tarde, Tzontemoc, “El que cae de cabeza”, y durante la noche, Mictlantecuhtli.

Milpa. De Mil-Pa. Milli, sembrera; pa, en. “En la sembrera”. Se aplica a los sembradíos de maíz.

N

Nahuatl. Lengua principalmente hablada por los indios mexicanos.

Nejayote. De Nex-Ayotl. Nextli, ceniza; ayotl, cosa aguada, caldo. “Caldo o agua de ceniza”. Agua con cal en que se ha cocido el maíz para hacer tortillas.

Nixcometl. De Nex-Comitl. Nestli, ceniza; comitl, olla. “Olla de la ceniza”. Olla de barro con agua de cal en que se cuece el maíz con que se hacen las tortillas. Por corrupción, aplícase también al maíz cocido.

Nixtamal. De Nex-Tamalli. Nextli, ceniza; tamalli, tamal. “Tamal de ceniza”. Maíz cocido con cal con que se hacen las tortillas.

O

Ocote. De Oco-Cuahuitl. Ocotl, tea; cuahuitl, árbol. “Árbol de las teas”. Árbol resinoso de la familia de las coníferas, que crece en las montañas y en los valles altos.

Otate. Carrizo de tallos de grandes dimensiones, generalmente grueso y nudoso.

Oloste. Espiga en la que se cría el maíz.

P

Paxtle. O pachtli, parásito. “Apretarse contra otro, aproximarse mucho a alguno”. Planta parásita o heno, que se cría en los árboles, muy particularmente en los ahuehetes. La empleaban los indios en las ceremonias del culto para adornar los templos y coronar a los sacerdotes.

Q

Quecholli. Abreviación de tlahu-quechol-tototl. Tlahuitl, ocre rojo; quecholli, plumaje hermoso; tototl, pájaro. “Pájaro de hermoso plumaje”. Pájaro acuático, notable por su brillante plumaje rojo; vive en las orillas de los ríos y del mar y se alimenta de peces. Sahagún dice: “que esta ave es el príncipe de las garzotas blancas que se juntan a él dondequiera que le ven”.

Quiahuixtlan. De quiahuilitl, lluvia; tlan, bajo o entre. “Bajo o entre la lluvia”. Nombre geográfico de uno de los señoríos de Texcaltipac. Recibió este nombre porque en ese lugar llovía frecuentemente.

T

Tecorral. Vocablo híbrido, compuesto del mexicano tetl, piedra, y del castellano corral, significando cerca o cercado. “Cercado de piedra”.

Teponaztle. O teponaztli. Instrumento musical de los indios, tallado en madera, hueco, que se golpea con dos bolillos forrados de hule. Por corrupción se designa con este mismo nombre al huehuetl, que es también un instrumento musical formado por un cilindro hueco que se coloca verticalmente y cuya extremidad superior está cubierta por una piel restirada que produce, al ser golpeada por los bolillos, un sonido sonoramente grave.

Tepetate. De Te-Petatl. Tetl, piedra; petlatl, petate, estera. “Petate o estera de piedra”. Roca formada por un conglomerado pomoso, que, cortada en bloques como la cantería, se emplea en la fabricación de casas.

Tequezquite. De Te-Quixquitl. Tetl, piedra; quixquitl, brotante, eflorescente; derivado de quizá, salir espontáneamente. “Piedra que sale por sí sola, eflorescente”. Eflorescencias salinas naturales, formadas de sesquicarbonato de soda y de cloruro de sodio.

Tiaxca. Mayordomo. Señor anciano y respetable.

Tonalamatl. De Tonalli-Amatl. Tonalli, día; amatl, papel. “Papel de los días”. Orozco y Berra afirma que el Tonalamatl no sólo era el calendario del planeta Venus, sino que también era cuenta de la Luna. Calendario de los días.

Y

Yoaltecuhtli. El señor de la noche. Uno de los dioses que adoraban los indios.

Z

Zenzontle. De Centzon-Tlatol-e. Centzontli, cuatrocientos; tlatolli, palabra y, por extensión, voz, canto; e, que tiene. “Pájaro que tiene cuatrocientas voces o cantos”. Pájaro canoro que imita, embelleciendo, cuanto ruido llega a sus oídos. Sahagún dice: “críanse en las montañas y en los riscos, canta suavemente y hace diversos cantos y arremeda a todas las aves, por lo cual se llama zenzontlatole...”.

FIN

* * *

Este libro fue digitalizado para distribución libre y gratuita a través de la red Digitalización: Autor desconocido - Revisión y Edición Electrónica de Hernán.

Rosario - Argentina

11 de Septiembre 2003 – 14:31